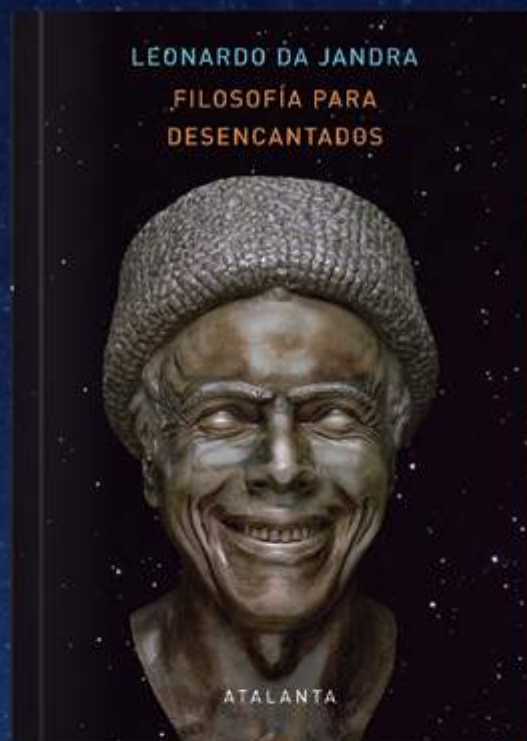


AVISPERO

NÚMERO DOCE / AÑO 5



**Dos obras
fundamentales para
entender la situación
crítica de nuestro
tiempo y sus posibles
soluciones**





AVISPERO

12



Adolescente con ofrenda II, 2005, óleo sobre lino, 120x90 cm.

PANAL
LITERATURA
MIGRACIÓN



Meditaciones sobre el exilio ALEJANDRO BETETA	15
La salvaje luz del verano DIEGO BUSTOS	23
Apuntes sobre un desterrado HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ	31
Joseph Roth desde el margen: cosmopolitismo y migración ISABEL GONZÁLEZ GARCÍA	39
El exilio voluntario ELIZABETH ARIAS	45
El soplo del espíritu LEONARDO DA JANDRA	51
Forastero soy ALEJANDRO BACA	53
Paul Celan: lengua y territorio DAVID ALIAGA	57
Sobrevivir a Ceaucescu: Müller y Manea LUIS BUGARINI	61
Migración y ficción: dos novelas contemporáneas PERLA MUÑOZ	67
Fantasmas del emigrado MARTÍN LOMBARDO	71



75

Escribir en Nueva York
CLAUDIA SALAZAR JIMÉNEZ

79

De la naturaleza del inmigrante
ARIADNA CASTELLARNAU

83

Vivir y escribir afuera
TOMÁS SÁNCHEZ BELLOCCHIO

CELDILLA

MISCELÁNEA

89

Cuaderno de dunas
SERGI BELLVER

93

Notas para el ensayo del artista prostituido
ENRIQUE ARNAUD BLUM

99

Sobre diásporas y estrellas
SLAYMEN BONILLA

103

Hay otras fronteras
HUMBERTO BEZARES

107

Una imagen de paz en tiempos de guerra
YURITZI BECERRIL TINOCO

113

El exilio de la razón. Leonora Carrington
y Remedios Varo en México
RAGA GARCIA RTEAGA

Apuntes sobre el mono migrante. Mis genes y
el gran éxodo de la Humanidad

ANDRÉS COTA HIRIART

119

Tíbet, un exilio singular

XAVI ALONGINA

125

Migraciones y otros desplazamientos

JOSÉ ALIAS

129

Lo que queda, crónica de una búsqueda

VIRIDIANA GARCÍA CHOY

133

Mediterraciones.
Divagaciones de un espectador

GUILLERMO DE LA MORA

139

PICADERO

RESEÑAS

La brava ambición

SERGI BELLVER

147

Siete encrucijadas de Junichiro Tanizaki

JAIME ÁNGELES AQUINO

151

La decisión final

ALEJANDRO GUZMÁN

155





VESPIDAE

CREACIÓN LITERARIA

163

Zum Goldenen Hahn

GUILLERMO FADANELLI

169

Bajo un cielo verde olivo

ELENA G. MONCAYO

ZUMBIDO

ACERCA DEL ILUSTRADOR

177

Volvemos águilas en tierra de serpientes,
sobre Daniel Lezama

ANGEL MORALES

EDITORIAL



/12

No hay cultura, pueblo o sociedad que no haya recibido, rechazado o expulsado migrantes. Muchas son las maneras —y abundante la casuística— desde las que podríamos ahondar en los motivos que provocan, de forma pacífica o violenta, los desplazamientos de seres humanos hacia otros territorios. Hemos querido dedicar este duodécimo número de la revista *Avispero* al tema de la migración porque en estos tiempos se hace necesaria una reflexión sobre las circunstancias que atañen a los flujos migratorios de personas que buscan sobrevivir a un medio adverso, escapar de un régimen hostil o huir de una realidad que les aboca al exilio. La historia de nuestra especie es una perpetua búsqueda del porvenir, una voluntad inextinguible de aferrarse a la vida hacia un destino más propicio. El instinto de sobrevivencia y de perpetuación, y el afán de prosperidad, llevan al ser humano a tales empresas, sean favorables o caóticas, felices o dramáticas.

En nuestro siglo, como en el XX, se siguen registrando conflictos bélicos y económicos que provocan las migraciones de mujeres, hombres y niños en busca de una mejor experiencia del mundo. El auge de los nacionalismos y de la extrema derecha en toda Europa, el cáncer del fundamentalismo en buena parte del mundo musulmán y la infame deriva populista del nuevo gobierno de los Estados Unidos, entre otros escenarios internacionales, no invitan a ser optimistas, y quizá por ello sea preciso que transcurra todo este siglo, y aún otros, para



que se diluyan las fronteras. Para que las naciones se vean hermanadas por los mismos intereses de bienestar social y cooperación, y los seres humanos se reconozcan en las mismas inquietudes de convivencia, paz y concordia para todos.

Uno de los conflictos más relevantes que nuestro país mantiene con Estados Unidos tiene que ver con la migración. De los pueblos más marginados de México migran a diario personas de toda edad y condición hacia el vecino del norte. Y hemos de preguntarnos: ¿debemos percibir el fenómeno migratorio como algo negativo o positivo? Un interrogante que, a buen seguro, suscitará muchas respuestas a favor o en contra. Desde diferentes latitudes del globo, la migración es la prueba fehaciente de que en la actualidad debemos meditar acerca de sus causas y sus efectos. La literatura y el arte han ejercido un papel relevante en el registro vital de las experiencias de los migrantes, los exiliados y los desplazados en todo el mundo. Pero ¿qué papel representan las migraciones literarias, intelectuales y artísticas en el contexto actual?

Si, de algún modo, el arte y la literatura, así como las ciencias y las humanidades, nos ayudan a orientarnos como seres humanos en perpetuo crecimiento, ¿cómo debemos, en un tiempo como el nuestro, contemplar la necesidad de migrar por conflictos bélicos o económicos? El astrofísico Stephen Hawking señala que, en un futuro no

muy lejano, el conocimiento científico y la tecnología nos ayudarán a emprender la migración desde nuestro planeta hacia otros confines del universo. Pero tal aseveración prospectiva excede lo que nos toca vivir en el presente y el futuro inmediato: la búsqueda de la concordia, la sensatez colectiva y un uso sostenible del planeta que ahora conocemos, la única casa común a día de hoy para nuestra especie. Así, como el tema de la migración es amplio y siempre abierto al debate, en esta ocasión hemos decidido abordarlo desde diferentes perspectivas como, entre otras, las de la literatura, el arte, la economía, la ciencia y la filosofía.

Las pinturas del artista mexicano Daniel Lezama ilustran este nuevo número. En ellas podemos percibir parte de la cosmovisión del mexicano, su identidad y su sentir, así como una mirada crítica sobre toda esa realidad. “Lezama exalta la identidad del mexicano a través de la figuración para criticarla”, escribe Angel Morales en el texto dedicado al pintor. Si hay algo que nos hace diversos y a la vez afines es, sin duda, el respeto por la identidad de nuestras culturas y la urgencia por encontrar un modo de compartirlas escuchándonos unos a otros, sin que las fronteras tengan siempre la última palabra.

LOS EDITORES





DIRECTORIO



WWW.AVISPERO.COM.MX

avisperorevista@gmail.com

Leonardo da Jandra
[COORDINADOR EDITORIAL]

Alejandro Beteta
Sergi Bellver
[EDICIÓN]

Raga Garciarteaga
[RELACIONES PÚBLICAS]

Daniel Lezama
[ILUSTRACIONES]

Galería Hilario Galguera
[FOTOGRAFÍA]

Daniel Hernández
[DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN]

Leonardo da Jandra, Guillermo Fadanelli,
Sergi Bellver, Raga Garciarteaga, Alejandro Beteta,
Humberto Bezares, Raúl Fierro, Angel Morales,
Viridiana García Choy, Enna Osorio, Elizabeth Arias,
Pergentino José Ruiz, Alejandro Guzmán,
Enrique Arnaud Blum y Perla Muñoz
[CONSEJO EDITORIAL]

Diego Bustos, Héctor Iván González,
Isabel González García, Alejandro Baca,
David Aliaga, Luis Bugarini, Martín Lombardo,
Claudia Salazar Jiménez, Ariadna Castellarnau,
Tomás Sánchez Bellocchio, Slaymen Bonilla,
Yuritzi Becerril Tinoco, Andrés Cota Hiriart,
Xavi Alongina, José Alias, Guillermo de la Mora,
Jaime Ángeles Aquino y Elena G. Moncayo
[ESCRITORES INVITADOS]

Agradecimientos a Daniel Lezama y a la Galería Hilario Galguera por las ilustraciones.
Portada: *La anunciación*, 2008, óleo sobre lino, 170x135 cm., colección de Jan Hintze.

AVISPERO, Año 5, número 12, noviembre de 2017, es una publicación editada por Lorena Clara García Arteaga Aguilar. Av. Revolución núm. 27, Las Flores, San Juan Bautista Guelache, C.P. 68236, avisperorevista@gmail.com. Reservas de derechos al Uso Exclusivo Núm.04-2015-021709365500-102. ISSN en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido número 16199, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Docuprint Servicios Digitales de Antequera S.A. de C.V. Insurgentes 121 San Agustín de las Juntas C.P. 71238 Oaxaca. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización del Instituto Nacional de Derechos de Autor.



La abastecedora, 2012, óleo sobre lino, 145x110 cm.

SALUD PARA LOS ENFERMOS, VIRUS PARA LA GENTE SANA



JET SET TROPICAL, CONSTANZA ROJAS – SUICIDIOS MINÚSCULOS, RUBÉN BONET – RETORNO A VIENA, ROLAND JACCARD – CABEZA AJENA, ANDRÉS COTA HIRIART – NARVARTE PESADILLA, SERGIO LOO – BAREBACK JUKE-BOX, WENCESLAO BRUCIAGA – DÉCADA PODRIDA, JOSÉ ÁNGEL BALMORI – QUISIERA SER JOHN FANTE, DANIEL HERRERA – DIOS ME PERSIGUE, RAFA SAAVEDRA – JET LAG, ARI VOLOVICH – SUDOR AÑEJO Y SARDINA, ENRIQUE BLANC – ASCÓPOLIS, JOSÉ ÁNGEL BALMORI – BARBARIE, CARLOS MARTÍNEZ RETERÍA – EL DÍA QUE LA VEA LA VOY A MATAR, GUILLERMO FADANELLI – TODAS LAS ARGENTINAS DE MI CALLE, RODRIGO MÁRQUEZ TIZANO – CUMBIA Y DESAPARECER, KYZZA TERRAZAS – UN HOMBRECILLO EN MI CABEZA, JESÚS PACHECO – JAIKÚS MANIACOS, RUBÉN BONET – JAMAICA 69, CONSTANZA ROJAS.

PANAL

LITERATURA
MIGRACIÓN





Aguacero, 2016, óleo sobre lino, 170x130 cm.

ALEJANDRO BETETA

MEDITACIONES SOBRE EL EXILIO

[LITERATURA]

El mito de la expulsión del hombre del Paraíso, del Jardín del Edén, narra el primer exilio por antonomasia. Es el destierro de su hogar por sus errores, por el valor de elegir. El exilio condenó al hombre a la caída. Su fracaso se verá una y otra vez en su intento por volver a casa. Walter Benjamin dice, basándose en las observaciones del *Ángelus Novus* de Paul Klee, que nos alejamos del origen, que en cada paso que damos, aun con las promesas de la utopía, caemos en el abismo. El ángel mira con resistencia la lejanía del pasado mientras el presente lo arrastra al futuro. La idea de que el hombre camina en dirección opuesta a su destino, es decir, a su papel original dentro de la Creación, es una de las más pesimistas. Condenado al exilio por la tentación del conocimiento, el hombre soporta las penas de

la existencia fuera de los planes que Dios tenía para él. En esta concepción mitológica podemos pensar al hombre como un tráfugo del orden natural divino por los errores cometidos en una vida anterior. En su papel humanizador y prometeico, filósofos, artistas, santos y científicos ejercen bajo condiciones adversas, en sus vidas y por sus ideas, una tarea por la que son condenados al exilio. Una vez más, el deseo de saber, o de saber más, es castigado. El hombre evoluciona, cambia, es abismal, cismático e idealista en su optimismo.

¿Si pudiéramos ver con la amplitud del pensamiento la historia del ser humano, sus logros y fracasos, sus horrores y demonios, su sed de esperanza y trascendencia, juzgaríamos con más precisión sobre su destino? En la conciencia se despliega dicha historia en fragmentos.

Los libros, las ruinas de las culturas pasadas y el legado histórico nos instruyen para no caer en el olvido. El olvido es un silencio mortal en el que los fantasmas nos persiguen y el futuro se vuelve brumoso.

El exilio, así como el ostracismo, la diáspora, el destierro y la migración, está presente en la vida del hombre desde los inicios de su aventura por el mundo. No es un tema nuevo, y tiene tantos matices como el plumaje de un pavo real. Está suscrito por el horror, la pérdida o la búsqueda de ilusiones, por el cansancio o la sed de una nueva sangre. Y quizá no haya sentimiento más atroz para alguien que ama su lugar de nacimiento que el del desarraigo. La decisión de partir, de buscar, es subyacente a la libertad. Los hombres se van al exilio por causas económicas, políticas, ideológicas, religiosas o climáticas. La fenomenología del exilio es extensa, y cabría preguntarnos ¿cuáles son los pros y los contras de las migraciones, de los que se van, de los que llegan?

A veces nos exiliamos del mundo y de nosotros mismos, y entramos a la nada, a la

espantosa y nauseabunda vacuidad de todos los instantes. Es entonces cuando sabemos que estamos próximos a la destrucción. Sin embargo, es en los momentos críticos cuando el hombre, después de haber dado lo peor de sus instintos, se inclina por la esperanza, por la promesa de los ideales. Por eso la búsqueda de un mejor lugar, o uno no tan malo, suele despertar los sentimientos más profundos de persistencia y trascendencia en el ser humano.

Los libros pueden despertarnos, señalar sutilezas, insinuarnos abismos insospechados; pero es la experiencia de la vida, con el sufrimiento y las pasiones, la que da la mayor lección. Podemos ver a un Nerón o a un Calígula en cada gobierno, destruyendo o maquinando a su antojo, y nos preguntamos si la Historia habrá avanzado. Por eso, ante la incompreensión o el fanatismo, muchos hombres ilustres han vivido el exilio espiritual de su época. “El fanático es incorruptible: si mata por una idea, puede igualmente hacerse matar por ella; en los dos casos, tirano o mártir, es un monstruo”, dice Cioran en *Breviario de podredumbre*.

Cuando el exiliado decide marchar voluntariamente para salvar su vida con la dignidad que le queda, lo hace con la conciencia de una mejor perspectiva de vida, o una menos mala de la que tenía; pero cuando lo hace obligado, con la desesperación de huir y de hallar un puerto, su conciencia recuerda con horror el hogar al que ahora ve como su catástrofe. Quien marcha al exilio lo hace con la conciencia de que una parte de él muere para que otra nazca. El carácter estoico surge en la experiencia de los exiliados.



El exilio interior, el del asceta o el místico, se alimenta de la presencia de los otros. Nadie se ilumina a sí mismo sino iluminando a los demás.



La muerte y el niño, 2003, óleo sobre lino, 110x140 cm.

Hoy, después de la Revolución francesa y los ideales de la Ilustración, de la libertad de pensamiento y de credo, de las defensas de Voltaire, Rousseau, Diderot y Kant sobre la tolerancia y el filosofar contra el fanatismo, éste vuelve a las calles, se apodera de las personas y hace estragos en sus víctimas, o quizá simplemente nunca se fue. El humanismo del siglo XX floreció en la podredumbre de la racionalidad y las políticas etnocidas, en la barbarie y la desesperación. La dignidad del espíritu humano, “ver a los otros como un fin y no como un medio”,

que Kant planteó en su ética, nos sigue pareciendo irrealizable en masa. En su *Apología de Sócrates*, Platón pone en boca de Critón: “La mayoría es capaz de producir no los males más pequeños, sino precisamente los mayores, si alguien ha incurrido en su odio”. Decía esto por el odio que se profesa hacia los que piensan diferente y que una minoría o mayoría ignorante manda a la picota. ¿La paz perpetua de Kant y el fin de la historia de Hegel no son acaso el sueño romántico del pensamiento: la creencia de que podemos superarnos a

El mito de la expulsión del hombre del Paraíso, del Jardín del Edén, narra el primer exilio por antonomasia. Es el destierro de su hogar por sus errores, por el valor de elegir.



nosotros mismos y llegar a un estadio de realización plena de lo humano? Siempre se puede retornar a la barbarie.

Recordemos el caso de Sócrates. La intolerancia y la incompreensión, así como el odio y la envidia intelectual de sus acusadores, además de la estulticia de sus jueces, lo condenaron a muerte. Pudo haber aceptado el ostracismo, pero hubiera sido como renunciar a sí mismo. Contradecirse en su búsqueda de la verdad y la coherencia de su vida con sus ideas hubiera sido el mayor insulto a lo divino, dice Sócrates en la *Apología*. El ostracismo, merecido o no, es un recurso bárbaro. Es el mayor desprecio que se le puede dar a un integrante de una sociedad. El ostracismo aplicado a filósofos, estrategas, artistas y oradores en la antigüedad griega y romana, cuna del Estado moderno, ha quedado registrado en la memoria histórica como símbolo de la comedia trágica de la vida.

Leamos las *Cartas a Lucilio*, de Séneca, escritas dos años antes de su suicidio. Hablan de la tranquilidad del ánimo del sabio, que ni en el ostracismo ni en la pobreza está solo, pues se tiene a sí mismo. Se aferraba a esto después de haber vivido el ostracismo durante ocho años. En *La consolación de la filosofía*, Boecio reflexiona

—en su celda, mientras espera ser condenado a muerte o al exilio— sobre la vanidad que hay en todas las acciones sin la filosofía. La vida de Dante, exiliado de Florencia, se refleja en la composición de la *Divina comedia*. Ovidio, expulsado por el emperador Augusto, pide su regreso a Roma después de varios años de estar confinado en lo más remoto del Imperio. Las *Cartas pónicas* de alguna manera nos invitan a las lágrimas. “El último grado de la maldad de nuestra naturaleza (es) querer oprimir a los mismos filósofos que quieren corregirla”, lanza con tono irónico Voltaire en su *Diccionario filosófico*.

Según Cioran, cada vez que un hombre quiere hacer el bien hay más mal en el mundo. Quizá se refiere a los que se empeñan en enfrentarse contra el mal; tarde o temprano terminan contaminándose de odio y resentimiento. Todo fanático se convence a sí mismo de sus buenas intenciones. Este fatalismo vertiginoso, pensar que todo lo que el hombre realiza se vuelve en contra suya, termina asfixiándolo, ahogándolo en la desesperación y en el nihilismo.

El poder, la mágica llave con la que se mueve el mundo, esa bestia bifronte, ha seducido a más de un filósofo, artista o científico

en toda la Historia. Por su manera de pensar o de vivir, hombres como Séneca, Diógenes, Sócrates, Boecio, Spinoza, Descartes, Bayle, Dante y Ovidio, fueron condenados al ostracismo, castigados por transgredir o confrontar lo establecido con el atrevimiento de la crítica. La Historia nos confirma lo que Schopenhauer bien dice en este conciso fragmento: “Desearía que alguien intentara escribir alguna vez una historia literaria trágica, presentando en ella cómo les han tratado durante su vida las naciones que cifran su orgullo más elevado en sus grandes escritores y artistas; presentándonos aquella lucha eterna que tiene que sufrir lo bueno y lo verdadero en todos los tiempos y en todos los países, contra lo malo que domina en toda época, el martirio de casi todos los verdaderos ilustradores de la Humanidad,



Según Cioran, cada vez
que un hombre quiere
hacer el bien hay más
mal en el mundo. Quizá
se refiere a los que se
empeñan en enfrentarse
contra el mal; tarde
o temprano terminan
contaminándose de odio
y resentimiento.

de casi todos los grandes maestros en todas las artes, como han vegetado, salvo algunas excepciones, sin aprobación, sin simpatía, sin discípulos, en pobreza y miseria, mientras que la gloria, los honores y la riqueza se prodigaron a los indignos”. No creo encontrar en estos momentos un fragmento más conclusivo sobre el maltrato, cuando no el exilio o la muerte, a todos aquellos benefactores de la Humanidad.

El otro punto crítico es el de la imposición de la fe. Otra vez los esfuerzos de Voltaire y de Kant nos recuerdan que si el hombre se inclina hacia el bien, se debe a la luz de la razón y no por la imposición de la fe ciega. La Inquisición, la quema de herejes y no herejes, es el grito del fanatismo religioso; el de las revoluciones está ahogado en sangre y desesperación. En todo tirano hubo un mesías. Y en todo anarquista hay un tirano en potencia. Los ideales se manchan de sangre por mentes cerriles y necias. Quienes han preferido morir a negar sus ideas para salvar la vida, lo han hecho con orgullo y templanza. El caso de Aristóteles y Galileo es ilustrativo. El primero huyó para no verse enmarañado en acusaciones que lo podrían llevar a la muerte —y en su osadía contestó que “no permitiría que se volviese a cometer un acto de injusticia como el de Sócrates”—, mientras que el otro se retractó de sus teorías y aceptó equivocarse.

¿Cuánto de las convenciones sociales establecidas, de las verdades científicas, de las creencias religiosas o filosóficas no son meras contingencias de la razón que el tiempo se encarga de poner en su lugar? ¿Cuántas

convenciones que han cobrado vidas, alimentándose de sangre, no se han proclamado partidarias de la paz, la libertad, de Dios y la justicia? ¿Cuántas buscando la justicia no han hecho más mal que bien? Y aun así seguimos, ¿progresamos? Se puede decir que en ciertos aspectos sí, como en la salud, la ciencia y la ingeniería. ¿Pero qué hay de la ética? La historia del hombre es un zigzagueante movimiento evolutivo. Unas veces el hombre avanza, otras se estanca, luego da saltos y surgen nuevos esquemas que transforman la realidad y la organización de la vida social.

En un aforismo de *El ocaso de los ídolos*, dice Nietzsche: “Para vivir solo, hay que ser un animal o un dios —dice Aristóteles—. Falta tomar en cuenta una tercera posibilidad: ser lo uno y lo otro a la vez: un filósofo”. La prueba de que el hombre es un ser social, que depende de los otros para sus creencias y crecimiento, es suficiente para abolir la idea pedante y necia de que en soledad el individuo se encuentra mejor. No sólo no puede vivir aislado, fuera de la sociedad, sino que aislarlo de ella por efecto de esta misma es uno de los recursos más injustos. Nadie está fuera de la sociedad por libre



Natividad en la montaña, 2012, óleo sobre lino, 135x170 cm.

decisión, como un salvaje, sino que es orillado a estar solo. “El infierno son los otros”, dice Sartre. A veces las fronteras, las separaciones, son más fuertes que la unidad.

El exilio interior, el del asceta o el místico, se alimenta de la presencia de los otros. Nadie se ilumina a sí mismo sino iluminando a los demás. “Estoy haziendo de mi sabiduría como la abeja que ha recogido demasiada miel, tengo necesidad de manos que se extiendan”, dice Nietzsche en el *Zaratustra*, ¿en referencia a sí mismo? Confucio y Lao-Tse enseñaron después de su silencio y exilio interior. El primero, durante trece años de exilio, predicó sus ideas de corte en corte, buscando enseñar a los príncipes a gobernar; como Platón, como Séneca, sus manos trabajaron para la posteridad. Los lamas del Tíbet, después de años de silencio y de retiro, se deciden a enseñar lo aprendido.

Desde el siglo XVII las migraciones han sido masivas, como en los tiempos remotos de la Historia. Escritores, filósofos, artistas, científicos, obreros y campesinos marchan de sus hogares porque ya no son habitables. Los estragos de la Primera y la Segunda Guerra Mundial los podemos encontrar, una vez más, en el arte, la literatura y la filosofía. Ahora recuerdo la desesperación, la melancolía que me embargaba al leer los diarios de Sándor Márai (*Diarios, 1984-1989*) y de Gombrowicz (*Diarios, 1953-1969*), dos hombres que se exiliaron; nunca más volvieron a pisar la tierra que los vio nacer. *El mundo de ayer*, de Stefan Zweig, retrata un tiempo que ya no volverá, que se transformó por el fanatismo y la rebelión. ¿En la obra de Cioran acaso no se refleja el desencanto espiritual y racional del

“Para vivir solo, hay que ser un animal o un dios —dice Aristóteles—. Falta tomar en cuenta una tercera posibilidad: ser lo uno y lo otro a la vez: un filósofo”.



hombre ante el abismo de su propio horror? En *Judíos errantes*, Joseph Roth expresa sus meditaciones sobre el exilio. En los libros de W. G. Sebald el desarraigo y la soledad de los que migran, de los que son desplazados por causas ajenas a sus decisiones, se presentan con un aire de tristeza que oscurece el destino humano bajo el velo de la destrucción y la catástrofe por la propia mano humana.

En toda búsqueda de la sobrevivencia, el hombre pasa de mantener sus necesidades básicas a un regocijo de sus desmesuras. ¿Cuándo la búsqueda de la libertad se vuelve libertina? No sabemos si es posible la libertad como máximo grado de poder que tiene una persona para realizarse sin dañar su libertad ni la de los otros. De cualquier modo, en la errancia del hombre sobre la tierra, el destino le depara tiempos de esplendor moral y tiempos de caída.

► ALEJANDRO BETETA: Oaxaca, 1990. Estudió Humanidades en IHHUABJO. Es editor y ensayista. Correo-e: bufalott@hotmail.com



Astabandera, 2008, óleo sobre lino, 170x135 cm.

DIEGO J. BUSTOS

LA SALVAJE LUZ DEL VERANO

[LITERATURA]

La casa de Faulkner está a unas siete horas de camino desde New Orleans, al final de una autopista intachable cercada de abedules. El destino del viaje es una colina del pueblo de Oxford, en el estado de Mississippi. Allí se alza la vieja casa de madera, presidida por un pórtico de columnas blancas jaspeadas de moho. La universidad del estado la ha acondicionado como museo: un *memento mori* en medio de la floresta espesa y húmeda del sur de los Estados Unidos.

Lo primero que me llamó la atención de Oxford fue su silencio. Las ciudades gringas, con notables excepciones, tienen un aire de acuario vacío, de pueblo de Lego. Era el 2009 y la presidencia de Obama causaba furor. Estaba ayudando a unos amigos a mudarse al sur de Texas, y tras instalarse en su nueva casa

habíamos decidido recorrer esa parte del país. Después de tres días en New Orleans abandonamos sus calles sembradas de plátanos y emprendimos el camino hacia el norte. Había llegado a Mississippi buscando a Faulkner. O mejor: iba detrás de su tumba y sus rastros, víctima de una obsesión necrológica de la que ya me he curado, pero que, en esa época era inevitable.

Llegamos al pueblo pensando en él como una maqueta, una especie de anacronismo inofensivo del mapa. Pero los anacronismos inofensivos no existen. Caminando desde el motel de carretera en donde pasamos la noche, lo primero que distinguimos ondeando en la cima del Palacio Municipal fueron los colores de la bandera confederada, como si los fogonazos de la Guerra Civil aún aluzaran los aires.

Las ciudades gringas, con notables excepciones, tienen un aire de acuario vacío, de pueblo de Lego.



Aquella imagen fue el inicio de un motivo que determinaría el resto del viaje, desde las camisetitas con la leyenda “It’s not hate, it’s pride”—vista innumerables veces en los pechos de los transeúntes mientras deambulábamos por las calles— hasta el silencio envolviendo la medalla del Nobel, que encontramos incrustada como algo innoble en una urna lacrada de polvo en medio de un cuarto azotado por la falta de fondos públicos. Era la ansiedad que se fue apoderando de todos cuando nos dimos cuenta de la uniformidad psicópata de aquel espacio. Una sensación agudizada por el contraste: después de todo, veníamos en correría desde Ciudad Juárez, El Paso, capital mundial de los tacos al pastor y el pachuco *style*.

Por eso nadie podrá imaginar mi impresión cuando entramos a una heladería al final de nuestra caminata desde el motel, acosados como perros por la humedad y la canícula. Después de cruzar la puerta experimenté por primera vez la soledad. No la romántica soledad adolescente de Byron, sino la real, la que mata. Los niños mirándome como si hubieran visto a una jirafa. No fue sólo sentirse diferente por contraste; el solitario alfil de las negras. Sobre todo fue la certeza de que en la perfecta

geometría de aquellas mesas y sillas de plástico, en las sonrisas complacientes de todos los que esperaban en las filas (aquel rictus gringo que significa al mismo tiempo hola y “fuck off”), en la limpieza reluciente de los pisos y en el futuro condenado de los niños mirándome con asombro, nunca sería permitido el espacio, por los siglos de los siglos, para que alguien como yo respirara. Pedimos unos helados que fueron entregados con eficacia displicente y devorados con el afán desencantado de los que tienen que regresar sin remedio a la calle.

Un par de horas después nos tomábamos una fotografía digna de haber sido captada con menos años, o tal vez nunca: sobre la lápida de Faulkner mirábamos entre incómodos e incrédulos al lente, bebiendo una cerveza de lata que nos pareció acorde a la ocasión. Una de esas infames Coors Light que obran el milagro de hacer que las Tecate sepan a gloria. Todos tratando de merecer el instante. En cierto momento alguien había creído descubrir las casas en donde acontece *El sonido y la furia*, y un asombro general sacudió las cabezas, que giraron frenéticas buscando alrededor, como las de un corrillo de gallinas asustadas. Todos abotagados por el calor asesino y sintiendo con las manos el frío de la lápida abandonada. Unos turistas del error.

Esa misma noche fuimos a un bar de la plaza central del pueblo. Estábamos cansados, francamente decepcionados, aunque sospecho que nadie lo quería reconocer en público. Nos tomamos un par de cervezas y en un momento dado decidí salir a fumar. El efecto acuario no se había diluido pero al menos, pensé, en

la noche todos los gatos son pardos. Estaba mirando al cielo despejado de la noche cuando un hombre se me acercó. No se anduvo con rodeos: después de asegurarse de que mi cigarrillo no fuera marihuana (era un cigarrillo sin filtro), me preguntó qué andaba haciendo por allí. Su pregunta me tomó por sorpresa, pero tuve el tiempo suficiente para darme cuenta de que andaba borracho. No completamente, el hombre navegaba en aquella fase donde florecen la amistad y los botellazos, prestos e intercambiables. Así que jugué seguro: balbuceé algo sobre nuestra peregrinación en búsqueda de Faulkner (sí, use la palabra peregrinación), sobre la casa de marras en cuyas paredes había visto el croquis colorido de uno de sus libros, sobre la tumba pedregosa y ceniza. Hice una pausa para fumar. El hombre hizo entonces una pregunta que me heló el corazón: “Do you know when was the last time we had a murder around here?”. Negué con la cabeza. “Seven years ago”, dijo, formando con sus dedos el número siete frente a mi cara, en una pausa ridícula y siniestra. “And I’m gonna give you some free advice”. El filo de su índice apuñalándome el pecho: “If you don’t mess with anybody, nobody is gonna mess with you”. Muchas cosas se me ocurrieron para responderle, pero una repentina consciencia de mi posición en el mundo me dictó salir lo más pronto posible de aquella situación. Apagué el cigarrillo, le di las gracias por el consejo y queriendo dejar todo aquello a mis espaldas me regresé a nuestra mesa, atrincherado allí por el resto de la noche.

En *Luz de agosto* hay una escena que precede a la castración de Joe Christmas y que

siempre me ha cautivado. En ella un piquete de hombres penetra a la fuerza en la casa del pastor, persiguiendo al protagonista, que se ha refugiado en su interior. La casa está envuelta en unas “tinieblas de claustro”, que son rasgadas por la “salvaje luz” que los hombres traen consigo a sus espaldas: el terrible sol del verano del sur de los Estados Unidos. La escena precede y prefigura lo que se desarrollará a continuación: la eliminación sádica del otro. La hace también innecesaria: el lector no tiene por qué asistir a la atávica animalización de Christmas, cuando toda su terrible eminencia se encuentra ya en aquellas partículas de luz flotando en la oscuridad sacra y sofocante de la casa. Aquella noche en Oxford, de camino a la calle antes de abandonar el bar y el pueblo para siempre, el borracho aquel se colgó de mi cuello, anclado como estaba tomando en la barra desde el final de nuestra conversación. Pasaba por su lado y sin mediaciones,



“Faulkner, eh?”, me había dicho. Entonces me habló de un viejo encorvado guiando su mula de vuelta del bar, ese mismo bar, trastabillando todas las noches en el camino a casa sembrado de malvas.

como pagando una deuda, se levantó y empezó a contarme una historia que le había escuchado a su abuelo cientos de veces. No tuve más remedio que escucharle.

Nunca repetí sus palabras. Mucho tiempo después, a miles de kilómetros de distancia, fui a cortarme el pelo a la peluquería de mi barrio, en una ciudad que se alza en medio del desierto de aquella América astral de la que hablaba Baudrillard. Obama ya era una historia de cuento de hadas (¿fue alguna vez algo distinto?) desvaneciéndose ante la inverosímil presidencia de una estrella de televisión. La política estadounidense actual sigue a rajatabla el guion de un *reality show* barato y predecible.



No había contado nunca esta última parte de mi incursión en el gótico sur estadounidense. ¿Por qué no lo había hecho? Tal vez porque arruinaba una ficción que me permitió por años desechar toda la experiencia, asqueado del prejuicio: la de las fronteras inamovibles, la de los pueblos de Lego.

Siempre he vivido en el Southwest, en la frontera norte del antiguo imperio y el elástico confín septentrional del actual. Mi barrio es el barrio chihuahuense, versión Cuauhtémoc, de la ciudad. Aquí no es difícil encontrar espléndidos tacos de asada ni un corte de pelo de diez dólares. Lowriders y tecates por doquier. Siempre que voy al salón me hago atender por Sofía, una señora que trabaja de lunes a sábado en jornada completa en el salón, propiedad de otra mujer de Cuauhtémoc, su jefa. Las dos trabajan tiempo completo en un local entrañable, en donde me siento como en casa. Sofía es dicharachera, buena gente, una chihuahuense cabal. Esta vez la que no se anduvo con rodeos fue ella. Mientras se afanaba en mi cabeza, los dos escuchando en la tele del salón la alharaca oportunista de Univisión sobre las deportaciones, me preguntó con la confianza que nos tenemos si no nos deberíamos preocupar.

Una rabia espontánea subió por mi garganta, asqueado de todo: de la estupidez cruel que se apoderaba del país, de la condescendencia liberal que ayudó a catapultarla, de la certidumbre de que los que iban a sufrir las consecuencias serían los de siempre. Y recordé aquel extraño viaje de hace ocho años, cuando fuimos a visitar la tumba de Faulkner y en su lugar nos encontramos con la momia fragante de los Estados Unidos: un pueblo parapetado en la nostalgia, preso del ostracismo y el recelo. El país de Trump. Pero también el de Obama. Tranquilité a Sofía lo mejor que pude, balbuceando de la mezquina manera que mi propia inseguridad lo permitió. No



El sueño de Juan Diego, 2004, óleo sobre lino, 225x225 cm.

tengo ninguna disculpa: yo también andaba, ando, asustado.

Aquella noche en Oxford noté de inmediato que el tono del borracho había mudado al de la confianza. “Faulkner, eh?”, me había dicho. Entonces me habló de un viejo encorvado

guiando su mula de vuelta del bar, ese mismo bar, trastabillando todas las noches en el camino a casa sembrado de malvas. Un ritual repetido tantas veces que se había grabado en la memoria de las gentes de su pueblo. En la historia el viejo va vestido de traje, dibujada



Palo encebado, 2005, óleo sobre lino, 300x225 cm.

“Ya estamos aquí, usted y yo, para quedarnos”.



en la tela la forma de las sillas de la cantina, el nudo de la corbata siempre a punto de la disolución definitiva. Su estado es evidente por la humedad luminosa de la frente, por el desorden de nido de pájaro del pelo, por los ojos fanáticos. Palmotea de vez en cuando el lomo del animal, le susurra cosas al oído, se apoya en las paredes sucesivas, tropieza y cae de vez en vez sin mayores consecuencias hasta llegar al bosque, que atraviesa de memoria en medio de su oscuridad ululante hasta escuchar su propia respiración agitada frente a la casa blanca de la ladera, donde se pierde bajo el pórtico de altas columnas, jaspeadas de moho, después de amarrar su mula en la entrada. Antes de zafarme y desaparecer en la noche, todo eso me contó y yo lo escuché soportando su peso hasta que consideré que había terminado.

No había contado nunca esta última parte de mi incursión en el gótico sur estadounidense. ¿Por qué no lo había hecho? Tal vez porque arruinaba una ficción que me permitió por años desechar toda la experiencia, asqueado del prejuicio: la de las fronteras inamovibles, la de los pueblos de Lego. Es la misma mentira que ahora se vende como moneda corriente y cuya fragilidad sólo pueden proteger el cinismo o el miedo. Pero sólo basta el recelo, el arrobó de un testigo para romper el hechizo. Aquel hombre de Oxford, borracho, contradictorio

y orgulloso, habitante de provincia, lo logró. Perdida en la noche, transmitida por generaciones, esa imagen íntima de Faulkner que su abuelo le legó ahora nos pertenece; no a los habitantes de un pueblo o al repertorio de sus cantinas ancestrales, no a un cajón olvidado en los recuerdos de una generación confundida por la nostalgia. Ahora la rescato y comparto con todos, porque es una historia a la que tenemos derecho, los de ahora, los que llegamos a los Estados Unidos sin saber si es isla o barco, porque es nuestra y podemos hacer con ella lo que nos plazca. Incluso desecharla si nos place.

Quiero creer eso. Quiero ir al salón y decirle a Sofía mientras me acaricia el pelo, de una manera que me recuerda a mi madre mientras me preparaba de niño para ir al colegio, “ya estamos aquí, usted y yo, para quedarnos”.

► DIEGO J. BUSTOS: Ubaté, 1979. Candidato doctoral en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Nuevo México. Hizo una maestría en Escritura Creativa en la Universidad de Texas en El Paso. Ha trabajado como editor en varios proyectos independientes, el último: *Revista Coroto*. En 2003 obtuvo el Premio Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá. Twitter: @Dbustosd



Árbol cortado, 2013, óleo sobre lino, 175x135 cm.

HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ

APUNTES SOBRE UN DESTERRADO

[LITERATURA]

Esporádicamente escribo un diario. No soy riguroso. En ocasiones, por carga de trabajo, lo abandono para alejarme de la escritura en demasía. A finales de 2006, me acerqué a la trilogía *Los sonámbulos* (1931-1932) de Hermann Broch (Viena, 1886-New Haven, 1951), quien, a pesar de ser un autor fundamental del siglo xx, no gozó de reconocimiento y se mantuvo siempre al margen. Su juventud la pasó favorecido por la riqueza familiar; desconoció las privaciones y alternaba la buena vida con el estudio de la filosofía. Sin embargo, al llegar el nazismo a Austria, fue detenido durante varias horas por su origen judío. Debido a confusiones burocráticas pudo escapar a Inglaterra, ya que tarde o temprano lo volverían a aprehender. Gracias a un salvoconducto, facilitado por gestión de James

Joyce, llegó a EE.UU. Sin poder hacer nada por su madre, Johanna Broch, aquejada por una enfermedad, la tuvo que dejar. Ella murió en un campo de concentración en Theresienstadt. Hermann Broch es un emblema de la relación del intelectual frente al poder y el destierro. Retomo estos apuntes sobre *Los sonámbulos* para esbozar algunas intuiciones.

28 DE OCTUBRE DE 2006

Después de tener que esperar varios años desde que leí que Milan Kundera la mencionó, he empezado a leer la trilogía *Los sonámbulos*, de Hermann Broch. La primera parte, *Pasenow o el romanticismo*, está escrita con un estilo delicado y puede sentirse cierto tono de altivez en los pensamientos en la manera de describir la ciudad de Berlín. Me conmueve especialmente

En Broch está la resistencia más silenciosa, más reservada, quizá la más doliente: la rebeldía de quien se preocupa y entiende qué pasa desde la filosofía; la de aquel que, al mantenerse al tanto, se convertirá en la testificata del verdadero peregrino, del desterrado, del viajero secreto.



cierta empatía que he sentido por Broch desde *La muerte de Virgilio*. Después, con la lectura de *Los inocentes* y al comprobar su vena irónica, su capacidad de juzgar —no criticar— aquella sociedad, me sentía cada vez más cerca de él. Y ahora, después de treinta páginas, me encuentro con una serie de líneas excepcionales: “Entonces cae sobre la ciudad una humosa, delgada niebla y le da esa opacidad un tanto tensa de las tardes sin trabajo que preceden a los días festivos”. Aquí otra: “Y es también como si la luz hubiera quedado prendida de tal modo en esta niebla opaca y luminosamente gris que persisten en ella hilos de claridad incluso cuando ya se ha tornado negra y aterciopelada”. Broch en esta obra trata una situación por demás interesante: la relación de sobrellevar la amistad y la rivalidad. Joachim von Pasenow admira y pasa largos períodos de tiempo pensando en Eduard von Bertrand, lo cual lo convierte en su amado/odiado *alter ego*. Cuando Von Pasenow se plantea el asunto del uniforme militar —oportunidad que Broch aprovecha para verter algunos conceptos personales—, la evocación de Bertrand

no deja de suscitarse: “¿Qué opinará Bertrand? ¿Qué hubiera hecho él?”. Este tipo de preguntas están latentes todo el tiempo.

29 DE OCTUBRE DE 2006

Otra relación difícil del protagonista se establece con su hermano Helmut, quien fallece en un duelo “por el honor”. Lo atractivo de esta referencia es que la mayoría de los problemas se originan por una desconexión comunicativa con el mundo. Se ve a través de la carta que le deja Helmut a Joachim:

Ignoro si saldré con vida de este asunto, un tanto banal. Naturalmente espero que sí, pero en el fondo casi me da igual. Aplaudo el hecho de que exista algo así como un código del honor, el cual nos presenta en esta vida tan indiferente, un destello de una idea más elevada, a la que uno puede someterse. Espero que tú hayas encontrado en tu vida más valores que yo en la mía; a veces te he envidiado tu carrera militar; por lo menos es un servicio a algo más grande que uno mismo...

Creo que no causa molestia citar a Broch *in extenso*, y menos cuando materializa esa absurda pero notable peculiaridad: la disonancia entre los sentimientos absurdos que nos toman y nos envuelven como nada lo puede hacer.

4 DE NOVIEMBRE DE 2006

Alterno la lectura de *Los sonámbulos* con *Hermann Broch, una pasión desdichada*, de José María Pérez Gay. Encuentro la descripción detallada de la aprehensión de Broch y la muerte de su madre. Broch no intentó enfrentarse directamente al poder nazi, sin embargo fue un hombre valiente y escribió: “Quiero dedicar el resto de mi vida a combatir esta peste que llamamos fascismo [...] Veo el futuro en tinieblas”. Me viene a la mente su ensayo “Lógica para un mundo en ruinas”, puede ser el ataque que no erigió contra los nazis, y que sí es un golpe hacia una forma de ver la vida, una suerte de capitalismo de Estado que ponderaba el capitalismo salvaje. El nazismo, que nunca se plantea eliminar los privilegios ni con el usufructo ni con la explotación, busca arrogarse la fortuna de los judíos. Esa forma sólo es una forma revolucionada de aniquilamiento, una forma revolucionada de capitalismo, es decir, si el mundo cultural, político y económico está en movimiento; y esto está pensado en beneficio de los países más desarrollados por encima de los que nunca se desarrollarán. Puedo decir que el fascismo, en su versión alemana imperialista, siempre está agazapado en el capitalismo habitual. Y ahora en su versión recargada y envilecida, como es el caso del capitalismo norteamericano, pareciera retomar sus directrices decimonónicas. Pero

en esta ocasión los recursos industriales están reforzados hacia las armas, hacia la destrucción y la muerte. Todo esto produce un estado de retractación anímica. El hombre está encadenado por un lastre en los conceptos. Lo cual es peor que..., o mejor dicho: esto implica mayores dificultades para poder liberarse.

En Broch está la resistencia más silenciosa, más reservada, quizá la más doliente: la rebeldía de quien se preocupa y entiende qué pasa desde la filosofía; la de aquel que, al mantenerse al tanto, se convertirá en la testificata del verdadero peregrino, del desterrado, del viajero secreto.

MISMO DÍA, MINUTOS DESPUÉS

En “Lógica de un mundo en ruinas”, ensayo que intercala en el tercer libro de su trilogía, *Huguenau o el realismo* (un amigo austriaco me dice que se debería traducir como *Huguenau o el pragmatismo*), encuentro esta idea: “El último movimiento regresivo que conoció Europa, el romanticismo, no constituyó un mayor vínculo externo, no fue más que una mirada nostálgica hacia el pasado, una tentativa para hacerse creer a sí mismo que el eclecticismo de la forma terminaría por producir el fondo, un saber concerniendo un pasado en el que el hombre se sentía protegido y una reacción de terror frente a un futuro inexorable”. Y recuerdo a Stefan Zweig en el primer capítulo de *El mundo de ayer*: “El mundo de la comodidad”. Dicha comodidad ya le parecía como un sueño de un día olvidado. Es este tipo de idas lo que va a surgir en *Los sonámbulos*; lo que me hace preguntarme, al recordar que Broch fue un joven

bastante acaudalado, ¿quién es el trasunto de él mismo? Ya que la autocrítica que erige me hace dudar si su trasunto sería Joachim o Bertrand, o, en su defecto, la mismísima Elisabeth, de la que señala que “le gustaría sentir eternamente la familiaridad con que ha recibido las cosas que están actualmente”. Esto, por supuesto, es absurdo; no obstante, Broch no ridiculiza a ninguno de sus personajes.

8 DE NOVIEMBRE DE 2006

Leo Esch o *la anarquía*; acabo de encontrar otro elemento atractivo. Esto tiene que ver con lo que reflexionaba hace algunos días: la relación del creador en la lucha contra el poder. Ahora he leído la escena en la que Esch acompaña a su amigo socialista Martin a un mitin en el que va a participar. En éste, después de que Martin arenga a los trabajadores convocados, llega la policía a detenerlos. Después de que parece que los obreros van a responder, Esch se retira y Broch escribe una línea que me inquietó: “[...] y Esch, viendo que nada podía hacer allí, se retiró hasta la esquina, con

la esperanza de encontrar a Lahberg en alguna parte”. Quizá esta forma de reaccionar sea la manera de combatir de Broch, la cual tal vez no provoque repercusiones inmediatas y se limite a exponer argumentos frente a las armas; pero en esta época, donde los argumentos son los menos usados, puede ser que valga la pena porfiar en el trabajo que no es evidente, sino más sutil y duradero.

13 DE NOVIEMBRE DE 2006

Sigo con Esch o *la anarquía*. En verdad creo que Broch me habla a mí personalmente (¿esto no sería lo idóneo en cada ejercicio de lectura?); y sin importar lo arrogante que suene, puedo pensar que no me equivoco. A un hombre como yo, alguien que en realidad no tiene mucho que compartir con la vida y la experiencia de un hombre como Broch, el hecho de sentir tal cercanía no deja de sorprenderle. ¿Cómo se ha hecho de este lugar en mi mente este hombre tan distante, tan alejado de lo que yo soy y que habita en un mundo que no tiene nada que ver con el suyo? Quizá estoy siendo un poco



Cuando Hermann Broch dejó Austria, uno de los mayores escritores del siglo XX, abandonando su pasado, su vida y todo lo que la conformaba, se convirtió en un indocumentado más, en alguien en situación de crisis, idéntico a cualquiera que debe atravesar el Río Bravo o el desierto de Arizona.

inexacto, pues mi mundo no es tan lejano. Por ejemplo, está su fantástico ensayo “Lógica de un mundo en ruinas”, en el que demuestra la manera en que el fascismo tomó fuerza, de un modo muy parecido al fascismo actual. Calderón es un führercillo y no otra cosa, al igual que Hitler fue alguien que sirviéndose de la ignorancia de la gente y de una política del terror, llegó al poder. Qué gran estupidez había por aquel entonces. Y ahora las cosas no son muy diferentes; el miedo fue el mayor motivo en la razón de los electores. Qué terrible situación y qué parecido a aquella Austria que provocó la huida de Hermann Broch y, por supuesto, la muerte de su madre (lo que más me ha conternado). Dice el autor de *El maleficio*:

Porque, si tales consideraciones merecen ser calificadas de humanas en términos generales, los viajeros están más predispuestos a ellas (especialmente aquellos de temperamento violento) que los hombres sedentarios que nunca piensan nada, por más que suban y bajan varias veces al día las escaleras de su casa. *El hombre sedentario no se da cuenta de que se halla rodeado de obras humanas, ni tampoco de que sus pensamientos son también únicamente meras obras humanas.* El hombre sedentario lanza sus pensamientos al mundo como si fueran viajeros seguros y hábiles en los negocios y cree poder constreñir de esta manera el mundo a las dimensiones de su propia habitación y de su propio negocio. [...] Pero el hombre que en vez de enviar de viaje sus pensamientos se envía a sí mismo, ha perdido esta precipitada seguridad, su

ira se ensaña con cuanto sea obra humana, contra los ingenieros que construyen los peldaños así y no de otro modo, contra los demagogos que despotrican sobre justicia, orden y libertad como si pudieran edificar un mundo acorde con sus propias ideas; contra aquellos que todo lo saben se dirige también la ira de este hombre en quien saborea el sabor de la ignorancia. [...] Una dolorosa libertad se anuncia proclamando que todo podría ser distinto. Las palabras con que se revisten las cosas pasan inadvertidas y se deslizan en la incertidumbre; se diría que las palabras son huérfanas.

Una vez más la intuición entrega sus mejores frutos a quien sabe oírlos. Broch es un gran novelista debido a su magnífica poesía. Sin intención ni afectación entrega una fuerte cantidad de ideas debatidas y que, al trasladarlas por medio de pensamientos perpendiculares, llegan a formar un conjunto luminoso. En pocos autores se pueden encontrar las preguntas que la gente lleva y regresa a lo largo del camino mientras se piensa en la vida. Desafortunadamente, Broch se vio obligado a la desgarradura de su medio: Austria, sus museos, sus bibliotecas y, lo peor de todo, sus tabernas. En la forma que este autor contempla la historia del mundo podemos ver cómo encuentra una unidad, una consecuencia tras otra. En la parte final de *La muerte de Virgilio*, después del periplo que el poeta tiene que realizar —en el que lo aquejan los achaques e incluso comienza a alucinar— justo cuando se encuentra con Augusto, le cuestiona por qué ha dejado que los

comerciantes tomen el poder. Me parece que es una pregunta más que oportuna. Roma ha cedido a las prácticas monopólicas que incita el capitalismo basado en las leyes del comercio. En este momento Roma empieza un declive. Al contrario de la gloria que establece Virgilio con su *Eneida* (poema que quedaría inconcluso), Roma ya no es digna de heredar a Eneas, el sobreviviente troyano. Roma se ha tornado una ciudad lamentable, que se entrega a las manos de quien pueda comprarla, y para Broch Europa también lo ha hecho. La obsesión fascista, y sobre todo nazi (si es que hay alguna diferencia), por el boato y la ganancia desfiguraron el rostro de la cultura romana, la que se presumía verdadera cuna de la civilización. Sin embargo, las ganancias que el comercio da a una parte del Imperio se vuelven el nuevo

estándarte. La Vía Augusta ya no satisface la voracidad. No sólo se trata de llevar los productos a través del imperio. La intención que se implementa radica en despojar a los mercados nacionales de su autonomía. Cualquier tipo de independencia comercial debe ser disuelta por medio de una levigación que ejecuta la moneda romana y sus dinámicas económicas. Para Hermann Broch no se trataba de hacer una crítica nostálgica de Roma, sino de hacer un diálogo de cómo el Imperio romano se fue al traste por los monopolios:

—No puedo borrar de la tierra las ciudades, Virgilio; al contrario, tengo que erigir ciudades, porque son los puntos de apoyo del orden romano hoy, como siempre lo fueron... Somos un pueblo que edifica ciudades, y la primera fue la ciudad de Roma...

—No como ciudad de comerciantes y prestamistas. Su edad de oro está amonedada y acuñada.

—Eres injusto; el comerciante es el pacífico soldado de Roma y, si quiero que subsista, debo dejar que subsista también la organización financiera... Todo esto pertenece al bienestar del Estado.

—No soy injusto, pero veo el hervidero ansioso de dinero en las calles, veo la impiedad; sólo el campesino posee la piedad del pueblo romano, aunque se halle en peligro de caer en la codicia general.¹

La misma suerte corrió el Imperio Austrohúngaro y la Comunidad Europea de inicios de siglo xx. La perspectiva, y aquí pienso nuevamente en



El parador, 2001, óleo sobre algodón, 150x130 cm.

Zweig y en *El mundo de ayer*, era desbaratar el bienestar común para buscar la riqueza de las oligarquías. La ruta a seguir es la misma de siempre: liberar la economía para generar monopolios que impongan sus reglas, sus criterios y su poder. Implementar precios a las mercancías, a los productos, a la mano de obra y, sobre todo, a la vida del ser humano. Volver al rédito y al interés los mecanismos de especulación y ganancia que den valor de cambio a la vida humana. Pero (aquí sólo habla alguien que ha hojeado *El Capital* de Marx), lo más drástico es que el capitalismo reifica la vida y al ser humano; en ese volver cosa la vida, la angustia corroe al ser-para-sí. Nuestra consciencia ya no disfruta ni experimenta, sólo produce, sólo sobrevive y, así como el capital se vuelve nómada, el ser humano está obligado a emigrar. De la misma forma en que el capital debe de buscar internacionalizarse para agrandarse, que es la única forma de mantenerse, el ser humano se vuelve un emigrante y, por ende, un sobreviviente. Cuando Hermann Broch dejó Austria, uno de los mayores escritores del siglo XX, abandonando su pasado, su vida y todo lo que la conformaba, se convirtió en un indocumentado más, en alguien en situación de crisis, idéntico a cualquiera que debe atravesar el Río Bravo o el desierto de Arizona. Broch fue el africano que trata de atravesar el Mediterráneo en una embarcación sobrepoblada, un refugiado de Siria recorriendo las carreteras con su familia a cuestas y un lío de ropa vieja. El desterrado no se muda, se desarraiga; pierde una conexión con su raíz íntima, la más vital. El emigrante Hermann Broch se

mimetiza con el torrente del capital, y tiene consciencia de ello. Su visión es tan vigorosa que no teme encarar lo trágico; sin embargo una visión trágica no es una postura fatalista ni pesimista, es una posibilidad, así como llama al materialismo histórico una posibilidad asequible.

“Ignoro si saldré con vida de este asunto, un tanto banal. Naturalmente espero que sí, pero en el fondo casi me da igual. Aplaudo el hecho de que exista algo así como un código del honor, el cual nos presenta en esta vida tan indiferente, un destello de una idea más elevada, a la que uno puede someterse”, expresa Broch por medio de un personaje, y en realidad no sabemos si habla de él o se refiere a la suerte que todos nosotros corremos en este instante. Un momento de capitalismo salvaje que nos convierte a todos en mano de obra, en una fuente de trabajo indeferenciado que tarde o temprano se disolverá en el viento y la memoria.

NOTA

1. Broch, Hermann, *La muerte de Virgilio*, pról. Carlos García Gual, trad. J. M. Ripalda y A. Gregori, España, Alianza Editorial, 1998, p. 500-501.

► HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ: CDMX, 1980. Es escritor y traductor. Hizo estudios de Lengua y Literatura Francesa en la UNAM. Colabora en *Laberinto*, *Nexos* y *Tierra adentro*. Coordinó y prologó el libro *La escritura poliédrica. Ensayos sobre Daniel Sada* (FETA, 2012).



Bosque de pino, 2013, óleo sobre lino, 145x110 cm.

ISABEL GONZÁLEZ GARCÍA

JOSEPH ROTH DESDE EL MARGEN: COSMOPOLITISMO Y MIGRACIÓN

[LITERATURA]

Al caminante no se le pregunta a dónde va, sino de dónde viene. Sin embargo, lo que a un caminante le importa es su destino, no su punto de partida.

Judíos errantes, Joseph Roth

El libro de Claudio Magris, *Lejos de dónde. Joseph Roth y la tradición hebraico-oriental*, se inaugura con el siguiente epígrafe de Antoine Saint-Exupéry: “La ausencia es la palabra terrible de esta historia judía: Entonces vas allá abajo. ¿Qué lejos estarás? —¿Lejos de dónde?”. El epígrafe nos importa en tanto anécdota, porque, con toda la ironía que puedan contener estas simples y exiguas palabras, narran “la historia judía”. Una de las culturas más fuertes acerca de la ausencia y la migración.

La historia comienza precisamente con la diáspora, y su móvil está ligado a la búsqueda

de mejores condiciones de vida (como uno de los principios básicos de toda migración) a través del pacto y la promesa. A cambio de la libertad y la tierra, los judíos sellaron un pacto con Yahvé: el de obedecer, servir y honrar a Dios incondicionalmente. Aceptando así, como ningún otro pueblo, el destierro como una condición existencial. Por espacio de cuarenta años, se dice en Números 14: 6: 33-34, los judíos erraron por el desierto bajo el estupor recalcitrante de la promesa; un castigo y una bendición ese “[...] apasionado combate con un Dios que castiga más que ama” (Roth, 2008: 26).

La promesa de la tierra, en tanto promesa de libertad, es lo que justifica la migración judía. No obstante, el pacto tiene sentido sólo porque hay una ausencia, esto es, la falta de un territorio, de un lugar. De manera que lo

que impele al desplazamiento no es la promesa en sí misma, sino lo que se funda en la carencia. Pero si lo que hay es una promesa y no un territorio, ¿qué tan lejos se puede estar? ¿Lejos respecto a qué? ¿*Lejos de dónde*? En el fondo de la tradición judía gravita la ausencia. El motor de esta historia de la migración es lo que falta, y el escenario está por venir.

Sin embargo, aún en la ausencia de lugar, tierra, patria, es posible trazar una cartografía. La que inició con la geografía del desierto y no se detuvo aun cuando los judíos merecieron Canaán, la Tierra prometida. Porque antes y después de la llegada a la Tierra de Israel, quizás hasta la conformación del moderno Estado israelí (1948), los judíos se vieron obligados a dejar su *tierra* para asentarse, bajo la amenaza latente de un próximo destierro, en territorios extranjeros. Siendo ellos mismos extranjeros más que ningún otro.¹ Esta larga historia de la migración y de la ausencia ha sido muchas veces un relato de persecución y

guerra. La conquista de Jerusalén y el destierro babilónico, la lucha por Canaán, las guerras Judeo-Romanas, la expulsión de España, los pogromos en Rusia, el Holocausto, conforman algunos de los momentos en la cartografía del destierro y la migración judías.

Pero, si bien los judíos han mantenido un apego profundo e histórico con la Tierra prometida (que hoy podemos ubicar en el territorio de Palestina e Israel), es verdad que también han manifestado una tendencia a emigrar y establecer comunidades lejos de ella.² Por fuerza o por elección, la migración condujo a los judíos a la asimilación del mundo secularizado que los rodeaba. De este modo, otras topografías y otras latitudes se sumaron a la cartografía del *judío errante*. Asimismo otras afecciones y relaciones con la tierra: “Especialmente los judíos tendrían mil motivos para, en la medida de lo posible, evitar la afirmación de que su pertenencia a éste o aquel pueblo responde a un destino inquebrantable” (Roth, 2012: 51).

Estas palabras no hubieran podido surgir con tal convicción más que en un judío, cuya efigie del errante tiene el rostro de Abraham, Isaac, Jacob y Moisés, como el de tantos otros judíos que anduvieron la historia de la Humanidad. Sin embargo, son las palabras de Joseph Roth (Brody, 1894-París, 1939), el periodista y novelista austrohúngaro que nunca supo nombrar su patria ni con un solo mote ni con una sola lengua. Aquel judío que asumió y resignificó el itinerario migratorio de los judíos a través de la geografía de los hoteles y el tiempo de las notas periodísticas. Un camino que comienza, escribe Claudio Magris, con la disolución



La modernidad judía,
de acuerdo con el
historiador italiano Enzo
Traverso, encuentra
su particularidad en la
imagen del *Ahasvero*, el
judío errante.

“De este modo ser judío significaba, dice Steiner, comprender que la maleta siempre debe estar hecha”.



del Imperio Austro-Húngaro y con la disgregación del judaísmo oriental. Entendido este último como un devenir bíblico al mismo tiempo que escuálidamente moderno. En todo caso el itinerario de Roth comienza, una vez más, con la diáspora.

“Yo dibujo el rostro del tiempo”, escribió Joseph Roth en sus *Crónicas berlinesas*, y podría ser esta la mejor manera de describir su propio trabajo. Bajo esta premisa se amalgaman los artículos y las crónicas periodísticas con las novelas, dando forma al gran retrato del tiempo que al escritor le tocó vivir. Cada viaje, cada hotel, cada página, toda salida y todo arribo, se entretrejan en una misma trama, guardaban una intrahistoria: la de la Europa desmembrada y desquiciada que salía de la Primera Guerra Mundial para dirigirse, inevitablemente, como el propio Roth vaticinó, hacia la Segunda. La Historia no tiene protagonistas y quizá posee antagonistas en demasía. Sin embargo, a Joseph Roth le interesaban aquellos personajes (él mismo entre ellos) que, por fuerza, nunca pudieron asimilar un lugar en aquel relato: los judíos, tanto los orientales como los de la Europa oriental y occidental.

Los judíos tienen un lugar en la historia de Europa, y el propio Roth se empeña en señalar como “la mayoría de ellos da a Occidente por lo menos tanto como éste les quita, y algunos

le dan más de lo que Occidente les da a ellos. En todo caso, el derecho a vivir en Occidente lo tienen todos los que se sacrifican yendo a él [...] con nuevas energías para interrumpir el tedio mortal e higiénico de esta civilización [...]” (Roth, 2008: 30). Para Roth “ir” sigue siendo el sello distintivo de este relato. Porque el lugar no-lugar de los judíos se funda tanto en la negación por parte del no judío-europeo-antisemita como en el cosmopolitismo que Roth reconocía en ellos, en él mismo más que en ningún otro judío.

Para Joseph Roth la estancia en los hoteles, más que un estilo de vida motivado por su labor de periodista, fue una consecuencia de la norma del cosmopolitismo, del sin-patria que, siendo cronista de Europa, había asumido como suyas las miserias cotidianas, grandes o pequeñas, de los exiliados judíos. En ese panorama el hotel no sólo cumplía con la provisionalidad de la vida del migrante y el exiliado, sino que también encarnaba el carácter cosmopolita que Roth proclamaba acerca de los judíos. Gente de todas partes entrando y saliendo, llegando y marchándose a todas horas: “Eximidos de sus sentimientos patrióticos obtusos y estrechos, momentáneamente desembarazados de su altanería nacional, aquí los hombres se encuentran y dan al menos la impresión de ser lo que deberían ser siempre: hijos del mundo” (Traverso, 2004: 99).

“Yo dibujo el rostro del tiempo”, escribió Joseph Roth en sus *Crónicas berlinesas*, y podría ser esta la mejor manera de describir su propio trabajo.



La modernidad judía, de acuerdo con el historiador italiano Enzo Traverso, encuentra su particularidad en la imagen del *Ahasvero*, el judío errante, el que en pleno apogeo de la idea del Estado-Nación nunca logró asimilarse definitivamente en ese marco. El propio Joseph Roth señala que el sionismo (la idea de una nación judía en la llamada Tierra Prometida) y el concepto de nacionalidad son, esencialmente, europeo-occidentales. En Oriente, dice el autor, viven personas que no se preocupan de su pertenencia a una “nación”, no al menos en los términos europeo-occidentales: “Hablan varios idiomas y son producto de diversas mezclas raciales, y su patria está ahí donde se les fuerza a alinearse en una formación militar” (Roth, 2008: 34).

La idea del judío errante, representado por la movilidad, la apatricidad y el multilingüismo, consolidó la modernidad judía como una dialéctica entre asimilación y antisemitismo. Una dialéctica donde el cosmopolitismo había logrado favorecer la cohesión de una judeidad secularizada frente a la imposibilidad del retorno al judaísmo tradicional que la asimilación representaba, así como ante la posibilidad, negada por el antisemitismo, de acceder plenamente a una nacionalidad.

La modernidad judía había nacido con el “judío no judío”, un intelectual (resultado de la *Haskalá*, de la Ilustración judía) que rompiendo con su religión y su cultura encontraba en el cosmopolitismo el rasgo que lo definía. La integración de los judíos a sus respectivos países, aunque nunca completa, se vio favorecida por la trascendencia que habían alcanzado en la economía, las ciencias, las artes, la prensa, etc. El cosmopolitismo fue el nexo entre Joseph Roth, Stefan Zweig, Franz Kafka, Walter Benjamin y tantos otros escritores que formaron parte de esa unidad cultural judía que, tomando al alemán como lengua, excedió todas las fronteras nacionales. “Ya no hay fronteras mediante las cuales protegerse contra la mezcolanza. Por eso, el judío se rodea de fronteras. Sería una lástima renunciar a las mismas”, escribe Joseph Roth en *Judíos errantes* (2008: 47), una oda y una elegía de la migración.

Sin embargo, hacia 1930, a partir del antisemitismo y la persecución guiados por el nazismo, el cosmopolitismo comenzó a tornarse en *acosmía*, en “falta de mundo”. Una disolución absoluta de las fronteras, donde migrar y asumirse un ciudadano del mundo en el acto del desplazamiento del lugar y de la lengua no fue más un posicionamiento político, sino

una imposición. Vivir en la migración no era ya sino vivir en el ostracismo. En oposición al viajero se encuentra el judío, el exiliado, figura marginal de la alteridad que, en tanto otro, no deja de confrontar.

“¡Es cierto que nuestra patria no es aquella en la que nos va bien! De acuerdo, pero a un país en el que se comete el mal no podemos seguir llamándolo nuestra patria”, son las palabras de Joseph Roth en *La filial del infierno en la Tierra*. Ese mismo Joseph Roth que reconocía que: “La verdadera patria del escritor emigrado es la lengua en la que escribe. Y su libertad, la libertad de poder expresar lo que piensa” (Roth, 2012: 145). Paradójicamente esa lengua fue, para el propio Roth, como para muchos otros escritores judíos nacidos y no nacidos en Alemania, el alemán. A Joseph Roth su lengua, el *yiddish* (lenguaje terrenal y ordinario del exilio, como dice Norman Manea), se le había migrado al polaco de la cotidianeidad en las calles de Brody, al alemán en tanto terreno de expresión literaria, y al francés por decisión política, cuando en 1933 decidió exiliarse en el Hotel Foyot y el Café Tournon en París.

No obstante, haber asumido el alemán como patria literaria significó para los escritores judíos, cosmopolitas errantes, una migración

sin precedentes históricos, ya que se fundaba en leyes raciales y no políticas: “[...] en el odio que arde en el pueblo anfitrión contra una multitud de extranjeros en apariencia peligrosos y originadores de prejuicios” (Roth, 2008: 29). Junto a los escritores judíos asimilados o nacidos en Alemania, los llamados revolucionarios —socialistas, comunistas y anarquistas— constituyeron la mayor parte de la emigración (forzada) alemana (Roth, 2012: 97). De este modo, como comprendió el propio Roth, la literatura en lengua alemana fue menos una literatura de la migración que una literatura desterrada, proscrita en su propia patria desde el punto de vista físico y espiritual. El autor no deja de recordar aquí las quemaduras de libros, a los escritores y a los libros prohibidos. Motivo por el que la migración alcanzó a quienes no podía aplicárseles, en palabras de Roth, “la ley de la demencia racial”.

Los escritores que pudieron quedarse en el terruño alemán, no tenían que callarse, pero no por eso fueron escuchados (Roth, 2012: 88). “Se permanece y, sin embargo, se peregrina: una especie de acrobacia de la que sólo son capaces los desdichados, los reclusos del penal” (Roth, 2008: 16). Frente a este peregrinaje recluso, Roth destaca las bondades del



Frente al silencio, la ceguera y la coacción, Joseph Roth eligió el cosmopolitismo y la migración como actos políticos y formas de resistencia.

destierro físico: “Tal vez suponga una dicha mayor ser un escritor alemán de sangre judía y conocer la miseria corporal, aunque también la libertad física del exilio, que quedarse en un país en el que la lengua está paralizada, el oído sordo, el ojo cegado y en el que hasta la pluma se niega a obedecer la voluntad de la mano que debe guiarla incluso tras esa ley” (Roth, 2012: 88).

Frente al silencio, la ceguera y la coacción, Joseph Roth eligió el cosmopolitismo y la migración como actos políticos y formas de resistencia. Porque fueron estos modos de asumir su judeidad los que le dieron un lugar en el mundo: ese que no necesitaba ni tierra ni fronteras, aunque sí el techo de un hotel. Ese lugar fue el de la lengua activa, el oído presto, el ojo abierto: la literatura. Aunque desterrada y consumida por el fuego, la obra de Josep Roth constituyó una literatura de la migración. Justamente, una alegoría de la migración judía, narrada casi autobiográficamente por un emigrante fascinado por la capacidad de los hombres de vivir sin fronteras: “Me alegra cambiar de vida una vez más, como tantas veces he hecho durante estos últimos años. Veo al soldado, al asesino, al que estuvo a punto de ser asesinado, al resucitado, al encadenado, al emigrante” (Roth, 1995: 12).

NOTAS

1. George Steiner nos recuerda que: “[...] en griego antiguo la palabra que se usa para designar al huésped, al invitado, y la palabra que se usa para designar al extranjero, son el mismo término: *xénos*”. Pero lo que en los griegos se expresaba aunado a la filia (*xenofilia*), en la Europa del

Tercer Reich llevaba el sello de la fobia (*xenofobia*); una estrella de David pegada al pecho. “De este modo ser judío significaba, dice Steiner, comprender que la maleta siempre debe estar hecha”.

2. Después de España, las migraciones de judíos consolidaron grandes comunidades en la Europa Oriental; principalmente en Polonia, la Unión Soviética, Hungría y Rumanía. Sin embargo, aunque más desdibujadas, las había también en la Europa Occidental: en Alemania, Francia, Italia, Holanda y Bélgica.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ✎ Magris, C., *Lejos de dónde. Joseph Roth y la tradición hebraico-oriental*, Navarra, EUNSA, 2004.
- ✎ Roth, J., *Hotel Savoy*, Barcelona, Sirmio Quaderns Crema, 1995.
- ✎ Roth, J., *Judíos errantes*, Barcelona, Acantilado, 2008.
- ✎ Roth, J., *La filial de infierno en la tierra. Escritos desde la emigración*, Barcelona, Acantilado, 2012.
- ✎ Traverso, E., *Cosmópolis: figuras del exilio judeo-alemán*, México, UNAM, 2004.

► ISABEL GONZÁLEZ GARCÍA: Oaxaca, 1991. Egresada de la Licenciatura en Humanidades con especialidad en el área de Filosofía por el IIHUAUAC. Colabora en el programa radiofónico *Laberinto de voces*, del Colectivo Aporía, del que es miembro fundador. Correo-e: isaetheia@gmail.com

ELIZABETH ARIAS

EL EXILIO VOLUNTARIO

[LITERATURA]

La vida de un escritor nos interesa porque tenemos la certeza de que en ella podemos buscar el origen de sus ficciones—reflexiones, pensamientos, críticas y sentimientos—plasmadas en sus libros. Queremos saber el misterio que esconden, y terminamos encontrando vidas anodinas o llenas de aventuras, marcadas por la tragedia, el infortunio o la felicidad. El escritor húngaro Sándor Márai (Kassa, 1900-San Diego, 1989), narrador, periodista y dramaturgo, escribió memorias y diarios sobre su vida. En estos escritos autobiográficos podemos acercarnos a su narrativa: una narrativa nostálgica, interior, crítica, erudita, histórica. *Confesiones de un burgués* (1934) es su primer libro de memorias, su siguiente relato autobiográfico es *¡Tierra, tierra!* (1972), y uno anterior a éste, encontrado en 1997 y publicado

póstumamente, es *Lo que no quise decir* (1949), y *Diarios 1984-1989* finaliza su escritura sobre la memoria. En estas cuatro obras somos testigos de los momentos decisivos de la vida del autor del *El último encuentro*. Con sus recuerdos retrata una personalidad cambiante, muchas veces atormentada. Desde los treinta años hasta los ochenta y nueve que vivió, Sándor Márai hace un registro de sí mismo.

A los treinta y cuatro años Márai publicó sus *Confesiones de un burgués*, y daba a conocer a su público su figura interior y exterior. En las *Confesiones* relata episodios significativos de su infancia, de su adolescencia y juventud. Vemos en la narración escenas teatrales reconstruidas desde la memoria, acompañadas de reflexiones irónicas y melancólicas. En la búsqueda de su yo, Sándor Márai recurre a

la historia de sus antepasados sajones y moravos, haciendo de cada familiar, tanto materno como paterno, un personaje que recobra su vida en las páginas del libro. Márai encuentra en ellos detalles que reconoce en sí mismo: ve sus gestos, su boca, sus ojos, su forma de sentir la vida, de amar, de odiar, como una herencia que le causa un profundo cuestionamiento. Algunas veces se opone a su herencia e intenta ser diferente.

En las *Confesiones* no sólo asistimos a la vida de Márai, sino también a un retrato de la burguesía a la que pertenecía. Con la escritura crea escenografías llenas de detalles: la casa de alquiler en la que vivió en la infancia, las calles de su ciudad, la catedral, sus torres, la vida nocturna, los funerales, las ciudades en las que vivió en su juventud: Leipzig, Weimar, Frankfurt, París, Berlín, etc. Márai relata los exilios voluntarios que afrontó desde su niñez. Uno de ellos, el exilio del seno familiar. Desde que tenía seis años se sintió en soledad, pues su hermana menor ocupó su lugar causándole una fuerte herida, una “nostalgia por el paraíso perdido”. El exilio no sólo es espacial —salir del lugar de origen para buscar nuevos horizontes—, sino también emocional. En diversas ocasiones huyó de su hogar. Pero la que determinó su destino fue cuando abandonó su casa a los catorce años en un acto de furia y desesperación sin saber a dónde ir, pero con la certeza de no poder estar más en ella. Sus sentimientos encontrados, neuróticos si se quiere, lo alejaban de su familia. *Confesiones* es el ejercicio introspectivo que hace para sanarse a sí mismo.

A partir de este suceso su familia lo llevó a estudiar a un internado de Pest. Afrontó la situación. Reflexionando, dice:

En realidad no existe más “experiencia” que la familia, como tampoco existe más “tragedia” que el momento en que te ves obligado a decidir si permaneces en el seno de la familia y en su variante a escalas más amplias como la “clase social”, la ideología, la raza, o bien te marchas por tu propio camino, a sabiendas de que te quedas solo para siempre, de que eres libre, estás a merced de todo el mundo y sólo puedes contar contigo mismo... Yo tenía catorce años cuando me escapé de casa, y después ya sólo regresé de visita, en los días de fiesta, durante breves temporadas; como el tiempo es un analgésico muy fuerte, a veces parecía que la herida había cicatrizado.

Un acontecimiento significativo para su vida y con el que termina la primera parte de las *Confesiones* es el asesinato del heredero al trono Francisco Fernando de Austria, en 1914. Inicia la Primera Guerra Mundial. Los acontecimientos sociales, la beligerancia y la tiranía, están narrados magistralmente en la obra —de ficción y autobiográfica— de Márai. Conforme avanzan los años su visión se hace más contundente y apesadumbrada. Pero, cuando realizó este relato y se preguntaba por qué siempre tenía la presencia latente de la huida, aún no sabía que venía un exilio más desgarrador, el exilio de la patria que se vio forzado a hacer años más tarde.



Casa Juárez, 2009, óleo sobre lino, 200x250 cm.

Los años de juventud y de estudios universitarios resultaron menos caóticos. Aunque fue un tiempo errante, de peregrinaje en busca de las huellas de Goethe, su escritor predilecto. Estudió Derecho en la Universidad de Pest, y más tarde se cambió a la Facultad de Filosofía y Letras. En el extranjero reinició sus estudios en periodismo en el Institut für Zeitungskunde, en Leipzig. Al final se dio cuenta de que no estaba dispuesto a permanecer más tiempo ahí y se

trasladó —por consejos de sus propios maestros debido a su inadaptabilidad— a la Facultad de Filosofía. A pesar de que cambió diversas veces de carrera, este espíritu desarraigado tenía un profundo interés por el periodismo.

En Leipzig escribió en alemán su primer artículo periodístico. El alemán era la lengua en la que se sentía seguro, pero que abandonó para escribir en su lengua materna, el húngaro. Durante varios años estuvo fuera

de su ciudad natal, residió en Alemania y Francia, pues prefirió la lejanía a vivir bajo el régimen de Miklós Horthy. “Ya a lo largo de los primeros años en el extranjero Márai fue distanciándose de manera palpable de los ideales políticos de su juventud y se declaró explícitamente a favor de los ideales burgueses”, dice Ernő Zeltner en su biografía *Sándor Márai. Una vida en imágenes*.

En 1923 se casó con Ilona Matzner, su queridísima Lola. Los dos vivieron fuera de su ciudad natal hasta que regresaron a Budapest en 1928. En esa época Márai empezaría a cosechar éxitos y prosperidad en el periodismo. Era un escritor reconocido. En *Lo que no quise decir* inicia rememorando esa época tranquila y describe la agonía de los hechos que sucedieron después: la adhesión de Austria al Tercer Reich. Escribe: “En esos diez años desapareció también toda una forma de vida y toda una cultura. Yo había nacido en el seno de esa forma de vida y esa cultura, y cuando advertí que en mi patria se había extinguido ese modo de vida burgués me invadió una calma extraña”.

La crítica a la tiranía, al comunismo, a la sociedad, sus reflexiones sociales e históricas se encuentran también en *¡Tierra, tierra!*, libro de memorias que escribió veinticinco años después de los sucesos que vivió en Budapest y que marcarían su narrativa. La decisión de partir de ese mundo catastrófico fue difícil, pero la idea de verse privado de su libertad de expresión y de imaginar estar al servicio, como escritor, del régimen comunista en Budapest, le dieron el valor para abandonar su patria en el último momento. No podía traicionar su palabra para

sobrevivir. En 1946 viajó a Suiza, Italia y París, vio las comodidades y la vida fácil de Suiza y sintió cierta repulsión. En el verano de 1948 aprovechó una invitación que le hicieron de Suiza para asistir a unas jornadas literarias, debido a esto solicitó su pasaporte y el de su familia, los de Lola y János, su hijo adoptivo. En ese momento adquirir un pasaporte era difícil, pero lo obtuvo. Viajó aún con la esperanza de volver algún día a casa. Permaneció en Suiza y en Nueva York, y se exilió definitivamente el mismo año en San Diego, California.

En Hungría, después de la Segunda Guerra Mundial, dice Márai, el éxodo estuvo definido por tres momentos de huida, en los que cientos de personas buscaron la sobrevivencia. El primero fue en 1945, con la entrada del Ejército Rojo, el segundo en el verano de 1948, cuando el poder de los comunistas estaba por ser tiránico, y en 1956. Márai no salió en el primer momento, cuando el Ejército Rojo tomó Budapest, ni cuando regresó de su refugio y encontró su casa en ruinas: una bomba destruyó su hogar y los seis mil libros de su biblioteca.

Márai afrontó los momentos más difíciles con prudencia, y meditó sobre ellos en sus memorias y diarios. En el exilio siguió escribiendo. En una conversación en *¡Tierra, tierra!* con un poeta comunista llega a la conclusión de que el exilio es necesario. Pues, aunque el silencio también es una respuesta, no concibió una vida bajo el régimen comunista, que se alimentaba de la libertad y la renuncia a la propiedad privada. Escribe resignadamente: “Concluimos que el exilio es, para el escritor, algo más que un riesgo, y que también puede

constituir —en épocas y situaciones en que se niegan la libertad y la verdad— una posibilidad. En épocas así hay que elegir voluntariamente el destierro porque sólo de ese modo es posible decir la verdad, y la escritura no tiene sentido si no es para decir la verdad”.

La búsqueda de la verdad es una constante en su obra narrativa, pues acecha desde muchos puntos una situación, un sentimiento. En sus reflexiones, en ocasiones contrastantes, sobre el amor, el odio y la amistad, Márai profundiza en la condición humana. Los *Diarios 1984-1989*, escritos en los últimos cuatro años de su vida, son desgarradores, tristes y pesimistas. Márai anota constantemente reflexiones sobre la muerte, sobre Dios, sobre la vejez. Era un lector voraz a pesar de las dificultades, ya no veía bien y se dedicaba al cuidado de su queridísima esposa. Leía a Marco Aurelio, Voltaire, Schopenhauer, Gibbon, Boswell, a poetas y narradores húngaros fundamentales de su lengua. Siempre, como lo muestran sus libros, fue un conocedor profundo de la literatura húngara y un lector de filosofía e historia. Lola había perdido la vista, apenas oía, no podía caminar sin que Márai fuera su apoyo. Pasó los últimos meses de su vida en un hospital. Él la acompañó en cada momento.

En los *Diarios* Márai sufre por ella, por sus padecimientos. La memoria y la fuerza de su cuerpo la abandonaban cada día debido a su senilidad. Imagina y presente las penumbras de la muerte, pues la luz de sus familiares amados se va apagando. Primero Lola, la mujer que lo acompañó día y noche durante sesenta y dos años, parte esencial de su cuerpo, de

su alma. Márai ve desfilar la muerte de todos aquellos a los que quiso. Lo abandonaron su hermana Kató, sus hermanos Gábor y Géza, sus amigos, y después su hijo adoptivo, János. Todas las noticias que le llegaban de su patria estaban marcadas por la muerte. Arrojó las cenizas de Lola y de János al mar sin nadie al lado para reparar en su dolor. Un año antes de su muerte le dan la noticia de que puede regresar a su país, que puede retornar del exilio para ser honrado.

Sándor Márai tenía una salud precaria a los ochenta y ocho años, sus ojos veían sombras y su cuerpo estaba débil. Con la fortaleza de un estoico y para no pasar sus últimos días en un hospital, decrépito y moribundo, decide suicidarse. Una nota periodística que hablaba de los suicidios de ancianos le sugirió la idea. Dice en noviembre de 1987: “Y una noticia local: en la zona de San Diego, entre 1980 y 1986 se suicidaron dieciocho mil personas; la mayor parte tenía más de sesenta y cinco años, y recurrió a las armas de fuego porque no confiaba en los venenos”. Compró una pistola y fue a clases de tiro. Hasta que su alma no soportó más las miserias de la vejez acabó disparándose en la sien el 21 de febrero de 1989. “Estoy esperando el llamamiento a filas; no me doy prisa, pero tampoco quiero aplazar nada por culpa de mis dudas. Ha llegado la hora”, fue lo último que escribió semanas antes de suicidarse. ¿Encontró Sándor Márai la libertad en el exilio voluntario? 

► ELIZABETH ARIAS: Oaxaca, 1992. Estudió Humanidades en el IHHUABJO. Es promotora de la lectura.



Reinicio, 2013, óleo sobre lino, 170x130 cm.

LEONARDO DA JANDRA

EL SOPLO DEL ESPÍRITU

[LITERATURA]

En *Amor y exilio*, Isaac Bashevis Singer (Leoncin, Polonia, 1902-Florida, EE.UU., 1991) cuenta de manera magistral cómo los jóvenes polacos de su generación se entregaban neciamente a los fundamentalismos más descabellados. Dándole la espalda a dos mil años de diáspora pacífica y despreciando la sabiduría de la Torá y la Cábala, se dejaban seducir por la prédica intolerante de los autoritarismos de todo signo, desde el estalinismo hasta el sionismo más beligerante.

Una sola generación puede tirar al basurero de la Historia una enseñanza milenaria basada en el respeto y la lealtad a ideales de luz y vida. Aquella juventud judía que renegaba del sumiso pacifismo de sus padres, tiene mucho en común con la juventud actual que sufre la secuela de oscuridad y muerte

heredada del militarismo exacerbado de sus padres.

Bashevis Singer tuvo una juventud excesiva en un tiempo y en un medio en el que los excesos podían significar la muerte: engañó y sedujo a las más contrastantes y peligrosas mujeres y, a través de una lectura radical de Spinoza, arribó a una negación de la divinidad que varios siglos atrás lo hubiera llevado a la hoguera. Con el tiempo, el soplo del espíritu atemperó la excesividad, y la decantación de la luz en esta mente privilegiada pudo darnos páginas indispensables dentro de la gran literatura.

Cuando un individuo o un grupo de individuos no cree en ninguna forma de divinidad, la sociedad no sufre la menor consecuencia; pero una sociedad entera que dejase de creer



Las tres gracias de Zanzibar, 2009, óleo sobre lino, 240x320 cm.

en Dios se condenaría irremediabilmente a la intranscendencia.

No creo que nuestro tiempo vaya hacia un abismo igual al que tragó a la generación de entreguerras. No concibo ya más guerras mundiales, ni exterminios masivos, ni pogromos aberrantes. Sin embargo, no veo luz y vida en las sociedades actuales; y no puede ser gratuito el culto a las expresiones tanotofílicas que inundan los medios escritos y electrónicos y que injurian al arte con salpicaduras de alcohol, sangre y semen. Pareciera que, como sucedió a principios del siglo XX, el soplo vivificador del espíritu haya cesado de golpe y que los excesos orales y genitales estén encumbrando a la golosa animalidad por encima de la razón y del espíritu.

Mas cuidémonos de señalar a la razón egocéntrica y al comercialismo voraz como causas determinantes de este desatino. En los tiempos en que la mente se rebaja a la autogratisficación de los instintos, las teocracias parasitarias y los vendedores de verdades se convierten en el mayor azote para el espíritu. Y sin liderazgos intelectuales, políticos, empresariales y espirituales no hay más que dos opciones: o la concientización ciudadana o el regreso al estado de naturaleza.

► LEONARDO DA JANDRA: Chiapas, 1951. Escritor y filósofo. Ha escrito más de una veintena de libros. Sus publicaciones más recientes son: *Filosofía para desencantados* (Atalanta, 2014), *Diarios. La restauración de la utopía* (Avispero y punto, 2015) y *Aforismos* (Editorial Avispero, 2017).

ALEJANDRO BACA

FORASTERO SOY

[LITERATURA]

Cuando Egipto expulsó a la población judía en 1952, Edmond Jabès conoció el exilio. Al avecindarse en París el poeta nacido en El Cairo se encontró como un ser extraño dentro de un organismo que le era ajeno y, al mismo tiempo, le pertenecía. Pues, gracias a la educación francesa colonial que recibió en su juventud, había decidido escribir en francés desde temprana edad. Además, el judaísmo no resultaba extraño para los franceses, quienes, debido a sus condiciones políticas y geográficas, estaban acostumbrados al cosmopolitismo y la pluralidad religiosa. Entonces, ¿por qué se descubrió de cara ante el exilio? Para el poeta egipcio no se trató de una decisión política, religiosa, geográfica o lingüística, para él era una representación del vacío, de movimiento y ruptura:

“Haznos, mediante una imagen, ver el exilio”,
le pidieron.

Y dibujó una isla. Y explicó:

“La palabra es una isla.

El libro es un océano poblado de islas.

El libro es un cielo acribillado a estrellas.

La isla, la estrella son figuras del exilio.

El océano, el cielo son exilio en el exilio
y también ley de exilio.

El exilio está en la ley; pues la ley es libro
en la palabra”.

Es importante comprender el peso significativo que el exilio representa para Jabès. Desde los relatos primigenios que aparecen en la Ley Mosaica figura el exilio (Reyes 2:3), como el de Elías, quien huye y se adentra en el desierto por temor a la venganza de Jezabel hasta

ser conducido y reconfortado por un ángel de Yahvé; o el de Moisés, quien tras asesinar a un egipcio en una disputa huye al desierto hasta la tierra de Madián. En ambos casos podemos encontrar similitudes: como el acto de culpa y expiación que significa esta partida o la experiencia meramente personal en la que sucede. Por lo que podemos entender, el exilio ocurre, en principio, dentro de cada uno como un rito de autodescubrimiento. Aunque en los libros bíblicos se encuentran diversas representaciones del exilio, es en el de Moisés donde percibimos una conciencia madura y sapiencial. Éste, después de su peregrinar por el desierto, toma por esposa a Séfora, una de las siete hijas del sacerdote de Madián, y a su primer hijo lo nombra Gersón (el que viene de afuera). “Forastero soy en tierra ajena”, dice Moisés. A pesar de que la traducción puede variar, encontramos un juego retórico, ya que “forastero” viene del latín “foras”, que significa “fuera”, que a su vez viene de la raíz indoeuropea “dhwer”, que significa “puerta”. Por lo que Moisés revela la conciencia del exilio al saberse a sí mismo fuera de lo que no le pertenece, o, para verlo de una manera poética, “fuera de fuera”. Una vez advertido esto, podemos acceder a la poesía de Jabès y

comprender lo que significó hallarse habitando en las calles parisinas. A pesar de no verse limitado por el idioma ni por los estigmas sociales y religiosos, para el poeta egipcio la expulsión de El Cairo representó un peregrinar y una extrañeza personal. Se supo ajeno en una tierra que no le pertenecía. Los motivos políticos que lo obligaron a trasladarse se encontraban ligados significativamente a Elías o a Moisés, y por ende a una tradición que lo signaba. Sin embargo, para Jabès la búsqueda era todavía más compleja: la palabra.

Para la religión judía y todas aquellas religiones que se desprenden de los libros primigenios, todo tiene su inicio y culminación en la palabra, ya sea en la palabra original de Yahvé en el Génesis o en las tablas de arcilla que lleva Moisés al descenso del monte Sinaí. La palabra es la ley y el todo. Edmond Jabès comprende que el exilio está directamente ligado a la palabra, específicamente a la deconstrucción de la palabra. En el camino que recorren los profetas hacia el exilio, éstos se ven inmersos en un rito de purificación que trascienden en la expiación. Tanto Moisés como Elías, o en general el pueblo judío, se internan en el rumbo sin sendero del desierto para en la



El poeta, como el exiliado, busca con desespero volver al origen, aunque este recuerdo no sea más que una imagen idealizada. Por lo que debemos tener en cuenta que el exiliado que olvida volver pierde la condición de exiliado.



Carta a Humboldt, 2009, óleo sobre lino, 240x320 cm.

precariedad y escasez encontrar el significado de su recorrido. Para el poeta de origen sefardí el camino hacia el significado conlleva un vacío, un silencio que sólo puede ser resuelto por la palabra misma. Si la palabra puede albergar la totalidad de lo existente, también alberga lo inexistente y, por ende, la nada. Es decir: la ausencia del sonido, que no es lo mismo que el silencio. La condición del exilio es muy similar a la de la ausencia, ya que así como la palabra escrita es ausencia de sonido hasta ser evocada, el exilio sólo puede existir

cuando se tiene una consciencia de la patria o la casa antigua. Como dije en un principio, Jabès no se encontraba cercado en Francia. Era capaz de comunicarse, de trabajar e incluso de naturalizarse (como lo hizo nueve años después de su llegada). La condición de exiliado radica en el recuerdo de su patria.

Como Moisés en Madián, el egipcio se sabía lejos de su origen, aunque ese origen no era precisamente Egipto, como para Moisés tampoco lo fue, ya que para el poeta y el profeta, la patria no estaba regida por límites geográficos.

La condición del exilio
es muy similar a la de
la ausencia, ya que así
como la palabra escrita es
ausencia de sonido hasta
ser evocada, el exilio sólo
puede existir cuando
se tiene una consciencia
de la patria o la
casa antigua.



Desde el éxodo, cuando el pueblo judío emigra en busca de la Tierra prometida, su patria no tenía una ubicación específica. Si nos remontamos a la tradición judía, el primer exilio ocurre desde el mítico Jardín del Edén, es decir, desde el origen. El poeta, como el exiliado, busca con desespero volver al origen, aunque este recuerdo no sea más que una imagen idealizada. Por lo que debemos tener en cuenta que el exiliado que olvida volver pierde la condición de exiliado.

Cuando Jabès dice: “La palabra es una isla / El libro es un océano poblado de islas”, ve a la palabra como unidad, un singular dentro del plural. Entiende en la palabra un organismo autónomo que busca un significado propio entre muchas palabras, al igual que el peregrino busca un significado a su recorrido. Así

como Moisés dice “forastero soy en tierra ajena”, Jabès hace de la parábola una estética y juega. Si la palabra es singular y libro es plural de lo mismo, la isla es palabra y el océano es libro, isla es singular y océano plural de palabra. Por eso dice: “El océano, el cielo son exilio en el exilio/ y también ley de exilio”, porque la palabra es ley y palabra es exilio. Y culmina diciendo: “El exilio está en la ley; pues la ley es libro/ en la palabra”, rematando con ese ciclo perpetuo de la significación.

Para Edmond Jabès el mensaje es muy sencillo: el poeta o el escritor tiene como función única dotar de significado a la palabra, por lo que es en sí mismo un exiliado, y cuyo enemigo es lo que Salvador Elizondo consideró más tenaz que el recuerdo: el olvido. Pues cuando el exiliado olvida su origen pierde su patria, su rostro, y queda a la deriva de un mar o un cielo sin islas ni estrellas.

► ALEJANDRO BACA: CDMX, 1990. Ensayista, crítico y poeta. Coeditor en *Cuadrivio*. Publicó el poemario *Apertura al cielo* (Naveluz, 2014).

DAVID ALIAGA

PAUL CELAN: LENGUA Y TERRITORIO

[LITERATURA]

El poeta que escogió llamarse Paul Celan nació como Paul Pésaj Antschel, judío asquenazí en Bucovina. Creció hablando en hebreo con su padre y en alemán con su madre en una ciudad que se explicaba a sí misma en rumano, ucraniano, ruso y, un poco, en *yiddish*. Viajó a Francia para estudiar medicina tras haber conocido la violencia ejercida contra su pueblo durante la Kristallnacht, pero regresó a su Rumanía natal para licenciarse en Románicas. Ya arrastraban sus zapatos polvo de distintas tierras cuando en 1942 lo alcanzó el nacionalsocialismo: sus padres murieron en la deportación y él fue destinado a un campo de trabajo en Moldavia.

En 1944, ¿libre?, roto, se trasladó a Bucarest, desde donde iba a partir rumbo a Viena tres

años después. Publicó en alemán —la lengua de los asesinos, que era al mismo tiempo la de su madre y la de su educación poética— *Der Sand aus den Urnen* (1948), en el país en el que había nacido el tirano. Se mudó a París en 1948, donde fue un autor apátrida en lengua alemana, esposo de la pintora francesa Gisèle Celan-Lestrange y amante de la autora austriaca Ingeborg Bachmann. Traductor técnico en Ginebra, viajero en Israel, conferenciante en Alemania... Paul Celan fue también extranjero de sí mismo, un hombre nacido y muerto en la diáspora; un trayecto que comenzó en Czernowitz y acabó en el río Sena, al que se arrojó desde el puente de Mirabeau; un inmigrante sin otra patria de origen que, acaso, la memoria judía y la lengua alemana, violada por

los discursos, informes y condenas del Reich de las cenizas.

La extranjería atraviesa inevitablemente la obra del que es, a pesar de los críticos desconcertados, uno de los grandes poetas de la historia de la literatura. Lectores incapaces de enfrentarse a uno de los retos textuales de mayor envergadura del siglo pasado han señalado con el dedo torcido oscurantismo y vanidad en lo que es una sublime concepción del lenguaje. En sus versos, en su correspondencia, se expresa la profundidad que el poeta reconocía en la palabra. Celan escribió desde la obsesión ética por el idioma: una herida y un compromiso que comenzaron con la decisión de escribir en la lengua de los asesinos de sus padres, el alemán, que “permaneció intacto a pesar de todo”, pero que debió “pasar por su propia falta de respuestas, por un mutismo terrible, por las mil tinieblas de la palabra que trae la muerte”, tal como expresó en su conocido discurso de aceptación del Premio de Literatura de la ciudad de Bremen.

Celan compuso su obra en el idioma del *Faust* de Goethe, que recibió como regalo en el día de su *bar mitzvá*. Después de los campos no lo empleó como lengua de diálogo en París, ni lo enseñó a su hijo, con quien hablaba en francés. Pero como poeta no sólo se resistió a ser expulsado de su idioma materno tanto por el discurso nacionalsocialista como por el veredicto de Adorno —“Escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie”—, sino que construyó su obra como una forma de arqueología filológica y literaria que partía de su compromiso de rastrear las vetas de

La condición de
desplazado de la patria se
manifiesta en la obra de
Celan, sobre todo en esa
tensión con el lenguaje.



complicidad con el horror que atravesaban el idioma alemán. Para ello, se sumergió en el tuétano etimológico de la palabra en busca de su significado profundo, se aproximó al texto desde los planteamientos de la Cábala —sin la vocación mística le han atribuido en ocasiones—, resemantizó términos que en el contexto de sus estrofas cobraron un sentido nuevo y buceó en diccionarios antiguos para rescatar palabras que, por haber caído en desuso, no habían sido empleadas para el asesinato. Pero su obra no es tan solo una búsqueda filológica. La poesía de Celan no puede descifrarse sin entenderla como contrapoesía: composiciones escritas como respuesta crítica a la tradición, a un referente al que el autor llegaba volviendo sobre los pasos idiomáticos de los asesinos.

La condición de desplazado de la patria se manifiesta en la obra de Celan, sobre todo en esa tensión con el lenguaje. La palabra, el cuestionamiento de la poesía que le antecedió —“Toda la tradición es materia de refección”, escribió Bollack sobre Celan—, el Jurbán (o “Churban”, término con el que se refiere al exterminio en una anotación) y la memoria del pueblo judío constituyen las principales

temáticas de su bibliografía. El nazismo fue, para quienes lograron conservar la vida, la condena al exilio, a la huida, sí, por lo que no son temas ajenos a su obra; pero el poeta se ocupó en primera instancia de observar la muerte y la violencia antes que el destierro, quizá porque no existió para el niño educado en hebreo y alemán en tierra de rumano, ucraniano, ruso e *yiddish*, ni para el escritor en lengua alemana residente en París, más patria que el idioma. Con ése dialogó en cada acto de escritura y no dejó nunca de vivir en él.

Con todo, Celan nos legó al menos una referencia poética a Czernowitz, el escenario de su infancia. El toponímico descompuesto en “czerno” (negro) y “witz” (que designa un lugar) es la “schwarzerde, schwarze / Erde” (tierra negra, tierra / negra) que abre una de las piezas incluidas en *Die Niemandsrose* (1963). Un poema que, escrito en Francia, evoca el paisaje de la niñez que, al ser tomado por los asesinos, es recordado como “Stunden- / mutter / Verzweiflung”: (“madre / de horas / de desesperación”). Sin embargo, pese a la —quizá nostálgica— alusión a la tierra de nacimiento, el término con que la evoca se relaciona también con el sustrato lector de Celan y la constante referencialidad de su obra. “Schwarzerde” invoca en el poema a Ósip Mandelstam a través de la elección de la misma palabra con la que éste designó metafóricamente el sustrato más profundo de la tierra poética en su ensayo *Palabra y cultura* (1921). Así, la probable evocación de Czernowitz se mezcla con las raíces literarias del autor y la memoria de los judíos asesinados por el nacionalsocialismo.

Singularísima, la obra de Celan probablemente sólo pueda ser paradigma de sí misma. “Schwarzerde”, desde luego, no representa un modelo de escritura del exilio, ni se corresponde de forma evidente a uno previo; de la misma manera que su poética no puede ser tomada como ejemplo recetario de la literatura posterior a la Shoá. La relación con el territorio, como la lengua, la violencia o la memoria, cobra en su escritura una forma de expresión única e intensa que reclama ser atendida.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ✦ Benítez Andrés, Rosa y Martín Gijón, Mario (eds.) (2016): *Lecturas de Paul Celan*. Madrid: Abada.
 - ✦ Bollack, Jean (1987): “Pour une lecture de Paul Celan”, *Lignes 1*, pp. 147-161.
 - ✦ Bollack, Jean (2005): *Poesía contra poesía. Celan y la literatura*. Madrid: Trotta.
 - ✦ Celan, Paul (1962): “Letter to Siegfried Lenz (Paris, January 30, 1962)”, *Paul Celan - Die GollAffäre*, No.157.
 - ✦ Celan, Paul (2002): *Obras completas*. Madrid: Trotta.
 - ✦ Civikov, Germinal (1992): “Die grenzen des kommentars. Zur ‘Schwarzerde’ von Paul Celan”, *Neophilologus*, 76. pp. 600-604.
 - ✦ Pons, Arnau (2015): *Celan, lector de Freud*. México DF: Herder.
 - ✦ Pons, Arnau (2016): “Paul Celan (1920-1970)”, *Makers of Jewish Modernity: Thinkers, Artists, Leaders, and the World They Made*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
 - ✦ Szondi, Peter (2005): *Estudios sobre Celan*. Madrid: Trotta.
-
- DAVID ALIAGA: L'Hospitalet de Llobregat, Barcelona, 1989. Es escritor, editor y doctorando en Teoría de la literatura por la Universitat Autònoma de Barcelona. Colabora regularmente con las revistas *Quimera*, *Librújula* y *Mozaika*.



El amanecer, 2012, óleo sobre lino, 190x145 cm.

LUIS BUGARINI

SOBREVIVIR A CEAUCESCU: MÜLLER Y MANEA

[LITERATURA]

Habría sido difícil predecir que la identidad, entendida como un conjunto de signos para determinar una procedencia, terminaría por ser una de las claves para entender el siglo XX. Las expectativas generadas alrededor de la masificación en el uso de la máquina, así como importantes descubrimientos científicos, auguraban un amanecer luminoso a finales del siglo XIX. Nadie habría imaginado los horrores que se avecinaban, no sólo debido a las dos grandes guerras, sino también a lo que se padeció después de 1945. Por lo que hace a la literatura —aunque al mismo tiempo sucedió con otras artes—, la lengua se volvió el único equipaje posible cuando fue necesario huir de un lugar por una amenaza real e inminente.

En el caso específico de Rumanía, el juicio sumario y ejecución inmediata de Nicolae Ceaucescu (1918-1989) y su esposa, no obstante la violación a principios fundamentales en el debido proceso, expresan el hartazgo de un pueblo sometido a las penurias del régimen soviético, además del sofocante control que ejercía la burocracia local. De primera mano, pienso que el caso de Herta Müller (Rumanía 1953) es paradigmático. Los ensayos reunidos en *El rey se inclina y mata* (2003) ofrecen una panorámica para distinguir en qué momento la lengua y ciertas prácticas culturales se pueden transformar en un elemento de sobrevivencia. Es conocido que la forma específica de la dictadura rumana es uno de sus intereses principales, al igual que la disolución de la individualidad bajo el régimen comunista de

Ceausescu. Es natural que Müller cite a Jorge Semprún para subrayar que bajo las condiciones más adversas, la lengua —y la literatura, en consecuencia— se transforma en un talismán para flotar cuando el peso de la circunstancia resulta sobrehumano.

Son ensayos que poseen el estilo encabalgado y lírico que caracteriza su narrativa; sin embargo es posible extraer de ellos una idea central: la colectividad existe y se configura a través de una lengua, que no es un asunto de segundo orden, a pesar de las fantasmagorías que genera el mercado y sus secuaces. Los textos oscilan entre la crónica, el recuerdo familiar, la narrativa y ese movimiento pendular que confirma el tratamiento libérrimo que da Müller a su escritura. No estamos ante un testamento conceptual sobre la identidad bajo el peso de una dictadura, sino ante una confesión sobre los daños causados a una vida, en este caso, la de la autora. Las ensoñaciones y el recuerdo de una infancia llena de privaciones son leña para generar más escritura. Aun así, Müller no es una idealista de la palabra y revela sus temores: “A veces, lo decisivo es aquello de lo que ya no puede decirse nada, y el impulso de hablar no resulta problemático porque uno no se detiene en ello”.

No es difícil hallar el silencio como respuesta válida a un permanente amanecer, a un horizonte de miseria. De todos los regímenes comunistas, el de Ceausescu ganó notoriedad debido a sus excesos. El Palacio del Parlamento Rumano es uno de los edificios más costosos edificadas en Rumanía, a pesar de las carencias elementales de la población. La adopción de la

Los ensayos reunidos en *El rey se inclina y mata* (2003) ofrecen una panorámica para distinguir en qué momento la lengua y ciertas prácticas culturales se pueden transformar en un elemento de sobrevivencia.



lengua alemana por parte de Müller la obliga a meditar sobre la identidad; lo que enlaza sus preocupaciones con las de no pocos autores que se vieron obligados al exilio. Los ensayos del volumen dan firmeza a su proyecto literario, al menos respecto a la meditación sobre cómo la lengua alemana le dio cobijo después del desplazamiento.

Las desigualdades se agravan y el siglo XXI experimenta sus primeras convulsiones, lo mismo económicas que de migraciones forzosas. Los migrantes sirios y otros grupos humanos huyen de la hambruna, de la falta de oportunidades y medios para subsistir. La inequitativa distribución de la riqueza obliga a pensar sobre la realidad que ya existe y pronto será el futuro. Cada uno de esos migrantes vivirá, como Müller, un proceso de adaptación cultural y lingüística. El mundo, diverso en sí mismo, se transforma desde la raíz. Los ensayos de Müller son un testimonio —doloroso, abrasivo,

múltiple— de los daños que genera el ejercicio del poder público para favorecer intereses individuales. Escribe: “Escurrirse de la propia piel para caer en el vacío es exponerse del todo”.

Aparecen ollas de presión en diversas partes del mundo y no hay manera de contenerlas. Las economías desarrolladas funcionan como magnetos y la Historia confirma que parte de sus riquezas se lograron a través del expolio de naciones más pobres. No hay imperialismo sin una estafa al más pobre. Los foros internacionales generan más preguntas que soluciones a corto plazo y las naciones primeras no dan la

espalda a estos problemas (no conviene), pero tampoco articulan una política de movilidad para integrarlos a su economía. El rey se inclina y mata, diría Müller.

Ahora bien, incluso sin cualidades de oráculo, era posible entrever que el desplome de Ceaucescu era inminente y, además, el tránsito sería atribulado no sólo por las consecuencias naturales de la *perestroika* y las *glasnost*, sino por el clima encendido de su último discurso el 21 de diciembre, en el cual hubo rechiflas que lo obligaron a guardar silencio y hasta disparos al aire. De poco sirvieron las medidas



Vista del Valle de México, 2004, óleo sobre lino, 145x240 cm.

Las virtudes auténticas de un premio literario consisten en revelarnos a un autor que amerita ser conocido antes que insistir en la consumación de un falso renombre a través de estrategias comerciales, o darle firmeza a una trayectoria que acaso nunca debió iniciar.



salariales ofrecidas de último momento a la muchedumbre furibunda. Aquello iniciará lo que se denominó la Revolución rumana de 1989.

Y es que a partir del carisma de los primeros pasos de Ceaucescu al frente de la política rumana, no podría anticiparse que concretaría uno de los regímenes comunistas más intransigentes de la hegemonía roja. Su temperamento, volcánico y a rajatabla, logró mantener su firmeza incluso en contra de las instrucciones directas por parte de los mandatarios de la Unión Soviética; liberalidades que no fueron permitidas más que a él bajo circunstancias que aún están lejos de clarificarse.

Norman Manea (1936) conoció como nadie los entretelones de la dictadura de Ceaucescu, ya que a diferencia de múltiples artistas e intelectuales del siglo xx, creó y publicó parte de su obra literaria en aquella Rumanía, y no fue sino hasta que las condiciones de persecución volvieron imposible su presencia en ese país que decidió partir al exilio. El trayecto de su vida, al igual que el de otros escritores europeos de su generación, se vio afectado por los estragos que generó la Segunda Guerra Mundial

—entre ellos, el internamiento en el campo de Transnistria durante su infancia—; lo que motivó en Manea una comprensible aspiración de conocer a fondo los mecanismos de cualquier organización social para evitar otro desastre a causa de la concentración de poder en una sola persona. El culto a la personalidad es uno de los lastres más graves de un régimen político, y parece que no es posible erradicarlo del todo.

La aportación de Manea a la cultura contemporánea está integrada no sólo por su obra narrativa, diseminada en cuentos, novelas y ensayos, sino también por su capacidad para pensar desde y para “la otra Europa”, aquella que sigue a tropezones los motores siempre encendidos de la máquina europea occidental. En cierto momento, cada vez más remoto, la Unión Europea parecía ser la salida más adecuada para intentar una homologación en el desarrollo de la región y del continente, pero casos como los de Grecia mostraron debilidades e ineficiencias, consecuencias del crecimiento dispar de las economías. Aparecen más visibles algunas fallas del sistema, y de crecer podrían ser incluso su sentencia de muerte. En este

escenario el pensamiento de Manea resulta imprescindible para vislumbrar, desde la actualidad, la tragedia de la migración legal o ilegal, lo mismo desde África que desde Europa oriental. El ser humano se abrirá paso. Las fronteras ya no son lo que fueron antes.

No encuentro mejor acceso a su obra que sus piezas breves, reunidas en *El té de Proust* (2010). Veintiséis piezas para recordar, con amarga ironía proustiana, que el pasado de Europa no se ha pensado a fondo y el avance del calendario no puede implicar olvido. La lista de muertos y desaparecidos es extensa y un ejercicio de desmemoria podría afectar a las generaciones futuras. La magdalena proustiana, emblema de la paz burguesa que permite mirar al pasado para una reelaboración esnobista, se revuelve en estas páginas para recordar cómo la organización de los hombres —histórica, siempre provisional— no deja una sola pieza suelta en el tablero y termina por impactar a todos sus actores, incluso a los que no han nacido. Y es que después del trágico siglo XX, ya no se puede escribir con ingenuidad y, menos aún, sin prevenciones ante lo que significa el hecho humano. *El regreso del huligan* (2005), por su parte, es una reelaboración *in extenso* de los grandes acontecimientos del siglo XX, en donde la memoria, el exilio y la identidad forman un tríptico de reminiscencias que orbitan alrededor de una idea de retorno. ¿A dónde? A Rumanía, a la memoria, al lugar de origen, a la dispersión de los símbolos.

Las virtudes auténticas de un premio literario consisten en revelarnos a un autor que amerita ser conocido —no obstante que ya

cuenta con un público, en este caso, minoritario—, antes que insistir en la consumación de un falso renombre a través de estrategias comerciales, o darle firmeza a una trayectoria que acaso nunca debió iniciar. El caso de Manea es otro; y si bien ya podían encontrarse algunos de sus libros, sepultados bajo infinitos aluviones de novedades que vuelan a las guillotinas antes del tiempo estimado, el otorgamiento del premio FIL 2016 a Manea funcionó para colocar su obra al frente de los lectores con la amplitud que le es necesaria. No imagino otro reconocimiento más digno y los lectores del ámbito hispanoamericano sabrán hacer lo propio cuando Manea vuelva con la presencia que merece al sistema circulatorio de nuestra vida editorial. En su discurso de aceptación, el autor rumano dijo: “Mis libros tratan, espero, el enfrentamiento entre la individualidad y la agresión de la Historia, la fe en la belleza, el bien y la verdad de la creación, la estimulante simbiosis entre Atenas y Jerusalén en el pensamiento europeo, la herencia activa de la literatura centroeuropea en la construcción de la modernidad. Son premisas importantes para mi biografía y mi bibliografía”.

► LUIS BUGARINI: CDMX, 1978. Narrador, ensayista, poeta y crítico literario. Estudió la Licenciatura en Derecho y parte de la Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM. Ha sido colaborador en *La crónica*, *Excelsior*, *Istor*, *La tempestad*, *Letras libres* y *Nexos*.



La serpiente triunfante, 2010, óleo sobre lino, 170x135 cm.

PERLA MUÑOZ

MIGRACIÓN Y FICCIÓN: DOS NOVELAS CONTEMPORÁNEAS

[LITERATURA]

Nuestra frontera con los Estados Unidos ha hecho de México un país de tránsito y de destino para los centroamericanos que huyen de la miseria y el terror, de la frustración laboral y la injusticia social. Esa línea imaginaria nos ha hecho testigos, víctimas y cómplices de las más terribles vejaciones que el ser humano pueda padecer. Curiosamente, a pesar de las grandes cifras de indocumentados rescatados de grupos criminales —o en el caso más brutal, el conocimiento de las masacres por estas mismas organizaciones delictivas— no se ha hecho posible establecer leyes migratorias que garanticen sus derechos humanos. Por el contrario, en nuestro país se han creado las políticas migratorias más restrictivas a nivel internacional (Plan frontera sur). Se nulifica de esta forma el problema: no se reconoce al otro

como nuestro igual y, sobre todo, se dispone de un sistema jurídico que permite estas atrocidades. Es innegable la corrupción cínica a la que estamos supeditados. Este paisaje desolador es el mismo escenario de dos novelas que han tenido el coraje de mostrar la condición humana deformada por la ambición.

Las novelas, *La fila india* (Océano, 2013), de Antonio Ortuño, y *Señales que precederán al fin del mundo* (Periférica, 2010), de Yuri Herrera, nos muestran una visión panorámica de una travesía que nunca nos ha sido ajena: la migración. Ortuño la plantea desde el descaro burocrático y Yuri Herrera como el descenso al inframundo. En ambas novelas la mujer se vuelve el núcleo central de la historia.

La fila india probablemente no sea una de las mejores obras de Ortuño, considerando el

No basta con nombrar el tema de la migración.



prestigio internacional que se ha ganado como narrador. La novela tiene como escenario Santa Rita, un pueblo fronterizo que se caracteriza por sequías catastróficas y sus absurdos planes de reordenamiento en cada administración municipal. En este pueblo se encuentra la Comisión Nacional de Migración (Conami), y detrás de ella la corrupción, la mafia de la carne humana. Pero esto no lo sabe la Negra, una socióloga que llega a trabajar en las oficinas de la Conami. En sus horas laborales descubre el terrible destino que les depara a los centroamericanos y en especial a Yein, una mujer que sobrevive a una masacre de migrantes, a la que intenta ayudar arriesgando su vida y la de su hija.

Antonio Ortuño nació en Zapopan en 1976, ha sido finalista del Premio Herralde de Novela con *Recursos humanos* (Anagrama, 2007), y fue seleccionado por la revista *Granta* como uno de los veintidós mejores narradores jóvenes en español. Ha publicado también libros de cuentos. Este año ganó el Premio de Narrativa Breve Ribera del Duero. Sus obras han sido traducidas a varios idiomas. Ortuño se destaca por el uso brutal del lenguaje y por su ímpetu por las imágenes crueles y violentas. ¿Pero acaso la realidad no es sino un maremoto de sangre que nos ahoga despiadadamente?

Alfonso Reyes afirma que la literatura no sólo busca su expresión estética, sino también tiene la prioridad de comunicar. El acierto de

esta novela es exponer el tema de la migración con la crudeza del lenguaje, con un ritmo perverso que desprecia las formas rebuscadas para representar la realidad, la nuestra, tan caótica y espeluznante. Varias voces al unísono crean en el lector la angustia de no saber exactamente dónde se encuentra y qué desgracia sobrevendrá. La novela focaliza y sigue ciegamente a Irma, la Negra, ex mujer del Biempensante. A través de ella nos relacionamos con Yein y Vidal, su compañero de trabajo, que se encarga de manipular los medios de comunicación. Los monólogos del Biempensante, el personaje que desprecia a los migrantes y los humilla cada vez que puede, representan la antítesis de las protagonistas femeninas. Por último, el antagonismo de los medios de comunicación y la descripción ambiental del terreno fronterizo encierran un guiño irónico para resaltar el cinismo descarado que vivimos actualmente.

Sin embargo, en la novela la psicología de los personajes no debe ser tratada con mezquindad. Al contrario, hay que procurar construirla a partir de los posibles conflictos internos y ver cómo se mezcla con los obstáculos de la realidad. Si los personajes son débiles es posible que la obra quede en la superficialidad de la técnica y no en las entrañas del alma. Hay una frase grandiosa de Ernesto Sábato que parafraseo: las grandes novelas son aquellas que nos dejan distintas de las que éramos antes. En

La fila india Ortuño comete el error de tener la urgencia de acercarse al conflicto y olvidarse de las historias personales. Las voces de la Negra y la centroamericana forman un dúo protagonista que no logra cimbrar una empatía, confianza o cualquier otra emoción que normalmente reavivan los héroes literarios, sino al contrario, quedan sumergidas en las telarañas del lenguaje, en las sombras de algo. Ortuño parece no darle demasiada importancia. De todo este juego polifónico, los monólogos del Biempensante sobresalen, dejando al lector una

extraña sensación de repudio hacia su persona. Construir universos literarios suele requerir un mayor esfuerzo que debe rebasar la descripción de cualquier nota periodística.

Es innegable que los nuevos escritores de hoy son reconocidos, por una parte, como académicos, y por la otra, como creadores. Yuri Herrera imparte clases en la Universidad de Charlotte, en Carolina del Norte. Es, además de editor, escritor en diversos géneros: ensayo, cuento, novela y literatura infantil. Nació en Actopan, Hidalgo, en 1970. Actualmente es una



El paso del gigante, 2008, óleo sobre lino, 110x140 cm.

de las principales figuras literarias en México. Ha recibido distinguidos premios y reconocimientos: Premio Binacional de Novela Frontera de Palabras en el 2003, y el primer Premio Otras Voces, Otros Ámbitos en el 2009.

A diferencia de la de Ortuño, la novela de Yuri Herrera, *Señales que precederán al fin del mundo*, se compone de una trama sencilla que ambiciona construir un personaje inolvidable en nueve capítulos: una metáfora sobre el descenso al inframundo. Makina va al gabacho, enviada por su madre a buscar a su hermano. Ya desde el principio la descripción del entorno es apocalíptica, la locura telúrica va sumergiéndolo todo, el olor a muerte y a azufre es inevitable. Makina es una muchacha que poco a poco se va construyendo en nuestra mente. Sus acciones la describen de carácter fuerte porque siempre ha sido su única posibilidad de sobrevivencia: “Dos hombres la miraron en fila para comprar el boleto de autobús, uno le acercó la boca al pasar y dijo Me apellido ¡Merezco! No la rozó pero la palpó con su aliento, el hijo de puta. Makina no estaba acostumbrada a esas cosas. No que no las hubiera padecido, es que no se había permitido acostumbrarse”. Ella será nuestro contraste emocional al descender a las profundidades de la tierra. El señor Hache, el señor Dobleú, el señor Pe, son representaciones de las organizaciones delictivas, de narcotraficantes, de carne humana, a las que Makina visita para poder llevar a cabo su objetivo. En su cabeza no existe otra cosa que encontrar a su hermano.

El atrevimiento de Yuri Herrera, de permitirse jugar con el lenguaje, materia prima

esencial para trazar las aristas de la ficción y la realidad, no es algo novedoso (por ejemplo, la poesía de Francisco de Quevedo, de Vicente Huidobro, Olivero Girondo; novelas excepcionales como las de Cabrera Infante, William Faulkner, Samuel Beckett), pero creo que merece reconocimiento, ya que Makina es un personaje que sólo existe en este universo (literario) y no tiene cabida en nuestro mundo sino como una metáfora de la esperanza y el coraje que nos queda por cada migrante desaparecido en nuestro país. Yuri Herrera, en su minimalismo narrativo, recrea esta travesía del dolor, la de la desesperación y el olvido.

Tanto Antonio Ortuño como Yuri Herrera se enfrentan al malestar que la realidad provoca. No basta con nombrar el tema de la migración: en ella se encierran nuestros sueños y tormentos, siempre tan misteriosos para cualquier hombre. Enaltecer la violencia, al parecer muy en boga en nuestros días, me hace preguntarme: ¿es que acaso ya lo hemos perdido todo? “Los libros más decisivos y de influencia más duradera son las novelas [...], nos alejan de nosotros mismos reduciéndonos a conocer a nuestro prójimo; y muestran la trama de la experiencia, no como aparece a nuestros ojos, sino singularmente transformada, toda vez que nuestro ego monstruoso y voraz ha sido momentáneamente eliminado”, escribe Robert Louis Stevenson.

► PERLA MUÑOZ: Oaxaca, 1992. Estudió Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma Metropolitana. Escribe. Publicó el libro de cuentos *Desquicios* (Editorial Avispero, 2017).

MARTÍN LOMBARDO

FANTASMAS DEL EMIGRADO

[LITERATURA]

Se dice que el domicilio es el sitio al que se regresa después de un periplo. Ulises se vuelve un mito del origen cuando se trata de una disyuntiva que, parafraseando el título de Héctor Tizón, se dirime entre la casa y el viento. La literatura opone la experiencia y el relato, y una literatura centrada en el desplazamiento conjugaría dos polos que, en un principio, se muestran irreductibles. Si no hubiera domicilio, hablaríamos de una vida nómada. El viaje es condición necesaria para hablar de migración, pero no suficiente: el inmigrante tiene un punto de partida y forja un recorrido. La distancia entre el recorrido pautado y el recorrido vivido define su experiencia inalienable: así la literatura de la migración se vuelve el relato de un equívoco.

Ahora bien, ¿el inmigrante cuenta con un punto de llegada? ¿Cuál es su domicilio? Al menos, mencionemos dos: el lugar de partida y el lugar en el que vive. Por más que la adaptación le resulte placentera, por más que se sienta como en casa, el regreso es un fantasma que se manifiesta bajo la máscara del deseo, de lo imposible, del fracaso o de la prohibición. Cualquiera que haya vivido en un país que no es el propio sabe que en cierto momento de toda charla, el interlocutor alude al punto de partida o, más bien, a ese punto de posible regreso. El lugar en el que se debería estar, el lugar en el que no se debería estar, el lugar en el que se desearía estar, el lugar en el que se proyecta estar.



La clase de historia, 2001, óleo sobre lino, 225x300 cm.

Entre esos posibles fantasmas, que muchas veces conviven o se alternan durante el tiempo que dure la experiencia migratoria, quien ejerza la escritura se enfrenta a varias preguntas, y la primera apunta a su material de trabajo: la lengua. Pienso en Vladimir Nabokov y su capacidad para cambiar de idioma. Pienso en la manera en que a través de personajes que son emigrados, Nabokov recupera el país que perdió —la literatura de los emigrados como un conjuro—. Pienso en Joyce viviendo fuera de Irlanda para inmortalizar un día cualquiera de un hombre cualquiera y convertirse en una referencia en toda guía turística de Dublín —otra vez, un equívoco—. Pienso en Witold Gombrowicz bajando de un barco en Argentina,

enterándose de lo sucedido en Europa, sabiendo entonces que no puede volver y que con su primera novela, escrita en polaco y publicada en Polonia, no convencerá a nadie de que es un gran escritor. Traduce *Ferdydurke* en el bar en donde solía jugar al ajedrez por dinero; traduce en voz alta del polaco al francés, luego el tipo que sabe francés lo pasa al castellano y así; entre escritores, jóvenes y parroquianos, se llega a un texto que es y no es el texto original —insiste la distancia entre el proyecto y lo material—.

Las tres referencias remiten a traducciones. Los emigrados evocan lo señalado por Ricardo Piglia sobre el origen de la palabra “novela”: novelar se vincula con el traducir y,

por lo tanto, con el carácter universal de una historia. Por un lado, se está en otro tiempo, por el otro, se está en otro espacio. Los escritores emigrados captan lo universal y, a la vez, lo singular de las voces de aquellos lugares que abandonaron.

La literatura latinoamericana podría ser definida como una literatura de emigrados. Los cursos de literatura colonial en las universidades comienzan por las cartas de Cristóbal Colón y de Hernán Cortés, que pueden ser leídas como las cartas que dos inmigrantes envían a su patria para seducir al interlocutor y esconderle los fracasos. En los relatos de migraciones sobrevuela un interlocutor, frente al que se despliega —para quien sepa pesquisarlo— lo soñado y lo vivido. Son marcas que pueden rastrearse a lo largo de los años, aunque las coordenadas cambien: el cuento “Paso del norte”, de Juan Rulfo, o la novela de Yuri Herrera *Señales que precederán al fin del mundo*, son dos excelentes ejemplos de esos equívocos.

¿De qué manera pensar la migración en la literatura argentina, el país en el que nací, el país en el que ya no vivo? El chiste es conocido, y como todo chiste, más que a un hecho de la realidad, remite a un deseo, es decir, a un vacío: los mexicanos descienden de los aztecas, los peruanos de los incas y los argentinos de los barcos. Literatura emigrada, la argentina, desde sus orígenes: Sarmiento en Chile aventurando hipótesis sobre cómo es la pampa, idealizando una Europa que jamás conoció; Juan Bautista Alberdi en *Peregrinación de Luz del Día* eligiendo a la Verdad como el emigrante que abandona Europa para anclar en América;

los anarquistas que llegan a la Buenos Aires del centenario escriben textos que desmontan las pretensiones porteñas —el cubano Enrique Vera y González y *La estrella del sur*—; Julián Martel en *La bolsa*, en donde la desilusión modernizadora hace que el inmigrante europeo ya no encarne el ideal sino que se convierta en el chivo expiatorio sobre el que se proyectan las frustraciones y la violencia de una patria. Apertura y cierre de una época. Comienzo de otro siglo, el siglo XX: se cuentan las migraciones internas —los cuentos de Rozenmacher—, los exilios interiores durante la dictadura —*Respiración artificial*, de Piglia—, los exilios exteriores —*Las varonesas*, de Catania—, los exilios económicos —*Perdida en el momento*, de Suárez—. Quizá los escritores más intrigantes sean aquellos en los que el equívoco de la migración no se expresa tanto en el contenido de una historia como en una manera de intervenir sobre la lengua propia, esa lengua materna que, dicen, por definición, es aquello que no se olvida: los personajes de Ariana Harwicz, argentina radicada en el campo francés, parecen buscar ser expulsados de la lengua. La literatura emigrada sale de la lengua para mostrarnos lo extraño de lo más íntimo: lo propio se vuelve ajeno, se quiebra la distancia entre el adentro y el afuera, quedan al descubierto las aristas del fantasma del origen, esa pregunta que insiste y que nunca encuentra una respuesta plena sino más bien desviada.

.....
► MARTÍN LOMBARDO: Buenos Aires, 1978. Escritor, psicólogo y profesor de Literatura latinoamericana en la Universidad de Saboya, es autor de las novelas *Locura circular* (2010) y *La mujer del olvido* (2017).



Los niños borrachos, 2000, óleo sobre algodón, 170x130 cm.

CLAUDIA SALAZAR JIMÉNEZ

ESCRIBIR EN NUEVA YORK

[LITERATURA]

Nueva York: ciudad-deseo, ciudad-piel, ciudad-orgánica, ciudad-mutante, ciudad-cuerpo, eje-puente-tejido que concentra y abre nuevos caminos para la literatura hispanoamericana”. Redacté esas palabras para la contraportada de *Escribir en Nueva York: antología de narradores hispanoamericanos* (Lima, Caja Negra, 2014). Algunos años después escribo nuevamente sobre mi experiencia de vivir-escribir en esta ciudad que alberga tantos nómadas-migrantes.

Llegué aquí en agosto de 2004 para hacer estudios de doctorado en NYU. En aquel entonces la escritura en español se difundía sobre todo en librerías como Macondo y la Casa Azul, con algunos eventos que se realizaban entre los Departamentos de Español de las universidades de Columbia, NYU y CUNY, especialmente

en el City College. Eran mayoritariamente los escritores puertorriqueños, dominicanos y cubanos quienes centralizaban la representatividad de la escritura en español en la ciudad. Usualmente se pensaba en ellos cuando se hablaba de escritura *latina*, situación arraigada desde los años 80.

Este escenario cambió, a mi parecer, desde el 2007, cuando la escritora argentina Sylvia Molloy funda en NYU la Maestría de Escritura Creativa en español. Este MFA abrió la ciudad a un flujo constante de escritores latinoamericanos. Algunos de ellos llegaron con becas, otros por su propia cuenta, pero todos con el ánimo de iniciar o cimentar sus carreras literarias en esta ciudad que ya conocían, aunque nunca hubieran estado en ella. Porque es así, Nueva York ocupa un lugar central en los imaginarios

culturales globales. El cine y la literatura se han encargado de eso.

Si para los escritores del (cada vez más lejano) Boom latinoamericano, Barcelona y París eran las ciudades donde había que ir para estar en el epicentro de todo, hoy ese lugar es Nueva York. Y lo confirman cada vez más los escritores de América Latina que van, vienen, pasan o se van quedando en esta ciudad, vengan o no a estudiar esa Maestría. ¿Qué atractivo ejerce sobre nosotros? ¿Por qué Nueva York?

Algo está pasando con la escritura en español en la ciudad. Se le llama con bastante frecuencia “la capital del mundo”, pero esta imagen siempre me ha parecido demasiado estática. Como la imagen de una ciudad-centro de todo. No va por ahí la cosa. Nueva York es, como la mayoría de sus habitantes, una ciudad que debe su fuerza al desplazamiento mismo, a ese constante flujo, al nomadismo. Pienso que Nueva York funciona como una especie de concentrador de diversos flujos de escritura y de escritores. Hay quienes llegan a Nueva York para quedarse, eso puede pasar. O también quienes llegan y luego se van, quienes pasan por Nueva York como lo hicieron Martí, Darío, García Lorca. La ciudad atravesada por (y que atraviesa) personas, escrituras, saberes, experiencias. Prefiero verla como un puerto-puente-plataforma cosmopolita, lugar agitado de llegadas y partidas, más que un centro o capital.

Nueva York siempre puede ser cualquier cosa, y una puede ser cualquier cosa en Nueva York. Siempre en constante cambio, como si se tratara de un organismo viviente, la ciudad es

pura metamorfosis y contagia a quienes pasan por ella. Nadie pasa realmente por aquí y sigue siendo el mismo. La ciudad tampoco, siempre mirando hacia delante, zambullida en el vértigo de lo futuro. Puede ser la capital del mundo para quien lo vea así, puede ser el centro de la literatura latinoamericana para quien asuma esa idea. De todos modos, ella seguirá cambiando, ciudad mutante, ciudad nómada. Nueva York no es para permanecer, aunque te vayas quedando en ella.

Su carácter mutante se observa ahora en las actividades de literatura latinoamericana que se realizan en lugares tan diversos como el Instituto Cervantes o las librerías Word Up, McNally y Barco de Papel, entre otras. Al mismo tiempo van floreciendo nuevos proyectos editoriales. He notado también que, al menos en los últimos tres años, cada vez más escritores latinoamericanos que no viven en la ciudad quieren presentar sus libros aquí. En estas presentaciones subyace el reconocimiento de Nueva York como plataforma de la escritura latinoamericana reciente, un lugar para ser visto y leído,



¿Cómo se escribe del propio
país donde ya no vivimos?
Nueva York es ese espacio
migrante que libera la
escritura de un reclamo
de lo nacional.

Si para los escritores del
(cada vez más lejano) Boom
latinoamericano, Barcelona
y París eran las ciudades
donde había que ir para
estar en el epicentro de todo,
hoy ese lugar es Nueva York.



para conocer (y reconocer) a otros escritores. Creo necesario rescatar esa diversidad, que deja de lado y ridiculiza cualquier pretensión monopólica de acaparar toda la atención, ya sea para una sola persona, institución o estética. La potencia de esta ciudad, lo que la hace tan atractiva, depende del carácter migrante de muchos de los que escribimos aquí. Esa posición migrante se vincula a una subjetividad que siempre cuestiona los lugares más fijos, pues asume la vida y la creación como procesos en movimiento constante.

En diversas entrevistas sobre mi trabajo creativo surge, usualmente, la pregunta sobre las posibles influencias que ha tenido en mi escritura el hecho de vivir aquí. ¿Hubiera sido distinta mi escritura si me hubiese quedado en el Perú? No lo sé. O en realidad, no hay respuesta posible a esa pregunta. Nadie sabe lo que hubiera sido si. Pero es posible hablar de la experiencia que ha resultado y de la escritura a partir de ella. Se trata de una escritura que, como muchas de las que realizan aquí

otros escritores migrantes, toma distancia de reclamos identitarios, pues comprendemos ese carácter inasible, complejo y no esencialista de la propia identidad. Podemos escribir sobre nuestros países de origen, pero nuestras preocupaciones no se abocan ya a puras cuestiones costumbristas. ¿Cómo se escribe del propio país donde ya no vivimos? Nueva York es ese espacio migrante que libera la escritura de un reclamo de lo nacional. Miramos de otra manera, más dislocada, acaso más distante, pero no distanciada. El lugar (país, ciudad) de origen no es simplemente un tópico de nostalgia (quizás opresiva en ocasiones), es un espacio que puede ser reescrito desde este presente. El origen se confunde y se contagia de nuestra realidad migratoria, se desacomoda y también se vuelve lugar de llegada, plataforma de idas y venidas, como la ciudad que nos acoge. Quizás eso sea escribir en Nueva York: un puro nomadismo textual.

► CLAUDIA SALAZAR JIMÉNEZ: Lima, Perú, 1976. Escritora, crítica literaria y gestora cultural. Doctora en Literatura por la Universidad de Nueva York. Su primera novela, *La sangre de la aurora*, obtuvo el Premio Las Américas de Narrativa Hispanoamericana en 2014, y ha sido traducida al inglés por la editorial Deep Vellum. Su libro más reciente es la colección de relatos *Coordenadas temporales*. Actualmente vive en la ciudad de Nueva York.



La pequeña noche mexicana, 2005, óleo sobre lino, 295x198 cm.

ARIADNA CASTELLARNAU

DE LA NATURALEZA DEL INMIGRANTE

[LITERATURA]

Me fui de Barcelona a Buenos Aires en 2009, con mi marido —o “mi flamante marido”, siempre he querido usar esta expresión y si no lo hago ahora no sé cuándo se me volverá a presentar otra oportunidad— y una beca de investigación para terminar mi doctorado. Hice mi mudanza transoceánica antes de que la crisis española arrasara con todo y perdiéramos la ilusión de ser los más lindos y afortunados del mundo por vivir en una ciudad que siempre estaba a la última y donde los jóvenes nos veíamos como parte de un decorado mediterráneo de anuncio de cerveza. Confieso que me sentí muy valiente por resignar los privilegios del primer mundo para irme a una ciudad latinoamericana, caótica, donde las cosas —según mi punto de vista eurocéntrico de aquel momento— eran menos fáciles,

pero más de verdad. Es curioso cómo los europeos emprendemos los viajes fuera de nuestros márgenes geopolíticos como una búsqueda de lo verdadero o lo auténtico, mientras que otros (los que viven más allá de las fronteras de nuestro feudo medieval que tanto nos empeñamos en proteger) cruzan nuestros límites sólo motivados por la más estricta sed de supervivencia. Este descubrimiento me llevaría, más adelante, a reconsiderar el estatus de emigrante que me había adjudicado tan alegremente.

Porque mientras vaciaba las bibliotecas de nuestro piso del Eixample, mientras etiquetaba cada caja según un eficiente sistema que me había inventado para que después, más tarde, en unos años, en caso de que regresara, no me costara recuperar un libro, me dije muy contenta que dentro de muy poco iba a

Es cierto que mi desubicación me llevó a escribir.



convertirme en otra persona. Que iba a subir al avión como una simple estudiante y bajaría en Ezeiza transfigurada en inmigrante, lo que significaba un cambio de identidad sustancial: una identidad más compleja, más arriesgada. También pensaba que a partir de ese momento mi vida adquiriría un sentido o que encontraría la verdad de quien quería ser. Tal vez todo esto suene un poco idiota, pero pensad que era joven, nueve años más joven, y aún estaba convencida de que el destino es algo que uno sale a buscar con un fardo al hombro.

Mi primer encuentro con la verdad fue en un asado argentino, con mi familia política. Es sabido que Argentina es un país de inmigrantes y que cada argentino está conectado a Europa por unos lazos invisibles y extremadamente sensibles que, cuando los tocas, vibran y pueden desencadenar cualquier cosa: un llanto irrefrenable, una perorata eterna. Es hermoso, pero también agotador. En este asado al que me refiero aquí, una tía de mi marido comenzó a contar el viaje que hizo su bisabuela desde un pueblo perdido de Sicilia hasta Buenos Aires para buscar a su esposo, que se había ido a hacer fortuna a la Argentina y nunca más había dado señales de vida. No voy a explayarme aquí contando los detalles de esta epopeya, sólo os diré que mientras escuchaba a la tía de mi marido

hablar, mientras la veía emocionarse hasta las lágrimas, me di cuenta de que yo era una cara dura por llamarme a mí misma inmigrante.

Tengo amigos que emigraron porque se quedaron sin empleo o porque se les acabó el paro y tuvieron que irse a lugares inverosímiles a buscar fortuna. A una amiga mía la emplearon de un día para otro en un instituto de español de Sarajevo porque nadie más quería ir allí, “por las minas que aún hay enterradas en los baldíos de la ciudad”, le dijo la directora de la institución. Pero mi caso era muy distinto. Yo había dejado voluntariamente un trabajo y había empaquetado todos mis libros con gusto porque sabía que iba a regresar, como efectivamente ha sucedido. Supongo que los inmigrantes como la bisabuela de mi tía política o los que escapan de las guerras y hambrunas no hacen estas cosas. No etiquetan sus posesiones, no las llevan a la casa de sus padres y las dejan en el garaje, prolijamente cubiertas con un plástico.

Estoy a un paso de convertirme en una representante de la “izquierdacaviar”, como llama Slavoj Žižek en su libro *La nueva lucha de clases (Los refugiados y el terror)* a los liberales de izquierdas que se engolosinan con cualquier idea que suene progre. Admito que rehusar definirme a mí misma como inmigrante, porque hay casos peores (pongamos, los refugiados sirios), suena un tanto condescendiente. Pero si algo entendí en Argentina era que no podía ir por ahí diciendo que yo era una inmigrante por una razón fundamental: carecía de una historia. O por lo menos carecía de una historia con *pathos*. No había

descendido por los caminos polvorientos de la Sicilia de finales del siglo XIX hacia el mar con dos criaturas hambrientas. Mi decisión tampoco había sido inevitable. No había tragedia, ni destino, ni nada entonces.

Los ocho años que pasé en Argentina invertí una cuota grande de angustia en tratar de definir mi estatus. Al principio me ayudó mucho el *Diario* de Gombrowicz. Me enamoraba su desfachatez y su libertad. Pero lo que más me gustaba era que él, como yo, se había disfrazado con una identidad conveniente. Cuando le preguntaban cómo había terminado viviendo en Argentina, Gombrowicz mencionaba a los alemanes y a la prohibición de su obra durante el comunismo. Pero la verdad es que el escritor llegó a Buenos Aires el 22 de agosto de 1939 en un viaje de ida y vuelta invitado por la embajada polaca, y se quedó veinticuatro años. Lo que hizo después fue distorsionar un poco los motivos que lo llevaron a bajarse precipitadamente del barco cuando ya estaban a punto de retirar la pasarela.

Mi beca de investigación duraba dos años. Cuando se acabó ese período, mis padres empezaron a preguntarme cuándo volvería. Yo no tenía ni la más remota gana de subirme a un avión de regreso, así que me mentí y les mentí: yo era una inmigrante, una más entre la marea de bolivianos, paraguayos, peruanos y españoles con la que me cruzaba en las oficinas de extranjeros. Mi lugar estaba en Buenos Aires. Me había marchado de mi país por un motivo perentorio, aunque no supiera muy bien cuál era ese motivo. Pero mi estadía en Argentina tenía una finalidad.

Por supuesto que no encontré mi destino. Ni tan siquiera creo ya en tal cosa. Pero es cierto que mi desubicación me llevó a escribir. Estar en Argentina se convirtió en algo fundamental, más allá de un capricho o de una necesidad de aventura, incluso más allá de la fascinación primermundista por el caos y la vitalidad latinoamericanas. Se trataba de una necesidad vital. En Barcelona había estado demasiado cómoda; por el contrario, en Buenos Aires sentía incomodidad, angustia y desorientación, tres cosas que me supusieron un gran estímulo para la escritura de ficción. De modo que si mi estatus de inmigrante no me vino dado de entrada por las circunstancias de mi viaje, yo me lo inventé después. Y funcionó. A veces los deseos se expresan por caminos extraños. En mi caso, el deseo de ser escritora, de no escribir mi tesis doctoral, sino una novela, se me reveló de este modo oscuro: si de verdad estaba dispuesta a sostener que era una inmigrante para justificar mi permanencia contra toda lógica en Argentina, tenía que hacer algo a cambio, tenía que construir algo. Desde luego no construí un imperio de telas y ropajes como los judíos del barrio del Once, o de pastas frescas como los italianos de Floresta. Pero regresé a Barcelona con una novela de ciento cincuenta páginas. Mi pequeñísimo, ínfimo, imperio transatlántico.

►ARIADNA CASTELLARNAU: Lérida, 1979. Licenciada en Filología Hispánica y Literatura Comparada por la Universidad de Barcelona, es periodista cultural y colabora en diversos medios. Su primera novela, *Quema* (Gog y Magog, 2015), obtuvo el VI Premio Las Américas de narrativa.



Adolescente con ofrenda I, 2005, óleo sobre lino, 120x90 cm.

TOMÁS SÁNCHEZ BELLOCCHIO

VIVIR Y ESCRIBIR AFUERA

[LITERATURA]

Me mudé a Barcelona porque todo me indicaba que era la ciudad de los escritores. Vargas Llosa, Donoso, García Márquez y Bolaño habían vivido ahí. Ahora vivían Villoro, Fresán, Caparrós, Vilamatas y muchos otros a los que todavía no había leído y ni siquiera conocía de nombre. Yo quería convertirme en uno de ellos. Y en mi imaginación llena de prejuicios, Buenos Aires ya no era la potencia editorial que había sido en otro tiempo. Pero en realidad el problema con Buenos Aires era otro: mi otro yo, el publicista. El profesional cómodo, bien pagado, criado en las maneras corporativas y con algunas señales de fatiga vocacional. Necesitaba darle cabida al escritor, desplegarlo en un tiempo y en una geografía diferentes. Casi como un muñeco inflable tamaño real, para sentar al lado mío y

llevar a todas partes, hasta que pudiera empezar a reconocermme en él. Todos en Argentina, familia, amigos y compañeros de trabajo, supieron entonces que me iba a escribir, a cumplir el sueño de una vocación que para la mitad de ellos era antes desconocida. Para escribir, para convertirme en escritor, tenía que irme.

Si dibujara un diagrama de Venn con los géneros, en el centro de mis círculos estaría el cuento. Yo soy fundamentalmente un escritor de cuentos. Con él di mis primeros pasos y todo lo que escribo intenta reproducir la felicidad que me dieron ciertos cuentos de ciertos autores a cierta edad. Con los años —a medida que fui escribiendo y madurando mi estilo, la idea de un proyecto—, me propuse conquistar territorios nuevos, y en general se asocian al perfil poliédrico que se supone debe tener

un escritor hoy. De ahí los círculos exteriores del diagrama. Un artículo, por ejemplo, si hay suficiente trabajo e investigación, puede ser acerca de prácticamente cualquier tema, incluso de uno lejano a mi sensibilidad. El ensayo supone una inmersión mayor porque es el esfuerzo de la voz en primera persona; pero también es cierto que la inteligencia tiene la libertad de divagar y las ideas poseen un componente abstracto. Un guion, al menos del modo en que estoy intentando dirigir mi carrera (escribir para vivir), tampoco me interpela en profundidad. Es un trabajo colectivo: hay un proceso con etapas, distintos responsables y unos límites que dependen del formato y la producción. En cambio, cuando escribo literatura, eso que considero solo mío, y que no está atado a modas ni a plazos, y que hasta ahora siempre había sido cuento y empieza a ser novela, la implicación es radicalmente distinta.

John Updike dice que la vida del escritor está partida en dos. La vida previa a tener conciencia de escribir o querer escribir y la vida que viene después. Según él, la materia prima de la literatura surge de esa primera mitad. Es la experiencia directa, salvaje por preliteraria, y sin el filtro interesado de alguien que procesa el mundo para reescribirlo. Mi vida oficial de

escritor, oficial al menos en el sentido del desplazamiento y la decisión de ser, ha sido toda fuera de Argentina. Dos años en Barcelona y casi cuatro en México. Y sin embargo, toda la literatura que escribí hasta hoy está anclada en un tiempo y en un espacio determinados: la Argentina de los 80 y 90. En este punto, es preciso no confundirse con los clichés de la literatura del yo. En ficción puedo especular con el pasado o el futuro, traspasar fronteras o explorar zonas de mi país que no conozco, puedo habitar en la voz de una anciana a punto de morir o en la de un padre alcohólico, pero el magma psíquico e histórico que sustenta cualquier literatura tiene unas coordenadas precisas.

Antes de publicar mi libro, mis editores dijeron *sí, pero*. Sí, pero... era argentino, y vivía en México, y esto era España. Sí, pero... era inédito, que es un eufemismo para decir que era un completo desconocido. Y sí, de nuevo sí, pero... eran cuentos. Y todos sabemos lo que se afirma respecto al cuento y las ventas. El riesgo de publicarme implicaba un compromiso. Un libro se acompaña y se defiende, me dijeron. Ellos temían, a pesar de estar convencidos de su calidad, que el libro se disipara en el torrente de todos los libros publicados. Yo prometí



En *Especies de espacios*, Perec, con su lucidez de sabio ancestral, roza el núcleo del dilema del migrante. Las fronteras son líneas imaginarias, dice.

acompañarlo y defenderlo, incluso renuncié a mi puesto en México para hacerlo. Al final, entiendo que el resultado fue mejor del que esperábamos. La llegada de un escritor latinoamericano a España suele venir precedida de un derrotero exitoso en su país de origen. En mi caso, antes de mi llegada a España no había nada. Y ahora me doy cuenta de que aquel equívoco fue funcional. En estos días, como en un viaje a la semilla, ese mismo libro se publica en mi país. Para mí es importante ser leído en Argentina. Si todavía la literatura se mide en términos nacionales, vivir afuera, escribir afuera, publicar afuera, me cubre de una pátina de invisibilidad. Y lo que son las cosas: según mi agente de prensa, al parecer hay interés en el libro porque justamente se publicó y tuvo buena crítica en España.

En *Especies de espacios*, Perek, con su lucidez de sabio ancestral, roza el núcleo del dilema del migrante. Las fronteras son líneas imaginarias, dice. Siempre vivimos en algún lugar. Para que alguien se mude, alguien se tiene que quedar. La mudanza es siempre un movimiento conmovedor, por lo que dejamos atrás. Y después, como en un juego, propone anotar todo lo que no es diferente de país en país. ¿La forma de las casas? ¿Los campos? ¿Los rostros? A veces me pregunto de qué maneras oscuras opera la nostalgia. En mi caso, creo, no es acumulativa. ¿Qué cosas sé ahora acerca de mi país que no sabía o no había pensado antes? ¿Cuál es el influjo de México? ¿Cuál el de España en mi escritura? ¿Los años dirán?

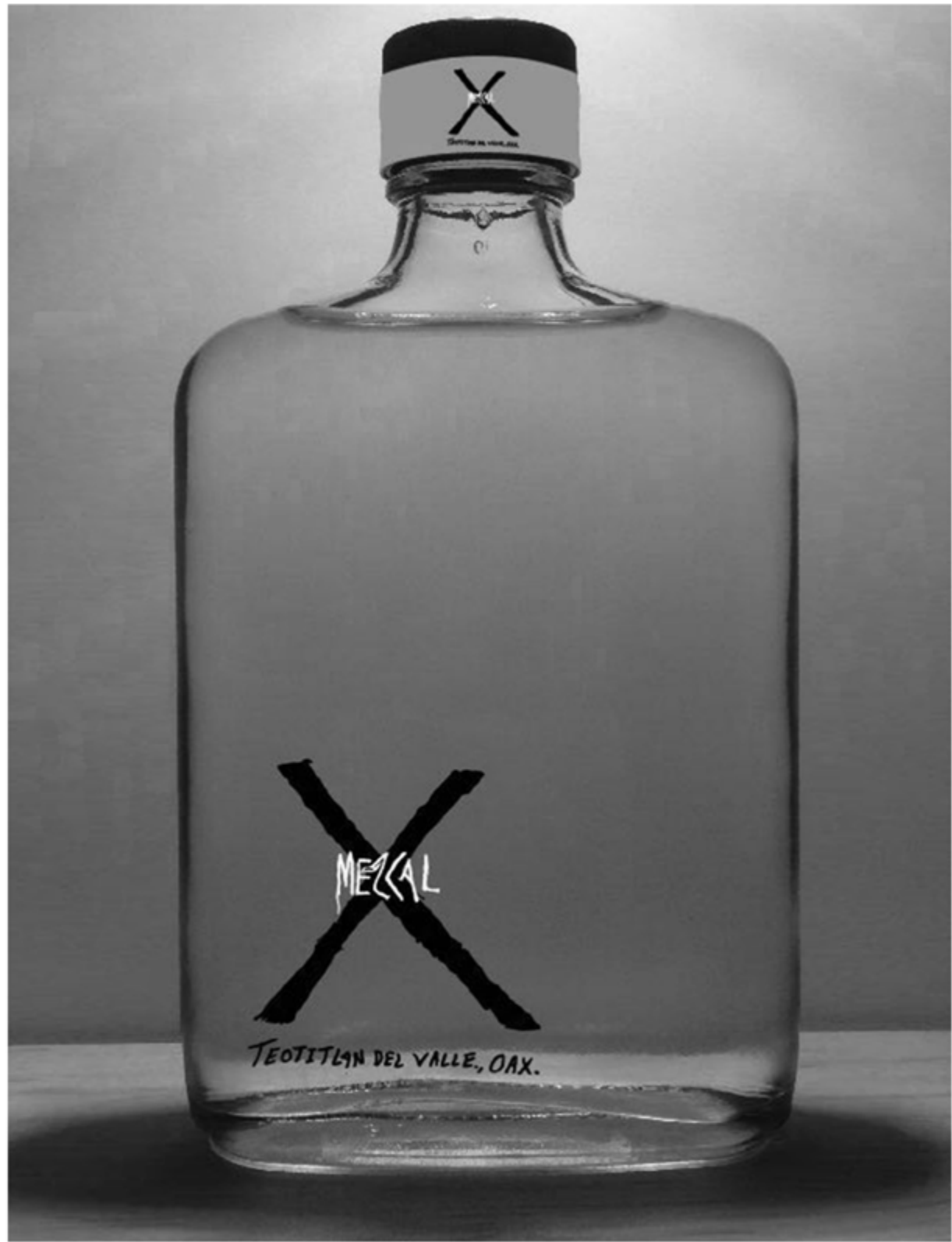
Quizá el movimiento más extraño de todos sea el de nuestro escritor universal: migrar

La mudanza es siempre un
movimiento conmovedor,
por lo que dejamos atrás.



para morir. Borges decidió morir en Ginebra porque era una ciudad que lo hacía misteriosamente feliz. Había vivido allí en su juventud, y después había regresado muchas veces más a lo largo de su vida. En una carta pidió que respetaran su decisión de morir como un hombre invisible. Además, la Buenos Aires que él había escrito, la de las milongas, los aljibes y los patios, hacía tiempo que había dejado de existir. Lo de Borges no me hace pensar en mi muerte, pero sí quizá en el lugar en el que debiera estar en caso de que ella me encuentre.

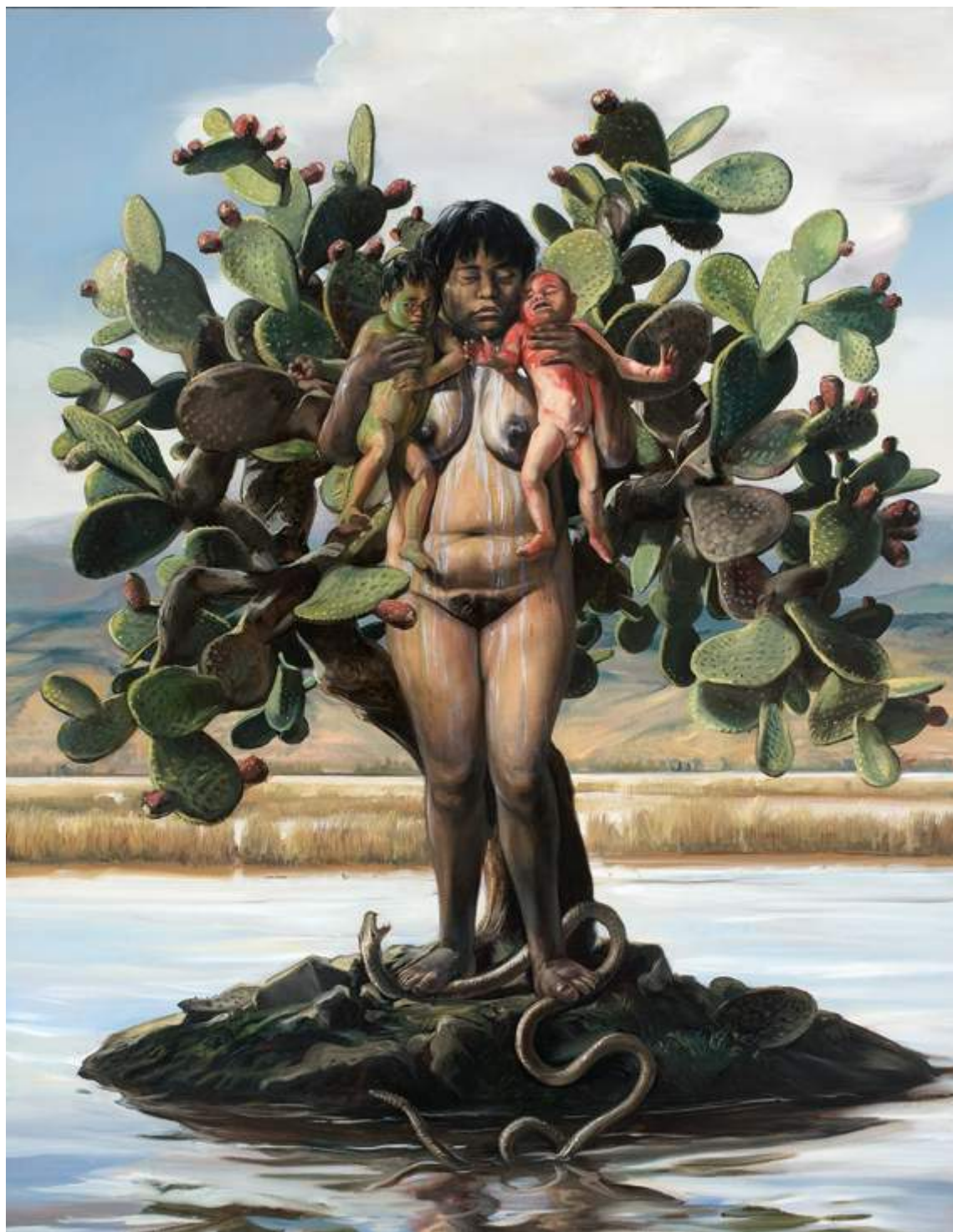
► TOMÁS SÁNCHEZ BELLOCCHIO: Buenos Aires, 1981. Publicista y guionista, vive entre CDMX, Buenos Aires y Barcelona, donde cursó en 2011 el Máster en Creación Literaria de la Universidad Pompeu Fabra. Es autor del libro de cuentos *Familias de cereal* (Candaya, 2015), y participó en la antología *Emergencias* (2013).



CELDILLA

MISCELÁNEA





El águila ciega, 2008, óleo sobre lino, 170x135 cm.

SERGI BELLVER

CUADERNO DE DUNAS (DIARIOS, 2017)

[LITERATURA]

CORRUBEDO, LA CORUÑA, 2 DE ENERO

Escribir un diario es un modo de ser a la vez viento y grano de arena. Una voz que modula el paisaje con el tiempo, pero también cada detalle de ese mundo en construcción. Creo que, aparte de algunas libretas adolescentes bien pronto abandonadas y varios apuntes de mis primeros viajes, si nunca hasta hoy me propuse de veras llevar un diario fue por no haber reconocido aún esa dualidad, ni haber logrado un punto de equilibrio entre el deseo de contar y la necesidad de leer el rastro de mí mismo en lo escrito.

CORRUBEDO, LA CORUÑA, 16 DE ENERO

Traducir literatura es enfocar las zonas de sombra entre dos idiomas para transmitir la luz del texto original, es decir, la mirada primordial

de su autor. Con esa intención sí resulta lícito mover un poco la linterna, cegar algún saliente y buscar un reflejo o una silueta que revele un sentido que podría difuminarse en un volcado demasiado literal. El mejor traductor sería pues el que, de los rescoldos de una hoguera, resucitara la leña para avivar aquel mismo fuego. Un intruso que, sin pudor pero con respeto, se adentrara en un lenguaje ajeno hasta convertirlo en propio.

Lecturas y relecturas del nómada en Galicia: *Habla, memoria*, de Vladimir Nabókov; *Un pintor de nuestro tiempo*, de John Berger; *La analfabeta*, de Agota Kristof; y poemas de Álvaro Cunqueiro.

OVIEDO, 30 DE ENERO

La posibilidad y la maravilla de la amistad entre escritores o artistas cuando por fin logramos

Todo tiene casi siempre
demasiados marcos,
obstáculos y puntos ciegos.
Pero mirar, cómo y dónde
mirar, depende sólo
de uno mismo.



domesticar nuestros descomunales egos y nos damos cuenta de que el fragor de la vida, de las cosas y de los hombres no sólo puede evocarse en una obra, sino sobre todo vivirse a fondo y día a día cuando admiras sin reservas al otro, cuando dejamos de ser pavos reales de plumas extendidas y nos convertimos en compañeros de viaje.

Relectura del nómada en Asturias: *Helena o el mar del verano*, de Julián Ayesta.

BARCELONA, 6 DE FEBRERO

Y ahora, de golpe, la muchedumbre, las prisas, el gentío engullido y vomitado por las bocas del metro, la procesión de extraños en los vagones, el otro silencio, no el bendito silencio de la naturaleza, sino ese silencio lúgubre que se instala como un lodo viscoso entre los desconocidos que se amontonan entre los asientos, los pasillos y las escaleras mecánicas. He vivido nueve de cada diez años de mi vida en una gran ciudad para darme cuenta, precisamente ahora y sin previo aviso, de que me he convertido en una especie de aldeano desubicado,

incómodo entre el ruido y el asfalto, un extraño en sus propias calles.

Lecturas y relecturas del nómada en Barcelona: *Tierno bárbaro*, de Bohumil Hrabal; *Últimas tardes con Teresa*, de Juan Marsé; *Mortal y rosa*, de Francisco Umbral; *El llano en llamas*, de Juan Rulfo; y cuentos de Pere Calders.

BUDAPEST, 20 DE MARZO

Para escribir una buena novela —y cualquier cosa digna en narrativa— hace falta saber robar: voces, rostros, frases, gestos, miradas, lugares, ideas... Robar con sutileza pero sin culpa. Lo contrario a lo que haría cualquier fraile decente. Por eso, antes de pretender ingresar en el monacato literario conviene haber sido soldado, vagabundo, buscavidas y también ladrón, sobre todo un buen ladrón, avezado en poner el ojo y deslizar los dedos. Pero para escribir una gran novela hace falta además saber entregarse hasta quedar vacío, y en ese ministerio sí cabe tener la fe y la capacidad de sacrificio de un monje.

Lecturas y relecturas del nómada en Hungría, Austria y la República Checa: *El distrito de Sinistra*, de Ádám Bodor; *Melancolía de la resistencia*, de László Krasznahorkai; *La calma*, de Attila Bartis; *La puerta*, de Magda Szabó; *Los desposeídos*, de Szilárd Borbély; *Hotel Savoy*, de Joseph Roth; y *Trenes rigurosamente vigilados*, de Bohumil Hrabal.

ÁVILA, 15 DE MAYO

Es verdad que el trabajo es más importante que la inspiración, pero también lo es que sin estar conectado de forma íntima con lo que estás

haciendo, todo lo que sale nace como apagado, carente de vida y sin verdad. Y eso, de un modo u otro, acaba impregnando el texto y estropeando la lectura, tanto en la ficción como en la literatura de viajes, en mi caso.

ÁVILA, 22 DE MAYO

Duermo en una pequeña y acogedora casa de piedra al otro lado del jardín, y digo que duermo con todas las letras, pues entre los muros de piedra, que tanta memoria y tanta vida —a veces, literal: arañas, hormigas, escolopendras, trajín de roedores y tareas de pájaro— encierran, mis sesiones oníricas son tan profundas y prolijas que, como no hacía en semanas anteriores, vuelvo a tomar nota de algunos sueños.

[...] Mirar de dentro a fuera, de tu refugio al mundo o de tu mundo al de los demás. Asomarse por un hueco a un mundo o a una persona. Todo tiene casi siempre demasiados marcos, obstáculos y puntos ciegos. Pero mirar, cómo y dónde mirar, depende sólo de uno mismo. Y en este lugar vuelvo a mirar con ojos nuevos lo que me rodea, como le sugería Marcel Proust al buen viajero.

Lectura del nómada en Castilla y León: *Fuga lenta*, de Juan Martínez de las Rivas.

MADRID, 5 DE JUNIO

Algún día, cuando todos los lacayos y cortesanos que, como decía el gran Medardo Fraile, *andan siempre con la cuchara sobre la olla de lentejas* dejen ya de condenar a quienes dicen la verdad —y no, no me refiero a un ideal metafórico y presuntuoso, sino a simples hechos, cifras y nombres—, podríamos sentarnos a

hablar largo y tendido de las muchas vergüenzas de la prensa cultural española, en la que una minoría de personas honestas, trabajadoras y con criterio naufragan entre demasiados patanes y caraduras.

MADRID, 12 DE JUNIO

Cada forma de expresión literaria tiene su contexto y no todo está destinado a perdurar, pero llama la atención que las grandes obras lo hagan, por lo que tal vez sólo la criba del tiempo, más sabia y paciente que los críticos, logre separar el grano de la paja.

MADRID, 19 DE JUNIO

En el fondo, sospecho que escribo ficción, literatura de viajes, este cuaderno y cualquier otra cosa por el mismo motivo por el que viajo: para conocer un poco más del mundo, de los demás y de mí mismo, por supuesto, pero también por el inevitable y, a veces, agrio deseo de ser otro.

Lecturas y relecturas del nómada en Madrid: *Obra bilingüe completa*, de Arthur Rimbaud; *En los oscuros lugares del saber*, de Peter Kingsley; *Crónica japonesa*, de Nicolas Bouvier; y *El Danubio*, de Claudio Magris.

► SERGI BELLVER: Barcelona, 1971. Autor de los libros *Agua dura* (2013) y *Variaciones sobre Budapest* (2017), ha coordinado varias antologías de relatos y ha trabajado como editor, profesor de narrativa y crítico literario. Sitio web: www.sergibellver.com



La leyenda de los volcanes, 2005, óleo sobre lino, 140x98 cm.

ENRIQUE ARNAUD BLUM

NOTAS PARA EL ENSAYO DEL ARTISTA PROSTITUIDO

[LITERATURA]

La excelente novela del escritor inglés Thornton Wilder, *Los Idus de Marzo*, sitúa como personajes (ficticios, pues la novela no corresponde fielmente a los acontecimientos históricos) al filósofo Cicerón y al poeta Catón en un debate público sobre si es la retórica de la filosofía o la de la poesía la que define el estudio y el debate moral del pueblo de Roma. Julio César, quien acaba de disolver la República, es presentado como un hombre capaz de manipular el significado de los ritos que presiden la religión romana para conseguir beneficios personales. Por eso él prefiere la retórica de la poesía. Quienes se oponen a Julio César son los filósofos que consideran incorrecto y un peligro para Roma que la moral de un pueblo quede a la libre interpretación de cualquier individuo.

A quienes se muestran a favor de la retórica de la filosofía, les parece lógico basarse en el conocimiento y en la historia del pensamiento del ser humano. Quienes prefieren la retórica de la poesía, ven en su discurso la posibilidad de cuestionar todo lo que no conocen, se apoyan en que a la Humanidad no se le revela casi nada de los secretos de la sabiduría natural. En un debate ambas posturas podrían compartir la misma opinión, pero la base del origen de la idea haría que cada quien plantee la misma pregunta o solución a un problema de forma que parezcan opuestas.

Los seres humanos somos diferentes entre nosotros, y no hay uno igual como no existen dos copos de nieve idénticos. Lo que tenemos en común es aquello que nos hace permanecer unidos a un grupo. Las sociedades se organizan

con estas diferencias como factores que determinan la posición de cada individuo. El cómo percibimos nuestras diferencias y las de los otros, y cómo resolvemos individualmente nuestra relación con las ideas con las que nos encontramos con el resto de la sociedad, es determinante para el sustento y desarrollo de nuestra Humanidad. Cuando basamos nuestra organización en un sistema de libre mercado que se organiza a partir de las diferencias económicas, se incurre en un diálogo deshonesto y fallido de antemano. Las consecuencias de vivir en una sociedad que establece su organización en las diferencias, da como resultado los grandes contrastes entre la riqueza y la pobreza de los ciudadanos.

Tomar como fundamento las diferencias de clases sociales —ideología política, religión, características raciales— para la organización de la sociedad somete nuestro amor al prójimo a una igualdad falsa y, por tanto, incompleta.



Lo de Caicedo es narrar imágenes de un modo bastante cinematográfico, que no es simplemente un gesto nihilista basado en la mirada del autor. Más bien funciona, por su naturalidad y pureza, sin explicaciones.

En un mundo injusto el amor se vuelve un tema de viabilidad.

Mi comunidad (me refiero a mis amigos) se basa en la doble moral de promover el amor al prójimo porque es práctico, económico y conveniente. Pero existimos muchos inconformes con esa realidad. En donde falló la Religión, la Familia y la Escuela encontré algo que identifiqué adentro de mí como un instinto de supervivencia natural; algo en mí que me dice que si el ser humano está en peligro de desaparecer como especie es justo que la misma Humanidad intente defenderse, aunque sea de sí misma. Identifico esa clemencia de los humanos hacia el propio ser humano en el espíritu de la literatura, las artes, la tecnología, la ciencia, la música.

Andrés Caicedo nació en Cali en 1952 y se suicidó en esa misma ciudad en 1977 a los veinticinco años. Creía fervientemente en la consigna punk, “muere joven, deja un cuerpo hermoso”, doctrina que llevó a cabo al pie de la letra.

Hijo de una familia normal de clase media alta, fue educado en una estricta institución católica, al igual que el irlandés James Joyce, hito de la historia de la literatura universal por la forma transformadora en la que introdujo la conciencia de las sensaciones no literales al oficio de la escritura, en una búsqueda del objeto artístico bajo el régimen espiritual de la búsqueda de la epifanía. En ambos autores encontramos que la exploración por la superación y la racionalización de la culpa es el motor esencial en su obra y vida personal. Joyce se exilió en la ciudad italiana de



Músicos de Oaxaca, 2003, óleo sobre lino, 195x245 cm.

Trieste, y Caicedo en las drogas que estaban de moda durante los 70. *El atravesado* podría ser la versión caleña del *Retrato del artista adolescente*, sólo que los monólogos del colombiano, además de no tener nada de interior, no involucran el trasfondo psicológico moral como el del irlandés. Más bien lo de Caicedo es narrar imágenes de un modo bastante cinematográfico, que no es simplemente un gesto nihilista basado en la mirada del autor. Más bien funciona, por su naturalidad y pureza, sin explicaciones.

El atravesado es un relato sobre pandillas juveniles, sobre el rock. Sobre la valentía, la belleza, el primer amor, la muerte, el suicidio y la fragilidad de la vida en el corazón del trópico, en Cali, capital de la alegría, y una de las ciudades más peligrosas del mundo a finales de los 70.

¡Qué viva la música!, segunda novela de Caicedo, trata sobre las aventuras de una niña drogadicta, cuya forma de integrarse al mundo de los adolescentes es la música de moda. Durante toda la narración, tanto el personaje

Con el poder de su palabra y de su verdad —Arenas— enfrentó a un aparato estatal empecinado en culpar al pueblo por sus fracasos y complejos.



principal como el autor se balancean en la cuerda floja: Caicedo en la de la literatura, llevando al límite su experiencia como escritor, mezclando su vida con la de sus personajes, y la heroína, que se debate entre la realidad y el mundo de las drogas, el sexo y el rock.

Esta chava sale un día a una fiesta y comienza un frenesí de rumba imparable, hasta que termina viviendo una vida completamente irreal, pero pobres y siendo niños (sus padres les pagaban una pensión). Esta novela es una fiesta en la que se esconde un horrible vacío y la muerte.

Por las condiciones sociales de aquel entonces, Cali era una ciudad que vivía la violencia y el horror de manera exagerada. Hay un gran miedo que ronda toda la novela, un miedo que Caicedo y su personaje van enfrentando y resignando para olvidarse de la culpa y así poder seguir adelante hacia un mundo completamente desconocido para ellos. Después Clarisolcita, o María del Carmen Huerta, pasa a formar parte de los personajes inolvidables de la literatura, pues es una voz que brilla por su auténtica naturalidad. Evoca en la memoria del lector libros como *Biografía de un cimarrón* de Miguel Barnet o el *Diario de Ana Frank*. El libro tiene una escritura

fuertemente emocional, dándole prioridad a la fuerza en el acto de la ejecución, que, con el perfeccionamiento sintáctico y estilístico, se resuelve de manera impecable, dando el testimonio de un genio que supo hacer de sus titubeos un estilo.

Hoy en día los medios de comunicación se llenan de mensajes en los que tratan de manipular a la gente a través de generar contenidos retóricos que hacen pasar una idea falsa como cierta. Pueden hacer de las ideas abominables algo aceptable. Por todos lados veo que se reedita la autobiografía de Hitler. Sé que es uno de los libros más vendidos. Pero su contenido nunca se comenta. Sobra decir que la existencia de éste es un tanto nebuloso, ¿qué contiene realmente este libro? Gracias a Dios no lo he leído. Pero lo he visto demasiadas veces usurpando el lugar del libro, y puedo afirmar que nadie que no sea un bufón conserva una imagen memorable de sabiduría para su vida, porque se trata del texto de un bufón usurpando el espacio del libro en nuestra cultura. En comparación, el *Diario de Ana Frank* queda en la memoria de la Humanidad como un testimonio fiel a la realidad de un conflicto bélico. Esta obra sepulta cualquier retórica que intente justificar una guerra. Desnuda la fragilidad

de la especie humana. Refleja la realidad de la guerra tal cual es.

Pobre Reinaldo Arenas (Aguas Claras, 1943-Nueva York, 1990) quien, al recibir su diagnóstico positivo del VIH, intentó hacer justicia por su propia mano contra todos sus agresores en su autobiografía *Antes de que anochezca*. Un testimonio frío y cruel contra la sociedad soberbia que auspiciaba la dictadura militar que lo persiguió, torturó y expulsó de Cuba. Todo a consecuencia de su orientación sexual.

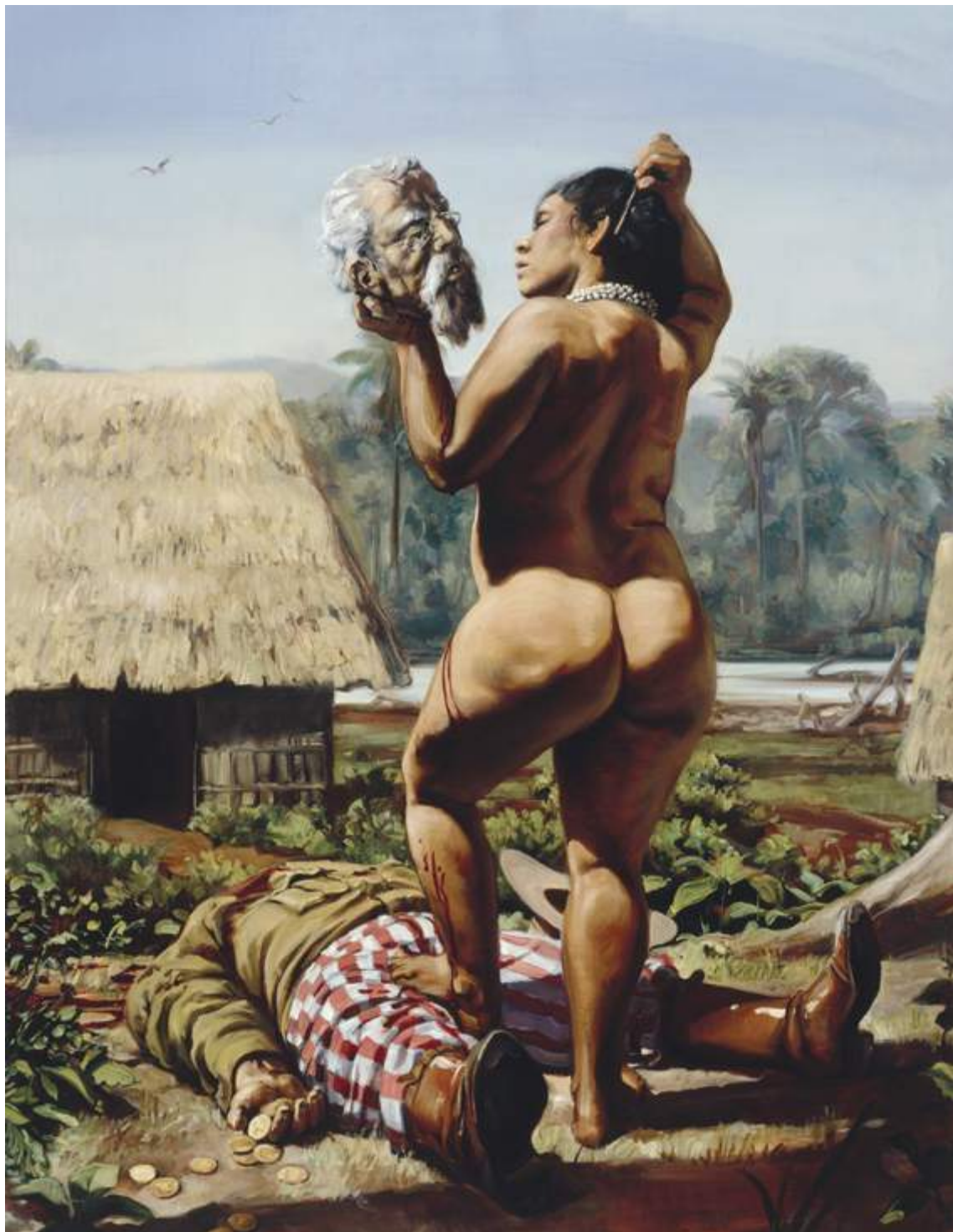
Narrada como una excelente novela, se trata de una mirada a las particularidades de su vida en el campo. Comer tierra y ser un niño lombricento. La pobreza de Cuba. La falta de educación y de justicia, la hambruna. Es un libro macabro, con escenas esperpénticas. Con sentimientos que vienen del estómago y que el autor exhala impudicamente. Es contaminante. Es triste. Pero encanta al lector. Desgraciadamente esta extraordinaria autobiografía pasa de la denuncia a la venganza personal, algo poco agradable de contemplar en un héroe literario. Pero gracias a ello podemos reconocerle al autor cubano esta extraordinaria crítica a los falsos estereotipos de masculinidad que rigen en Occidente. Es un golpe demoleador con el que el autor se acusa a sí mismo y a toda la sociedad cubana de perpetuar prácticas terribles como violaciones e incestos locos en el interior de los hogares. Aunque la generación de Reinaldo Arenas no tenía nada que ver con la conquista y aniquilación de los pueblos originarios de la isla, ni con la esclavitud,

de alguna forma una teoría aventurada podría ser que en la psique de aquella sociedad revolucionaria había una herencia nefasta.

Reinaldo Arenas se enfrentó directamente a los líderes morales de la Revolución cubana para recordarles que en el fondo son las mujeres quienes se ocupan de lavar la ropa y cocinar para que la patria no se muera de hambre, y que ellos, los gays y desobedientes, los disidentes y delincuentes, los cobardes y los gusanos son quienes pagan la renta, sus viajes, sus coches... sus viejas... sus guaruras.

Con el poder de su palabra y de su de su verdad —Arenas— enfrentó a un aparato estatal empecinado en culpar al pueblo por sus fracasos y complejos. La valentía y las contradicciones en la personalidad de Arenas redondean la obra singular de uno de los escritores más completos de la tradición latinoamericana. Esta obra parte de la honestidad como recurso literario, que es lo que el público quiere de sus escritores. Que entreguen el alma, y que a través de su pureza le permitan al lector verdaderamente transportarse a su universo.

► ENRIQUE ARNAUD BLUM: Manchester, 1983. Es poeta, narrador y pintor. Su publicación más reciente es *Extra-vagantes* (Editorial Avispero, 2016).



Alegoría de Tlaxcalantongo, 2003, óleo sobre lino, 170x130 cm.

SLAYMEN BONILLA

SOBRE DIÁSPORAS Y ESTRELLAS

[FILOSOFÍA]

Ya en 1989, tras la caída del Muro de Berlín y la caída del comunismo en Rumanía, el diario *El País* (España) recogía dos artículos —escritos por Alejandro Cioranescu y por Ángel Fernández-Santos— en los que se retrataba la Diáspora rumana que hubo a raíz de la Segunda Guerra Mundial y de la ocupación militar e ideológica de la Unión Soviética en territorio rumano, cuya cúspide se alcanza con los gobiernos de Gheorghe Gheorghiu-Dej y de Nicolae Ceaucescu.¹ Es durante estos años —es decir, desde los 40 y hasta el 25 de diciembre de 1989²— que se da el movimiento social y cultural que es objeto del presente texto.

La Diáspora rumana le aportó un grupo de intelectuales, artistas, filósofos, deportistas y profesionistas a varios países occidentales.

Fenómeno poco visto antes, sobre todo en un país de Europa del Este. En México, un fenómeno similar tanto cuantitativa como cualitativamente se dio con el exilio español, producto del franquismo. En esas dimensiones históricas nos posicionamos.

Es importante mencionar que, al menos, tenemos dos grandes exilios rumanos: el primero en el período de entreguerras y el segundo en el régimen de Ceaucescu. Nombres como Mircea Eliade, Emil Cioran o Eugène Ionesco son algunas de las luminarias que brillan en estos horizontes.

El exilio rumano dio al mundo occidental nuevas formas de aproximación a diversos campos, esto, sobre todo, debido a la originalidad que plantea su cultura con respecto a la tradición de la Europa continental. Por ejemplo, al



Alegoría de Guelatao, 2004, óleo sobre lino, 145x190 cm.

ser un país mayoritariamente ortodoxo, muchos de los paradigmas de interpretación se han visto enriquecidos. En este sentido, Mircea Eliade —quien se desempeñó como profesor de Historia de las Religiones en Estados Unidos— es un hito al respecto.

Mircea Eliade nació en Rumanía en 1907. Durante los años treinta ahonda en cuestiones relativas a la cultura popular rumana y realiza un viaje de estudios a la India, en donde podrá acceder, de primera mano, a su pensamiento religioso. Hay que hacer notar que durante algún tiempo Eliade colaborará con algunos medios pronazis.³ Después de la guerra, Eliade pasará

una temporada en París, tras la cual, en el 59, se asentará en los Estados Unidos. Será en esta época (50, 60 y 70) que nuestro autor alcanzará la fama mundial por sus estudios sobre diversas religiones, llegando a ser considerado una de las máximas autoridades en este terreno.

Eliade definía su pensamiento como “fenomenología religiosa”, desde el que buscaba encontrar las estructuras del fenómeno religioso. En medio de esta reflexión aparece el *homo religiosus*, que está más allá de una cultura específica, siendo su característica principal la experiencia de lo sagrado, cuya manera peculiar en cada cultura se encarnará en mitos.⁴

Otro autor de decidida importancia es Emil Cioran, nacido en Rasinari en 1911. Al igual que Eliade, Cioran sintió cierta fascinación por la Guardia de Hierro (movimiento fascista rumano), algo de lo que se arrepentiría a la postre. Filósofo pesimista, acosado por el insomnio, llega a París en 1937. A diferencia de su compatriota antes mencionado, Cioran adoptó la lengua francesa a partir de 1947 para escribir sus libros.⁵

En cuanto a su obra, bueno, es difícil hablar de ella. Tal como su vida, la obra de Cioran es sórdida, desordenada y caótica, e, incluso, en muchos casos contradictoria. Sus reflexiones en torno a la muerte, al hastío y a la alienación son frecuentes. Su estilo es el del aforismo. Un aforismo lleno de “nada”, de vómito, de bilis, pero también lleno de “todo”, de belleza, de música y amistad. Es discípulo, en muchos sentidos, de Schopenhauer y Nietzsche (sus filósofos de cabecera) y, en otros tantos, ni de ellos. Cioran es la muestra de la decadencia de Occidente anunciada por éstos, sus predecesores. Una decadencia que pegó con todo en Rumanía. Recuerdo, a este respecto, la anécdota que me platicaba un amigo rumano durante mi estancia en aquel país. Este hombre ya entrado en años hablaba de una Rumanía muy bucólica, llena de bosques, de pastores y de mujeres que talaban árboles con el torso desnudo. Esa Rumanía que había quedado destruida es a la que le canta con desprecio Cioran. Pero no sólo a ella, sino a todo Occidente, es más, a todo el mundo, un mundo devenido en lágrimas de sí mismo. Además de Mircea Eliade, había otro hombre al que Cioran consideraba como uno

de sus pocos amigos, y es justo el que completa nuestra triada: Eugène Ionesco.

Ionesco nació en Slatina. Hijo de padre rumano y de madre francesa, pasó parte de su infancia en Francia. Para su adolescencia regresa a Rumanía, hasta que en 1938 decide radicarse definitivamente en París. Es el creador, junto con Samuel Beckett, de lo que en 1961 Martin Esslin llamaría Teatro del absurdo. Parte de las bases de este teatro las habían puesto Camus y Sartre, asumiendo, en parte, la filosofía del absurdo que emanaba de la aceptación de la tesis schopenhaueriana sobre la voluntad y, más aún, de la anunciada muerte de Dios en Nietzsche. Desde este nuevo discurso se apuntaba a que la razón —y, en especial, la razón occidental— no era el filamento principal que teje al universo y su realidad, sino, en todo caso, un “antilogos” (voluntad en Schopenhauer) irracional y sin sentido. De hecho, muchas de las ideas de este último filósofo en torno a una filosofía de la Historia se ejemplifican en las tramas del Teatro del absurdo, que tienden a ser circulares.⁶

Hasta aquí hemos hablado de tres gigantes rumanos del pensamiento, que debido a su exilio pudieron acceder al público occidental; lo que los llevó, de alguna forma, a cierto “estrellato”. Pero hay un caso que me gustaría mencionar, como contrapartida, que no tuvo la misma suerte.

Lucian Blaga, nacido en Lancram, es, quizá, parafraseando al propio Eliade, el mayor filósofo rumano de la Historia.⁷ Sin embargo, poco sabemos de él, y esto, justamente, porque no quiso o no pudo salir de su país.

Apoyado hasta cierto punto por el régimen de Ceaucescu no logró, empero, ser proyectado tal como lo merecía, esto por diversos motivos, entre los cuales destaca que su obra no era lo que el régimen buscaba. Y es que Blaga hablaba sobre metafísica y epistemología, temas de poca relevancia en su tiempo-espacio, más proclive a las teorías de las praxis neo-marxistas. Cuando un comité del Premio Nobel viajó a Bucarest para ver si el gobierno apoyaría la candidatura que varios intelectuales y artistas habían lanzado, proponiendo a Blaga para el Premio Nobel de Literatura, se encontró sólo con indiferencia ante tal propuesta, por lo que su candidatura no avanzó más. Muchos creen que de verdad tenía posibilidades para darse con el galardón.

Así vemos que la Diáspora rumana tuvo un impacto significativo en muchos ámbitos. Los que decidieron abandonar su país e integrarse en otros, pudieron contribuir desde sus trincheras a ampliar el panorama de la cultura y el pensamiento. Mientras que otros casos igual de valiosos se vieron opacados, al punto de que por muy buena que sea su obra, internacionalmente aún se les conoce poco.

La Diáspora rumana fue, en muchos sentidos, motivo de tristeza para su gente poco acostumbrada históricamente a abandonar su patria; pero, en muchos otros, una oportunidad para el resto del mundo, sobre todo el occidental, de abrirse a nuevas ideas, a nuevos valores, a nuevas experiencias encarnadas en algunas de las figuras más importantes tanto del pensamiento como del arte, asimismo de otras disciplinas que conforman a nuestras

sociedades, esas estrellas que aún brillan en nuestro firmamento. ✨

NOTAS

1. Sin embargo, no hay que olvidar que son estos dos políticos los que también logran abrirse hacia Occidente, disminuyendo la influencia que la URSS ejercía sobre ellos. Véase lo acontecido con el Pacto de Varsovia.
2. Día de la ejecución de Ceaucescu.
3. Algo que, posteriormente, el propio Eliade ocultaría.
4. Cfr. Hernán G. H., "El símbolo en el pensamiento de Mircea Eliade".
5. *Précis de décomposition (Breviarios de podedumbre)*.
6. Cfr. Slaymen Bonilla, "La Muerte de la Idea del Progreso".
7. Todo lo que diré sobre Blaga se puede encontrar en una entrevista que me realizaron para el canal de Youtube: el Filósofo, así como en mi Tesis de Maestría intitulada: *Introducción, Traducción y Notas del Conocimiento Luciferino de Lucian Blaga*.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ✨ Bonilla, Slaymen, "La Muerte de la Idea del Progreso" en: <http://lafilosofiamaldita.blogspot.mx/2016/11/la-muerte-de-la-idea-del-progreso-por.html>.
- ✨ Bonilla, Slaymen, *Introducción, Traducción y Notas del Conocimiento Luciferino de Lucian Blaga*, Cuernavaca, Morelos (México), CIDHEM, 2014.
- ✨ Taboada, Hernán G. H., "El símbolo en el pensamiento de Mircea Eliade" en *Ensayo, simbolismo y campo cultural*, México, CONACYT, 1998.

► SLAYMEN BONILLA: CDMX, 1998. Licenciado en Filosofía por la Universidad La Salle y en Ciencias Políticas en la UNAM, Maestro en Filosofía por el CIDHEM. Es autor del sello Ediciones y Punto y fundador del Colectivo los Filósofos Malditos. Su propuesta es el Pesimismo Utopico.

HUMBERTO BEZARES ARANGO

HAY OTRAS FRONTERAS

[ECONOMÍA]

La idea de un mundo sin fronteras tiene tanto de utopía como de remembranza romántica. Hubo un tiempo, no hace mucho, en el que el mundo no tenía fronteras; habrá un día, quien sabe cuándo, en el que volverán a borrarse esas cicatrices que la Humanidad ha infligido sobre la tierra.

A pesar de vivir en la era de la globalización, las fronteras lejos de desaparecer se han materializado: las líneas imaginarias se vuelven muros de alambre y concreto. Siguiendo a Peter Sloterdijk, vivimos en una de las eras de la globalización; la tercera para ser exactos. La primera fue urania y griega: globalización del cosmos como perfección de lo redondo; la segunda fue terráquea y marítima: circundó el globo y lo materializó en una esfera que adorna bibliotecas; la tercera es digital y no

sorprende tanto por haber virtualizado el globo como por la capacidad infinita del capital para circundarlo. Si la segunda globalización expandió el mundo, la tercera lo reduce a la inmanencia del poder adquisitivo. La globalidad es promesa de un mundo sin fronteras, pero sólo el dinero y sus dueños pueden jactarse de haber borrado las líneas de los mapas. Ya lo sabían los economistas del siglo XIX: el dinero no tiene patria. Pero el dinero es en sí mismo una frontera, quizá la más infranqueable que el hombre haya sufrido.

Las migraciones no son un fenómeno reciente. La Historia está llena de grandes movimientos de personas desplazadas por el hambre, la guerra o una condena divina. Pero el mundo ya no es un lugar vasto por descubrir. Los viajes de los peregrinos no son posibles en

un mundo saturado en sus espacios habitables, ya no hay lugar para un nuevo Jamestown, a no ser, y esto no es imposible, que se funde sobre el mar o fuera del planeta. Y si la guerra sigue siendo un factor determinante de las movilizaciones masivas de personas, los motivos económicos de la migración han pasado a ocupar un papel preeminente y un sentido negativo. Los flujos humanos se invierten en el tiempo: las empresas que abandonaban Europa buscando una tierra nueva, un nuevo inicio, son remplazadas por aventuras menos optimistas, y más riesgosas también, de hombres que buscan escapar de su destino. Si las migraciones europeas del siglo XVII fueron búsquedas, las modernas son más bien huidas, y hay un abismo entre buscar y huir que se refleja en el rostro de los desplazados.

Las fronteras naturales han sido sustituidas por líneas artificiales —a veces definidas por puro pragmatismo imperialista, como en África— que se demuestran más terribles que el océano mismo: hoy parece más fácil que el mar se vuelva abrir para que pase el pueblo de Moisés, que para un musulmán entrar a los Estados Unidos. Las líneas que cruzan los mapas comenzaron a dibujarse no hace mucho. Para que existieran las fronteras modernas primero tuvo que crearse el Estado Nacional. Jorge Luis Borges dice que su padre, Jorge Guillermo, creía, “como síntoma de su inteligencia”, que un día las banderas habrían de desaparecer junto con las iglesias y el ejército. Creía, pues, en el fin de las naciones y sus fronteras. Pero al menos por ahora, la inteligencia debe mostrarse humilde y reconocer que las naciones

son una realidad que perdurará todavía algunos años más, muchos quizá. Y para perdurar, así lo cree el discurso menos inteligente pero más apasionado del nacionalismo, hay que fortalecer las fronteras.

Un nuevo nacionalismo se ha adueñado del discurso político. Es hijo del miedo ante el colapso económico del sistema liberal. Igual que a finales del siglo XIX, el libre juego de los mercados internacionales cede ante la faceta imperialista de la competencia. Frente al colapso económico, el discurso de la cooperación es remplazado por la política del “sálvese quien pueda”. Y la nación, divinidad secularizada, exige de sus hijos una renuncia. Pero los hijos imputan la pena sobre los extraños: “no somos el problema, son los otros”. El ser humano, una parte de la especie, se vuelve ilegal. Nacionalismo trasnochado que pretende sustituir el liberalismo del que emergió por muros que lo protejan de lo extraño.

Este discurso ignora que la teoría de los libres mercados ya había encontrado su dialéctica propia hace tiempo: por un lado, aquellos que aluden a un comercio del beneficio mutuo y prosperidad para todos, del lado contrario están quienes a través de un esquema de centros y periferias concluyen que las ganancias de unos son las pérdidas de otros. Sin caer en un maniqueísmo simplista, temo que la balanza de la realidad se inclina más por los segundos. Los postulados de la economía clásica, la ventaja comparativa de David Ricardo, implican una igualación de los salarios entre países que comerciaran sin costos de transporte y, convenientemente, sin migración. Es evidente que el

comercio internacional no ha equilibrado los salarios ni siquiera entre naciones que comercian intensivamente, ni siquiera dentro de bloques comerciales como la Unión Europea. Las diferencias se han disparado, alimentando con ello el impulso a la migración. La migración se puede analizar ahora como un movimiento desde las periferias hacia el centro. El esperado equilibrio salarial no pasará del reino de los libros de textos mientras un reducto de mano de obra barata sea conveniente. Y éste será la consecuencia lógica de la falta de capitales históricamente propiciada por la acumulación originaria de la explotación colonial. La especulación financiera —neocolonial— de millones de dólares que atraviesan el mundo en fracciones de segundo —globalidad virtual— agrava el ciclo: crisis,

miseria y migración. Las personas huyen de las crisis, como en México después de 1994, o en España en 2008. Tras la huida del capital, la huida de los trabajadores. Es menos el afán de riqueza que el miedo a la miseria lo que desplaza a comunidades enteras. No es el sueño americano sino la pesadilla del subdesarrollo lo que desplaza comunidades enteras. Pero para que el capital siga moviéndose hace falta que las personas no se muevan.

Luego vienen, tanto para el expulsor como para el receptor, las consecuencias: desaparición de comunidades vs proliferación de suburbios; aculturación vs asimilación “civilizatoria”; desahogo de las presiones sociales vs pobreza funcional; pérdida de la fuerza laboral vs mano de obra barata; despedidas nostálgicas



El rumor de las islas, 2010, óleo sobre caoba, 120x90 cm.

vs cacerías humanas; aumento de las remesas vs robo de cerebros; llanto vs racismo. La migración es un arma de doble filo. A la vez que se condena en el discurso, se tolera en la práctica. No es un defecto del sistema, es parte importante de las relaciones económicas actuales. El migrante no es el ladrón de empleos que mediante el reclamo vulgar encumbró a Donald Trump, el migrante toma los empleos que la vulgaridad desprecia. El empresario que emplea inmigrantes no es un Schindler, es, simple y llanamente, un capitalista “con sonrisa en los labios”, como dijo Mundel. No es, del otro lado, un problema nacional, es la desafortunada solución a las presiones sociales de países empobrecidos. Consecuencia y no causa de una crisis más profunda, histórica. Mientras sea conveniente persistirá. Aquí tocamos los terrenos de lo políticamente incorrecto.

Hay otro sentido en el que el dinero es frontera: la movilidad social, a saber, la capacidad de ascender en la escala de los estratos económicos. Hubo un tiempo en el que se creía que los hijos superarían “naturalmente” a los padres. Cuento de hadas de una generación dorada. Mito que ignoraba que existe la discriminación racial y étnica. La movilidad social, si existe, es exclusiva de un grupo cada vez más pequeño. Si la Reforma acabó con el derecho divino y la Revolución francesa abolió el derecho aristocrático, nuevas distinciones de castas tomaron su lugar. No es de ninguna forma evidente que fuera más difícil acceder a un título nobiliario que a un título de universidad. La educación, acto antonomástico de consumo, es el nuevo escudo de armas de las castas. Nos asustan los

muros entre países, pero nos hemos acostumbrado a los muros en las ciudades. ¡La ciudad amurallada vive en pleno siglo XXI! Cubierta bajo el halo del confort residencial. Y cuando el dinero se vuelve una frontera infranqueable *dentro* de una nación, es más sensato atravesar la frontera *entre* naciones.

Hubo un tiempo en el que para atravesar el mundo no hacía falta pasaporte. Aunque, es verdad, una carta de identidad era una gran ayuda para “pasar por la puerta” de las ciudades. Luego un día, no hace mucho, cuando la velocidad de desplazamiento alcanzó dimensiones inusitadas, paradójicamente hubo que frenar el movimiento. Hoy el mundo está lleno de fronteras que separan a los hombres, dentro y entre países. La imposibilidad de reconocernos como simples humanos creó la necesidad de hacernos ciudadanos.

Quizá algún día se borren las fronteras entre países, pero antes el dinero habrá de dar muchas vueltas por el mundo todavía. Mientras tanto, el hombre vivirá aislado de sus semejantes, condenado a conocerlos como mero turista, protegido en todo momento por la infranqueable frontera del dinero. Desde sus almenas áureas verá el hombre solitario desplomarse las iglesias, bajar las banderas, desaparecer los ejércitos... pero otras fronteras se levantarán: ¡bienvenidos a la transnación del capital!

► HUMBERTO BEZARES ARANGO: Oaxaca, 1986. Estudiante de Doctorado en Historia Económica en la UNAM. Recientemente publicó *Economía desahogada. Ensayos sobre historia del pensamiento económico* (UABJO, 2016).

YURITZI BECERRIL TINOCO

UNA IMAGEN DE PAZ EN TIEMPOS DE GUERRA

[FOTOGRAFÍA]

La primera década de su vida es como una imagen en tiempos de paz. Es la imagen de un océano de agua cristalina sin la presencia del viento ni de grandes olas, las aguas del Éufrates desembocando en el mar en tiempos de paz. El sueño de una ballena. A Yusra le gusta abrir los ojos y mirar el fondo de ese afluente cristalino, no hay presencia siquiera de partículas mínimas flotando en el agua. Le gusta mirar los rayos del sol que se descomponen al atravesar la superficie e iluminan el fondo. Abajo todo es calma, como si una fotografía hubiera congelado ese instante. Estática, Yusra observa la vegetación y algunos peces que se acercan a ella. Súbitamente busca el oxígeno en la superficie. Inexorable condición humana.

Es la primavera de 2011, el viento tranquilo de la niñez se ha transformado en un campo de batalla. Diminutos corazones que laten acelerados dejan el vientre acuoso de su madre para tomar el primer aliento. Una trompeta acústica amplifica los sonidos de su corazón, sus vibraciones se propagan por el mismo aire en el que detonan las bombas. Han nacido doscientos mil bebés, la mitad de cuando inició la guerra. Sus padres le perdieron el asco a la vida, como lo hizo el tío Esteban y la Polaca que hacían el amor en medio de la mugre, los piojos y la sarna de la guerra. No por eso se querían menos, cuenta Palinuro en el libro homónimo de Fernando del Paso. Miles de cuerpos aquí y allá, corriendo, gritando. Hay que dejar la ciudad, llegar a la frontera, salir

del país. Cuerpos que atraviesan otros cuerpos teñidos de rojo. Cuerpos que corren con el corazón agitado, con la sangre acelerada antes de derramarse. Damasco, Alepo y Palmira se han convertido en escombros.

Los humanos se aglutinan en formaciones inertes y fétidas. Más de un millón de heridos busca refugio en las bodegas que han sido adaptadas como hospitales, miles de civiles han muerto. Todos los grupos armados han tenido bajas, casi medio millón de vidas perdidas en total. Quien quiera salvar su vida tiene que lograr esquivar las bombas y cruzar las fronteras, incluso el mar. Si el siglo XXI es un siglo de éxodos, el año 2015 representa el paroxismo de esta tragedia. Los refugiados y desplazados de guerra alcanzan sesenta millones. Es el drama migratorio más grave después de la Segunda Guerra Mundial. El país con mayor cantidad de desplazados de guerra es, sin duda, Siria, donde más de la mitad de la población ha buscado salir del país. De acuerdo con la prensa, el segundo país en Sudamérica es Colombia, con 6.4 millones de desplazados, antes de Irak y de Afganistán en Medio Oriente.

Imágenes de manos entrelazadas, ayudándose a salir de los escombros, a cruzar las alambradas de la frontera, a saltar muros, son escenarios comunes. ¿Cómo permanecer indiferentes frente a esta tragedia? El Word Press Photo 2016 es un testimonio trágico de la guerra, un documento que narra el gran éxodo del siglo XXI que se desborda por el mar. ¿Cómo construir un archivo de lo común sin que sea un repertorio de los horrores de la Humanidad? Es necesario convocar a las luciérnagas de Didi-Huberman para observar el mínimo resplandor en medio de la penumbra. La bioluminiscencia que cubre las olas del mar en las noches de luna.

La historia reciente de la Humanidad es atravesada por las olas del mar, la escisión de los regímenes políticos y la ruptura de la gran promesa democrática. La Humanidad desterrada del planeta es lanzada al mar, a las fauces del Leviatán. Ese inmenso monstruo capaz de devorar cualquier cosa, dice Baricco. Miles de balsas, “instantes de nada en el desmesurado mar”, cargan a cuestas la tragedia del mundo. Veinte, cincuenta, cien personas hacinadas en tablas a flote



El tema de la World Press Photo 2016 es la crisis de los refugiados. Muchas de estas imágenes representan el dolor humano, mientras otras son un susurro de esperanza: el nacimiento de la vida en la eternidad del mar.



Disguised Student, 2002, óleo sobre lino, 190x135 cm.

buscan sobrevivir, narra Baricco en *Océano mar* (Anagrama, 2012).

Abajo la calma. Arriba la tragedia, la desventura, la miseria, el desamparo. La profundidad del mar es la metáfora de la belleza en los griegos. Ahí siempre hay calma, advierte Winckelmann en la voz de Lessing; no importa cuanto pueda estremecerse la superficie. Así es la expresión del rostro en las figuras de los griegos; bajo cualquier pasión muestra un alma

grande y sosegada, dice Lessing. El fondo del mar es una imagen en tiempos de paz. Es el año 2015 en esa inmensidad sin fin. El 28 de enero de ese año una ballena jorobada y su ballenato recién nacido nadan cerca de Roca Partida, una isla del archipiélago Revillagigedo en el Océano Pacífico, cercano a la costa mexicana. Son captados por la lente del fotógrafo y antropólogo mexicano Anuar Patjane. La fotografía “Whale whisperers” es elegida como segundo premio del World Press Photo en la categoría Naturaleza. El primer premio es para Rohan Kelli, de Australia, quien retrata un instante en la orilla del mar: “Storm front on Bondi Beach”; mientras que el tercer premio es para Sergio Tapiro, también mexicano, quien capta el momento justo de la colisión entre partículas de hielo y ceniza del volcán de Colima en plena erupción.

El jurado de la World Press Photo recibió un total de 82,951 imágenes de fotografía de prensa tomadas por 5,775 fotógrafos en todo el mundo. Las dos fotografías mexicanas seleccionadas pertenecen a la categoría Naturaleza y fueron elegidas de entre miles pertenecientes a la misma. “Whale whisperers” es un susurro en medio del ruido de las bombas, es la imagen sobreviviente en un país en guerra. La belleza en medio del caos. Los pequeños momentos, materia del instante esencial del que hablan los fotógrafos, son como las luciérnagas de Didi-Huberman: “la cosa más frágil y fugaz” que sobrevive en el gran relato de la Historia gracias a un disparo. Las luciérnagas de Didi-Huberman son pequeñas historias, luces mínimas y sutiles que sobreviven a la



Sueno y muerte de Egerton, 2009, óleo sobre lino, 240x320 cm.

luz cegadora de los reflectores del espectáculo y que, sin embargo, algo nos dicen del alma de la Humanidad. Es un sutil susurro en medio del caos. Abajo la calma, bioluminiscencia submarina. En la superficie el caos, la tormenta, la tragedia humana llevada a flote por el resplandor de la luna.

Es verano en Medio Oriente, cuatro años después de la Primavera Árabe. El padre de Yusra y Sarah Mardini logran contactar a un traficante de personas —para que reserve un par de lugares en una embarcación precaria— por

la suma de 90,000 dólares para salvar a sus hijas de la guerra. Yusra y Sarah, que han salido hace un mes de Damasco, cruzan la frontera de Beirut, atraviesan Estambul y se embarcan rumbo a Grecia. Debían atravesar el mar Egeo en cuarenta y cinco minutos y alcanzar la costa. Ahí terminaría su primera ruta. Sin embargo, la precariedad de la embarcación y la sobrecarga —más de veinte personas en una embarcación para ocho— hacen que la balsa colapse. En un intento por liberar peso los tripulantes tiran el equipaje al mar. No es suficiente. Las grandes

olas empiezan a inundar la embarcación y el frío a congelar a sus tripulantes. Yusra, antigua integrante del equipo nacional de natación en Siria, se lanza al mar seguida por su hermana y otro tripulante. Con una cuerda empiezan a jalar la pesada barcaza antes de que el agua inunde los cuerpos como si fuesen cuencos. Se trata de un escenario en el que la vida se comunica con el propio cuerpo, con la experiencia vital, pero que trasciende el campo de la unicidad hacia lo colectivo. Mi propia sobrevivencia como sobrevivencia de la Humanidad. La lucha por la vida en un mundo común.

Ecos del hambre y cuerpos destrozados en medio del mar llegan hasta sus oídos, sombras de naufragios y gritos desesperados. Después de tres horas llegan a la costa de Lesbos. Toda la tripulación a salvo. Han sido sesenta millones de desplazados por crímenes de guerra. En 2015 menos de un millón consiguieron poner un pie en Europa, entre ellos Yusra Mardini y su familia.

El arte griego trató de dominar los gestos del dolor bajo la cortesía y el decoro. "La valentía activa de la primera edad áspera del mundo" que daba expresión al dolor y a la pena, de la que habla Lessing, sigue activa bajo ciertas epistemologías del arte contemporáneo. Abajo la calma, la monumental belleza de la naturaleza. Arriba la tormenta, el caos y un niño que yace muerto en la orilla del mar. El tema de la World Press Photo 2016 es la crisis de los refugiados. Muchas de estas imágenes representan el dolor humano, mientras otras son un susurro de esperanza: el nacimiento de la vida en la eternidad del mar. 

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ✈ Corradini, Luisa (2015), "El drama migratorio. Un triste récord", en *La Nación*, Argentina, sábado 19 de diciembre de 2015: <http://lanacion.com.ar>
- ✈ Didi-Huberman, George (2012), *Supervivencia de las luciérnagas*, Abada Editores, Madrid, 127 pp.
- ✈ *El País* (2016), "La guerra en Siria. Documentos de prensa", Madrid: http://elpais.com/tag/guerra_civil_siria/a
- ✈ Lessing, Gotthold Ephraim (2014) [1766], *Laocoonte. O sobre los límites de la pintura y la poesía*, Herder, 233 pp.
- ✈ Ves Losada, Alfredo (2016), "Nadó tres horas para escapar de la guerra", en *La Nación* [en línea], Miércoles 9 de marzo de 2016: <http://lanacion.com.ar>
- ✈ World Prees Photo (2016), Photo Contest "Nature", [en línea]: <http://worldpressphoto.org/collection/photo/2016>

► YURITZI BECERRIL TINOCO: Toluca, 1984. Estudió Sociología en la UAEMéx y en la EHESS, París. Fue directora editorial de la revista *Economía, Sociedad y Territorio* del Colegio Mexiquense. Realiza una investigación sobre las dramaturgias del cuerpo en el Posgrado de Estudios Visuales de la Facultad de Artes de la UAEMéx. Le interesa el *performance* como una forma de hilvanar relaciones entre el cuerpo, la cultura y la vida.



Familia, 2013, óleo sobre lino, 175x135 cm.

RAGA GARCIARTEAGA

EL EXILIO DE LA RAZÓN. LEONORA CARRINGTON Y REMEDIOS VARO EN MÉXICO

[ARTE]

Se ha aureolado a la locura como deseable para todo el que quiera ser un artista genial. Sin embargo, nada hay más apartado de la realidad que un loco, un loco de verdad. Y los artistas geniales que han sido visitados por la locura, lo fueron a pesar de ella y no gracias a ella. Tenemos múltiples testimonios de estos genios, como Vincent van Gogh, Edvard Munch, Leonora Carrington, Robert Walser, Antonin Artaud, Virginia Woolf, Vaslav Nijinsky, Salvador Dalí, por citar solamente algunos nombres. “Enfermedad, muerte y locura fueron los ángeles negros que velaron mi cuna, desde entonces me han perseguido durante toda mi vida”, afirmó el pintor Edvard Munch.

¿Habrá mayor exilio, mayor desarraigo, que el de la propia mente? El ser un desconocido en tu propia conciencia crea un desasosiego que

nadie realmente desea. El no poder controlar las voces internas, la paranoia de que eres perseguido todo el tiempo, la sensación de que habitan en ti múltiples seres que se adueñan de tu mente y de tu vida, todo eso solamente puede compararse a las imágenes y sufrimientos del infierno judeocristiano tan temido. A veces el suicidio es la única puerta segura para escapar de este infierno que no cesa de acosar a quien padece de esquizofrenia. Mi sobrino, Alex Winstanley, que tenía el don de la poesía y le habían diagnosticado esquizofrenia, puso fin a su vida tirándose de un puente, debido a la soledad y la desesperación tan grandes que lo sobrecogían después de varios años de sufrir esta enfermedad incurable.

La famosa pintora Leonora Carrington experimentó a los veinte años un caso de

¿Habrá mayor exilio, mayor desarraigo, que el de la propia mente?



esquizofrenia aguda, que según la mayoría de los psiquiatras actuales no tiene remedio, y menos aún se saben las causas que la producen. Se conjetura que la herencia, el medio ambiente, los alimentos, las drogas, infancias traumáticas y la violencia del medio social son algunos fermentos para desarrollar la locura.

Leonora siempre fue una rebelde. La expulsaban de todos los colegios y su padre, Lord Carrington, que pertenecía a la nobleza inglesa, nunca la comprendió. El encuentro que marcaría toda su vida fue el que tuvo con Max Ernst, del que se enamoró profundamente. Ernst era pintor, tenía cuarenta y siete años y ella solamente diecinueve. Él la introdujo en el movimiento surrealista y le dio el sobrenombre de “La novia del tiempo”, pero Leonora escribió acerca de los surrealistas: “Sólo nos querían como musas alocadas”.

Huyendo de la esposa de Max, van a Francia y compran una granja donde vivieron dedicados a su trabajo artístico hasta que el horror de la Segunda Guerra Mundial los alcanzó y los nazis arrestaron a Ernst. Leonora sufrió mucho y no sabía qué hacer. La gran hostilidad del pueblo la obligó a huir con unos amigos hacia España, donde entró en un *shock* nervioso. En realidad perdió el control de su mente y la internaron en un hospital psiquiátrico en Santander. *Memorias de abajo* es un libro que

hizo para exorcizar esa parte de su vida. En él nos narra su rompimiento mental, del que no se recuperó nunca plenamente, según el testimonio de su hijo Gabriel. En medio de su “locura” no dejó de tener el firme propósito de deshacerse de los personajes que habitaban su mente, y dice en este libro que sabía perfectamente que tenía que desterrarlos de su mente, empezando por la más grande y fuerte, que era ni más ni menos que la reina Isabel de Inglaterra. Afortunadamente un primo médico logra sacarla del hospital de Santander, donde le administraban unas inyecciones de cardiazol que hubieran acabado por freírle todo su cerebro, como escribe en este libro. Pero su padre le pone a una celadora con la intención de enviarla a Sudáfrica a otro hospital psiquiátrico.

A pesar de su enfermedad mental, Leonora reacciona y tiene un momento de lucidez, sabe con todo su ser que debe escapar a como dé lugar antes de que la vuelvan a encerrar en un hospital, y ahora sí para siempre. Casándose con Renato Leduc logra refugiarse en la Embajada mexicana, para luego huir hacia México en 1943. Una escena muy conmovedora de su vida es cuando encuentra “vivo” a Ernst antes de embarcarse hacia México, pero él ya está casado con Peggy Guggenheim. Se divorcia a los dos años de Leduc y conoce al que sería su esposo por sesenta y un años: el fotógrafo

Chiki Weisz, un verdadero sobreviviente que creció en un orfanato y escapó de un campo de concentración. Se convierte Chiki Weisz en la estabilidad fundamental para que ella pueda concentrarse en su pintura. Afirmaba con todo su ser que el arte no es algo que tú decides hacer, sino que es algo que “necesitas” hacer. Todos los testimonios de los que la conocieron dicen que era encantadora y que encontraba el tiempo para pintar entre sus múltiples actividades cotidianas. El ser madre de dos hijos,

Pablo y Gabriel, el tener un compañero que le da estabilidad y el amor necesarios, es todo lo que necesita para crear y darle la espalda a la locura, o al menos exorcizarla en sus pinturas. Pues como bien dijo el escritor Walser: “el ser humano sin amor está perdido”. La madre de Leonora hizo un viaje a México para conocer a sus nietos; pero a su padre no lo vuelve a ver jamás.

Leonora Carrington y Remedios Varo, otra pintora extraordinaria, son casi desconocidas



Sierra Madre, 2011, óleo sobre macoel, 40x51 cm.

En Estados Unidos la mitad
de la población toma Prozac
para combatir la depresión.
Como bien decía Remedios

Varo, quien padecía de
depresiones profundas y
terrores nocturnos: puedes ir
de aquí para allá, pero si tú
no estás bien, nada de lo que
te rodea lo estará.



en sus países de origen, Inglaterra y España respectivamente. Pero sus obras son valuadas en millones de dólares, y es en México en donde vivieron y realizaron su producción artística. Las unió una estrecha amistad que duró más de dos décadas, y eran como “hermanas espirituales”. Ambas tienen una obra pictórica realmente fascinante, y además nos dejaron escritos, cuentos, novela corta, textos sobre sus vidas y correspondencia. Estas dos pintoras no hubieran podido realizarse sin la valiosa ayuda de sus compañeros, y pertenecieron a la corriente artística denominada surrealismo, en donde no existe diferencia entre el mundo de los sueños y el de la razón aplicada, en donde se le da importancia a la exploración del subconsciente, a la incongruencia, a los mundos fantásticos, al dibujo automático,

a los arquetipos, al inconsciente colectivo. El surrealismo está repleto de alegorías, abstracciones, símbolos y objetos transformados. En fin, es una búsqueda del modelo interior frente al modelo exterior; el contenido latente frente al contenido manifiesto; mitos y espacios imaginarios.

Remedios Varo y Leonora toman a México como su verdadero hogar, y éste significó para las dos el país que las acogió y les dio un refugio seguro, un lugar para vivir plenamente y desarrollarse como artistas. En una carta dirigida desde París a Walter Gruen, su último compañero y promotor, Remedios escribe: “Hoy hace ocho días que salí (de México), ¡Dios mío!, qué deseos tengo de regresar, aunque ya no me siento tan mal, sin embargo veo que definitivamente he dejado de pertenecer a estas gentes (los surrealistas) y a estas cosas, que no me interesan gran cosa y que mi vida, no sólo material o sentimental sino también intelectual, está ahí, en esa tierra que sinceramente amo con todas sus fallas, defectos y calamidades”.

Remedios se casó legalmente dos veces. La primera vez con Lizárraga y luego con Benjamin Péret, del que nunca se divorció. Debido a esta relación entra en contacto con el mundo surrealista, conoce a André Bretón, Max Ernst, Joan Miró y a Leonora Carrington. Llega refugiada a México con Benjamin. Y cuando finaliza la Segunda Guerra Mundial, Benjamin regresa a Francia. No logra convencer a Remedios que lo acompañe y se separan definitivamente.

En los cuadros de Remedios observamos personajes que salen de las paredes, de las

sillas, de laberintos, y que nos muestran otras realidades. Esta pintora, a pesar de padecer constantemente de pesadillas, insomnios y sudores fríos, desea “perforar en la tierra una madriguera para esconderme allí dentro”. Remedios logra plasmar en sus cuadros plenos de luces y sombras seres que habitan sus propios mundos y nos muestran realidades invisibles, pero tanto o más reales que el mundo cotidiano que habitamos.

Remedios muere repentinamente de un paro cardíaco —a los cincuenta y cuatro años de edad— en brazos de su último compañero Walter Gruen y en plena producción artística. Walter Gruen se volvió a casar y con su pareja reunió y donó al Museo de Arte Moderno de la Ciudad de México una excelente colección de esta pintora surrealista.

En cambio, Leonora vivió hasta los noventa y cinco años, y al final de su vida realizó unas esculturas extraordinarias, basadas en los personajes de sus cuadros. Creo que estas monumentales esculturas son el sueño de muchos pintores: ver en la realidad cotidiana los personajes de tu imaginación, dar vida a esa ilusión llamada pintura. Aunque con los monstruos que se pintan ahora, sería mejor dejarlos donde están.

Cuando la gente le preguntaba por sus cuadros, lo qué significaban, cómo los había concebido, contestaba: “No intelectualices, pierdes el tiempo, nunca los entenderás por la razón, sino con tus sentimientos”. El mundo visual tiene otras maneras de expresarse. Decía que las imágenes llegaban, no podía decir de dónde, y que los personajes se subían solos al cuadro.

Estas dos pintoras lograron sacar luz de la oscuridad, hicieron de su exilio mental y espacial un triunfo. Y como María Zambrano, comenzaron “a cantar entre dientes por obedecer en la oscuridad absoluta que no había(n) hasta entonces conocido, la vieja canción del agua todavía no nacida”.

Casi todos los seres humanos, al menos una vez en la vida, padecen un brote psicótico que puede degenerar en locura si no es tratado a tiempo. En la mente del hombre yacen innumerables sombras, sobre todo en el inconsciente, ya sea individual o colectivo. Anidan en esas tinieblas monstruos que no podemos ignorar, sino conocer para trascenderlos. En algunas manifestaciones artísticas es como la Humanidad ha logrado exorcizarlos.

En Estados Unidos la mitad de la población toma Prozac para combatir la depresión. Como bien decía Remedios Varo, quien padecía de depresiones profundas y terrores nocturnos: puedes ir de aquí para allá, pero si tú no estás bien, nada de lo que te rodea lo estará. En México la esquizofrenia ocupa el quinto lugar en la escala de enfermedades mayor difundidas. Y según la Organización Mundial de la Salud, existen veintitún millones de esquizofrénicos en el mundo. Algún artista genial habrá entre estas enormes cifras, y será genial a pesar de su locura.

► RAGA GARCIA RTEAGA: CDMX, 1955. Estudió Diseño en la UAM y cursó la Licenciatura en Bellas Artes en el Instituto Allende de Guanajuato. Es pintora, ambientalista y promotora de la lectura. Sitio web: dajandras.com



Las Parcas, 2005, óleo sobre lino, 190x145 cm.

ANDRÉS COTA HIRIART

APUNTES SOBRE EL MONO MIGRANTE. MIS GENES Y EL GRAN ÉXODO DE LA HUMANIDAD

[BIOLOGÍA]

Abrí los resultados de mi examen genético con la premura y ansiedad correspondientes a la espera prolongada, tras muchas noches agitadas por la efervescencia de la duda. Finalmente tenía ante mí el documento que develaría la respuesta a la interrogante fundamental: ¿de dónde venimos? O, mejor dicho, ¿de dónde provenía yo realmente? Para los que nos abstenemos de secundar explicaciones metafísicas, la especie humana, como el resto de los seres vivos, es producto del mecanismo de prueba y error biológico—adaptación al entorno en función de mutaciones casuales ocurridas al interior de los genes—, es decir: de la poderosa evolución por medio de la selección natural. El consenso científico actual, basado en amplios estudios filogenéticos y sustentado por las evidencias fósiles más

recientes,¹ dice que nuestro mito fundacional se encuentra en África y data de hace aproximadamente trescientos mil años. Ciertamente es que este marco de tiempo podría cambiar a merced de posibles hallazgos futuros. A fin de cuentas el registro fósil es parcial y se encuentra oculto en los sustratos del planeta. Sin embargo, con respecto a la masa continental donde aconteció el amanecer del hombre no hay mayor misterio. Recordemos que no venimos del mono, somos monos, y como tales compartimos gran parte de nuestra historia evolutiva con el resto de los homínidos y grandes primates. Así que mis dudas no apuntaban al origen de nuestro grupo taxonómico, sino a cómo encajaba yo en éste. O, más específicamente, de qué manera se habían ido colocando las piezas del rompecabezas hereditario que desembocó en mi persona.

Estiremos el marco temporal lo suficiente y será claro que todos somos descendientes de migrantes. Cada uno de nosotros producto de la diáspora perpetua del hombre.



La manera de averiguarlo parecía, al menos en primera instancia, accesible: someter mi saliva al análisis clínico de ADN del denominado Proyecto genográfico.² Un ambicioso estudio internacional, a cargo del National Geographic, que desde el 2003 busca trazar el mapa global de las migraciones que ha emprendido nuestra especie a lo largo de su andar por el mundo. La idea de esta investigación —actualmente en pleno desarrollo y que se suma a otras iniciativas científicas similares— es que, a partir de las diferentes historias puntuales de quienes se suscriban al examen, es posible inferir principios unificadores para los distintos conjuntos que integran a la gran estirpe humana, hallando así ancestros comunes para tales grupos; y, de esta manera, una vez que se cuente con los suficientes participantes, conseguir revelar una radiografía completa y multitemporal de nuestra dispersión por el planeta. Un mantra científico que reza algo en el tono: tú historia, nuestra historia, la historia de la Humanidad. Según los datos de inscripción que habría de

descubrir cuando por fin conseguí hacerme la prueba, yo figuro como el participante número 831,251 en utilizar el *kit* GENO 2.0; pero a eso llegaremos más adelante.

Así pues, la enmienda se presentaba prometedora: valiéndose de ciertos marcadores genéticos, específicamente mutaciones en el cromosoma Y o variaciones sucedidas al interior de las mitocondrias, el diagnóstico seguiría los pasos de mi estirpe hacia atrás en el tiempo. Recapitulando los andares a través de la geografía no sólo de mis parientes inmediatos, sino de uno y cada uno de los sujetos que me precedieron en el árbol genealógico hasta sus raíces subsaharianas, cazando el tenue rastro dejado atrás por la evolución molecular, sería posible remontarse desde mi madre hasta la “Eva mitocondrial”, y desde mi padre hasta el “Adán cromosomal-Y”. La narración biológica inscrita en los ácidos nucleicos de las células de todo individuo; la gran novela química heredada y aumentada generación tras generación desde los amaneceres mismos del *Homo sapiens*: la saga de mis genes y su flujo a lo largo de la gran marcha de la Humanidad.

En juego estaba no sólo mi linaje directo, sino una fracción clave de todo nuestro grupo taxonómico. Entre otros aspectos relevantes, descubriría qué porción de mi material genético proviene del Hombre de Neandertal.

Dependiendo de qué tan interesado se esté en materia de identidad previa a la fecundación, cuántas horas se haya dedicado a hurgar en los huidizos registros civiles o qué tanta atención se preste a los relatos de los miembros más ancianos del clan, es probable que

se sepa quiénes fueron nuestros bisabuelos; posiblemente, incluso, se tenga noción sobre algunos de los tatarabuelos más emblemáticos, pero no mucho más. Recordemos que las ramas del árbol genealógico, vistas hacia el pasado, crecen de manera exponencial: contamos con dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos y así sucesivamente conforme más nos adentramos en las profundidades de la memoria y pisamos los inciertos terrenos de una época en que no existían los censos nacionales. No, la moción de arqueología autobiográfica no es una faena sencilla. Menos cuando metemos a la ecuación el carácter intrínseco que tenemos los humanos por migrar.

Nada más natural para el altamente adaptable mono consciente que desplazarse en pos de satisfacer sus necesidades primordiales. Es un rasgo inherente a nuestra especie migrar hacia todos los confines del globo terráqueo en búsqueda de mejorar las condiciones de vida. A excepción de aquellos apellidos que se fincaron tempranamente con títulos nobiliarios, la mayoría de familias no pasan más de un par de generaciones en el mismo lugar. Estiremos el marco temporal lo suficiente y será claro que todos somos descendientes de migrantes. Cada uno de nosotros producto de la diáspora perpetua del hombre. En el caso particular que acontece a este texto, mi familia paterna proviene de Sinaloa. Al menos hasta los recuentos que datan del siglo XVIII, los Cotas, Peñuelas, Sotos, Baldenebros y demás antecesores de mi persona eran oriundos de pequeñas rancherías enclavadas en la sierra

sinaloense (no obstante, los ojos claros de algunos de mis tíos evidencian que el linaje no es completamente endémico de aquellas latitudes).³ Mientras que, por mi lado materno, los Hiriart parecen haber brotado del País Vasco francés antes de que uno de mis tatarabuelos se afincara en Chihuahua, y los Urdanivias y Balderramas presentan historias semejantes de inmigración con leyendas de una tatarabuela cora o apache flotando por ahí.

Si es que el escritor Frank Bures está en lo correcto y sacamos sentido del mundo sólo a través de las narrativas que nos formulamos de éste, entonces complementar la historia personal tendría que ser motivo de curiosidad para toda persona cuerda. La penitencia no se lleva en el nombre sino en la carga genética. En *De animales a dioses* el historiador Yuval Noah Harari argumenta que fue justo nuestra capacidad de generar ficciones la que catalizó la revolución cognitiva que nos llevó a cimentar las bases para llegar hasta donde estamos, superando, o, mejor dicho, aniquilando, a los varios otros grupos de homínidos con los que



Es un rasgo inherente a nuestra especie migrar hacia todos los confines del globo terráqueo en búsqueda de mejorar las condiciones de vida.

compartimos el planeta durante buena parte de nuestra evolución.⁴ ¿Qué son la religión, el dinero y la política si no meras convenciones ficticias establecidas para generar coerción social? ¿Qué es la ciencia si no cuentos que pretenden explicar racionalmente los fenómenos que nos rodean? Curiosamente, por más adelantadas que sean, las inteligencias artificiales no atinan a comprender la coherencia causal que distingue a nuestras narraciones: esa lógica implícita que amalgama los acontecimientos con su catalizador y nos dice en qué sentido podrían ser relevantes para que la historia que se está contando venga a cuento en un momento dado.

El caso es que abrí los resultados de mi examen genético con desespero para encontrarme con los siguientes rubros: ancestría regional (abarca de hace 500 a 10,000 años), ancestría profunda (abarca de hace 1000 a 100,000 años) y ancestría homínida (de 50,000 años al pasado más remoto). Escrudiné el primer apartado para llevarme la primera sorpresa: la infografía arrojaba que, de acuerdo con los marcadores genéticos considerados, yo era 72% sureste europeo, 13% nativo americano, 6% asiático del este, 4% centro europeo, 3% judío y 2% centro africano.⁵

Mentiría si dijera que estos datos no ensombrecieron mi ánimo por un momento. Era de suponerse que, debido a la cruenta historia de la Conquista, durante la cual, según algunas fuentes, perecieron la gran mayoría de los pobladores originarios del Continente Americano,⁶ buena parte de mi material genético tendría que provenir del viejo mundo; pero

Complementar la historia personal tendría que ser motivo de curiosidad para toda persona cuerda.



el 72% me parecía definitivamente demasiado. Más si uno se inclina, como yo, a considerar que, al menos en lo que respecta a nuestro grupo filogenético, la teoría de Georges Buffon, que propone que las especies se van demeritando conforme se alejan de sus centros de origen, se perfila como acertada. No es que tenga algo en contra del hombre blanco, de hecho no tengo nada en contra de ninguna raza —al contrario, me profeso partidario a celebrar la relativa plasticidad del *bauplan* humano—, sin embargo, no se requiere contar con un alto grado de nociones zoológicas para constatar que en términos anatómicos estamos muy por debajo de nuestros parientes de tez oscura.

Lo cual, volviendo a mis resultados, constituye una especie de autogol al orgullo personal, siendo que, muy a mi pesar, cuento con una reminiscencia casi insignificante del 2% de genes africanos. Las moléculas no perdonan y no hay nada que se pueda hacer al respecto: imposible cambiar el pasado y convencer a los fantasmas pálidos de que tendrían que haber puesto mejor empeño a la hora de elegir parejas potenciales para engendrar descendencia. En todo caso, me alegra ese 13% nativo americano que aún fluye por mis venas y que comprueba

que las leyendas sobre aquella posible tatarabuela indígena son veraces.

Pero tampoco perdamos la dimensión de las cosas. A fin de cuentas las pequeñas sagas familiares únicamente tienen valor a los ojos de sus integrantes. Los individuos sólo importan para mantener el flujo de vida constante. Las tribus que conformamos son relevantes únicamente como una estrategia eficaz para defendernos de posibles depredadores y entregar los preciados genes a la siguiente generación y así perpetuar la especie. La realidad es que, los casi ocho billones de humanos que caminamos en este momento sobre la faz de la tierra, como lo ha mostrado el estudio referido, somos mucho más cercanos genéticamente hablando los unos a los otros de lo que podríamos creer. La verdadera diversidad se adquiere con el tiempo, y nosotros, con apenas trescientos mil años de existencia, integramos una especie sumamente joven, sin mencionar que estuvimos a punto de no lograrlo. Los motivos exactos aún se desconocen —pudieron deberse a las fluctuaciones en el clima—, pero en un momento cercano a la mitad de nuestro recorrido por el mundo peligramos con extinguirnos. Esto sucedió cuando nuestros antepasados tempranos aún no abandonaban la estepa africana. Debido al proceso se estima que la población total de *Homo sapiens* se limitó a apenas unos cuantos miles de representantes (fenómeno que se designa en biología como “efecto cuello de botella”), de los cuales todos descendemos.⁷

Claro que, para desgracia de la salud planetaria, no sólo perduramos (la mala hierba es difícil de erradicar), sino que, hace

aproximadamente sesenta mil años, conseguimos escapar del continente africano y dispersarnos trepidantemente por el mundo. Nos llevó poco más de doscientos mil años abandonar las estepas que nos vieron surgir. Pero una vez conseguido esto —en sólo una fracción de ese tiempo— alcanzamos todos los rincones de la orografía. Quizá, además de contar con el don de frotar un palo contra hierba seca y crear fuego, éste sea uno de los aspectos más remarcables de nuestra especie: la virtud de migrar y establecer poblaciones



Autorretrato como Rugendas, 2008,
óleo sobre lino, 150x100 cm.

en todos los confines del planeta. Cientos de miles de asentamientos que en el presente podrían sugerir un falso espejismo de variabilidad. Sin embargo, por mucho que nos guste ufanarnos de lo contrario, en realidad no somos tan distintos. Se trata de un problema de perspectiva. Para alguien que no consume refrescos, por ejemplo, la supuesta variedad de sabores que se ofertan en el mercado no son más que una repetición prácticamente imperceptible de la misma cosa: agua carbonatada mezclada con azúcar y colorantes. De manera semejante, vistos desde fuera, los humanos no somos más que una gran manada de primates balbuceantes indistinguibles entre sí. Un amasijo de carne, pelos y huesos, mamíferos con la particularidad de contar con un cerebro poderoso, lenguaje abstracto y una capacidad notable para perturbar el entorno. Simios migrantes, vanidosos y despiadados, obsesionados por trascender su propia finitud, pero condenados a no ser más que una nimiedad en el registro fósil. 

NOTAS

1. Fósiles encontrados recientemente en Marruecos sugieren que el origen del *Homo sapiens* pudo haber ocurrido desde hace trecientos mil años: <https://www.nytimes.com/2017/06/07/science/human-fossils-morocco.html?smid=fb-share>
2. Información sobre el Proyecto genográfico: <https://genographic.nationalgeographic.com>
3. Como bien fui capaz de constatar gracias a la exhaustiva labor investigativa de mi señor padre, quien se abocó a la compleja faena de armar el rompecabezas genealógico hasta donde fue posible.

4. Al menos durante sus primeros 130,000 años de existencia, el *Homo sapiens* compartió el planeta con, por lo menos, otros seis tipos de humanoides: neandertales, el pequeño hombre de Flores, el hombre de Denisova, *Homo erectus*, *H. heidelbergensis*, *H. naledi*. Con excepción de los neandertales, aún es motivo de especulación si sucedieron hibridaciones entre los distintos grupos y el nuestro. Y en caso de que así fuera, ¿qué tan significativa resultaría ser ésta para la variante moderna del *Homo sapiens*?

5. Para los contados lectores que el asunto probara ser de más interés que estas páginas, aquí un resumen ilustrado de todos mis resultados: <https://genographic.nationalgeographic.com/results/infographic>

6. Un estudio reciente determinó que una brutal epidemia de salmonella pudo haber aniquilado hasta el 80% de los indígenas mexicanos durante el primer siglo de la Conquista: http://www.nature.com/news/collapse-of-aztec-society-linked-to-catastrophic-salmonella-outbreak-1.21485?WT.mc_id=TWT_NatureNews

7. Hace aproximadamente 150,000 años la población humana se separó en dos grandes grupos. Uno localizado en el sur, y el otro, en el norte de África. No es claro debido a qué razones, pero se estima que poco después los números de ambos grupos se redujeron drásticamente hasta que no quedaron más de un par de centenas totales en cada uno: http://news.nationalgeographic.com/news/2008/04/080424-humans-extinct_2.html

► ANDRÉS COTA HIRIART: CDMX, 1982. Biólogo por la UNAM y maestro en Comunicación de la Ciencia, Imperial College Londres. Autor de los ensayos *Faunologías* (Festina, 2015) y *El ajolote* (Elefanta/Secretaría de Cultura, 2016). Sus textos han aparecido en *Nexos*, *Animal*, *VICE* y *Pijamasurf*, y preside la Sociedad de Científicos Anónimos.

XAVI ALONGINA

TÍBET, UN EXILIO SINGULAR

[RELIGIÓN]

La invasión china del Tíbet en 1959 produjo la primera gran oleada de exilados tibetanos hacia la India y Nepal. Los exiliados seguían los pasos del XIV Dalái Lama. En dos años unos ochenta mil tibetanos cruzaron los altísimos collados del Himalaya para huir del Ejército Popular Chino, que siguió a muchas de las partidas de exilados para retenerlas o incluso eliminarlas. Las difíciles condiciones de la travesía hicieron el resto, y muchos nunca llegaron a la India. La travesía, que en las mejores condiciones podía durar dos meses, se extendía hasta un año cuando las partidas tenían que dar tremendos rodeos para evitar un puesto militar, una aldea de la que no tenían información y caminos intransitables por las condiciones climáticas.

Como los que tienen que huir de su país abandonando todo —pudiendo llevar consigo sólo lo esencial y valioso que poseyeran—, los tibetanos tuvieron que enfrentar innumerables problemas y dificultades. Los cambios de alimentación, el clima, la lengua, los hábitos y costumbres del país de acogida. En el caso de los tibetanos acostumbrados a vivir a más de cuatro mil metros de altura, el tenerse que aclimatar a las zonas tropicales húmedas del norte de la India les hizo estragos. Muchos enfermaron de tuberculosis, tensión arterial alta y diabetes. Muchos tibetanos de la primera ola de exilados sufrieron esos estragos durante toda su vida.

Los exilados presentían que por su situación religiosa o cultural serían los que sufrirían las represalias chinas, algo que la Revolución

Cultural propulsará y que producirá la segunda diáspora a partir de los 80, una vez que China abrió el Tíbet a los extranjeros, a los más de ciento cincuenta mil exilados en la India en el censo de 2009. Cientos de monasterios fueron destruidos; la práctica de la religión fue prohibida. Una foto del Dalái Lama podía representar la cárcel durante varios años.

Debemos tener en cuenta que en el Tíbet de 1959 existían más de seis mil monasterios, todos relacionados y organizados alrededor de comunidades más o menos grandes. Entrar en un monasterio era lo habitual para al menos un miembro de cada familia. Aunque había monasterios para monjas, la mayoría era para hombres. Los monasterios del Tíbet, a diferencia de los monasterios occidentales, eran verdaderos centros de saber, donde se enseñaban las artes de la lógica, el pensamiento filosófico, el arte de la contemplación del budismo mahayana. También se adiestraba a los monjes en las artes: como la pintura de tangkas (hiperrealismo místico), la escultura (y el uso de materiales para la fundición), el diseño de mándalas (un arte típicamente tibetano) y la medicina tibetana con una farmacopea amplísima.

Los exilados tibetanos en India, un país con una enorme problemática de superpoblación,

ha permitido a los tibetanos restablecer sus monasterios y programas de estudios, además de sus tradiciones culturales y su importante tradición médica. Pocos grupos de exilados en la Historia han sido capaces de reestructurar sus tradiciones en el exilio como los tibetanos. Es más, desde la India, Nepal y Bután, los tibetanos se han extendido por todo el mundo. Hay pocas ciudades en el mundo, especialmente en Europa y E.E.UU., pero también en América Latina, así como en Australia y Asia, donde no hay un centro budista tibetano con un maestro tibetano, lama que imparte clases no a los tibetanos sino a los ciudadanos. Esto es posible en ciudades como Ciudad de México, Madrid, Portland, Kuala Lumpur o Hong Kong. Eso es algo que ninguna otra comunidad exilada ha sido capaz de hacer. Los exilados de otras comunidades se han ocupado de sus propios grupos étnicos y se han mantenido muy centrados en su cultura. Los tibetanos han conseguido usar su exilio para poder dar a conocer su enorme tradición cultural basada en un budismo auténtico. Éste está teniendo una gran aceptación en todo el mundo. Además de integrarse totalmente a sus nuevas culturas sin perder el sano orgullo de su tradición y espiritualidad.

A todo esto ha ayudado mucho el XIV Dalái Lama, considerado un hombre de paz,



Cuando hablamos de la diáspora tibetana tenemos que pensar que miles de ellos eran maestros altamente cualificados.



La Edad de Oro, 2007, óleo sobre lino, 145x190 cm.

dispuesto al diálogo, autor de innumerables libros tanto para el gran público como para los eruditos. En sus visitas a Occidente consigue reunir audiencias sólo comparables a las de las estrellas de rock o a las de los eventos deportivos, ya sean en París, en Barcelona, Nueva York o en una pequeña aldea de la India, donde el pasado enero se congregó una multitud de más de doscientas mil personas para estar durante doce días participando en la iniciación de Kalachakra. Una actividad que no es para corazones débiles, con horarios de cuatro a cinco horas sentados en el suelo para escuchar y seguir las enseñanzas e instrucciones

del Buda, y participar en una ceremonia de alto contenido místico que exige concentración, convicción y mucho ardor. Kalachakra, una de las enseñanzas más esotéricas del budismo tántrico, educa sobre el cultivo de la mente. Sobre todo en la transformación de la mente ordinaria en una mente iluminada por medio del ritual, la visualización, la recitación de mantras y el gran reto de verse a uno mismo no como un hombre o una mujer, sino como el mismo Kalachakra, el arquetipo de la mente despierta e iluminada.

No sólo ha sido el trabajo del Dalái Lama, se debe también a cientos de maestros de renombre

y saber que han trabajado en la misma dirección. La existencia de tantos lamas cualificados, con un dominio del lenguaje cercano a la oratoria, con años de estudio auestas, significa que su mensaje ha estado basado en el amor y la compasión, y en el considerar a los demás como lo más importante. Esto es algo que se puede sentir cuando los conoces. Su cultura tiene elementos de solidaridad y hermandad. Éstos son la piedra angular de su pensamiento. Es muy fácil convivir con ellos.

Uno de estos exilados, mi maestro Lama Thubten Yeshe (1935-1984), nos dijo en cierta ocasión que él agradecía que los chinos lo hicieran salir de su “nido tibetano” y lo forzarán al exilio. Así dio a conocer la cultura tibetana, que había permanecido totalmente aislada del mundo durante más de mil años. *La educación y huida del Tibet* de este gran maestro es ideal para entender la razón del exilio y sus motivaciones.

Los tibetanos están ahí para quedarse. Los centros budistas que han crecido alrededor de alguno de estos maestros exilados llevan en marcha veinte o treinta años activos, y raramente alguno ha tenido que cerrar. Su mensaje no es una moda. Cuando hablamos de la diáspora tibetana tenemos que pensar que miles de ellos eran maestros altamente cualificados. En la actualidad pocos de ellos quedan ya. Pero una nueva generación de lamas entrenados en la India está relevando a los gueshes, tulkus y grandes lamas que salieron del Tíbet.

En este caso podríamos decir, como de los refugiados en un país, que siempre hay algo nuevo, algo bueno que llega. Sin duda

también puede llegar algo malo, pero eso queda sobradamente compensado por lo bueno. Me atrevería a decir que los exilados tibetanos han sido capaces de defender su cultura religiosa. Aportan cosas especiales ahí a donde llegan. Así es como deberíamos considerar a todos los inmigrantes, aunque no lleguen con las cualidades de los tibetanos. Todos ayudarán a enriquecer la nueva cultura.

Los tibetanos en la India todavía están luchando para obtener todos sus derechos de refugiados. La India ha dado una lección de humanidad acogiendo y permitiendo la libre expresión tanto de su vitalidad como de su cultura. En esta época buscamos chivos expiatorios para todo. Los inconvenientes mal corregidos de las democracias se están mostrando en todas partes. Los inmigrantes se llevan la peor parte. Ellos son el dardo perfecto para desviar la atención de los verdaderos problemas de nuestros sistemas de gobernanza y distribución de la riqueza. Quizá el ejemplo de la buena integración de los tibetanos en sus países de acogida pueda servir para ver cómo la aportación de aquellos que son distintos a nosotros es muy valiosa, y debe ser tomada en cuenta para mejorar la convivencia entre todos. ✨

► XAVI ALONGINA: La Garrotxa, Girona, 1952-Novelda, 2017. Maestro de yoga y meditación, buscador y viajero, realizó su primer viaje a la India por tierra en 1971, para volver de nuevo en 1973. Traductor de una docena de obras sobre budismo, y fue fundador y director de Ediciones Dharma. Escribió su autobiografía *Las 108 miradas, del lado de afuera y del lado de adentro*.

JOSÉ ALIAS

MIGRACIONES Y OTROS DESPLAZAMIENTOS

[CRÓNICA]

Los peregrinos medievales recorrían el Camino de Santiago siguiendo el curso de las estrellas. Y ese fue también el sueño de los pioneros cuando cruzaron los mares. Llevaban en su memoria: oscuridades, injusticias, ideales, promesas, esperanzas y el recuerdo doliente de los sueños difíciles. Emigraban, llevando a sus hijos en brazos. Pero escondían en su corazón el tesoro que acompaña siempre a los peregrinos y emigrantes: una fe poderosa.

I'm the son of the dream, Mauricio Wiesenthal

Lo mejor de viajar en avión es sentarse junto a la ventana y mirar las nubes ahí abajo semejando mares de algodón; parecen detenidas en algún lugar y tiempo sin medida. Pero atención, como dijo Kafka, el piel roja, esto también es pura apariencia. El movimiento como parte y base indispensable de la

existencia permite que las acciones se concreten y se dispersen, que sucedan.

Aún más altos, los satélites dibujan con sus ojos en las pantallas —que nos invaden por doquier— los caminos que los animales recorren cada temporada para llegar a los pastos, al agua dadora y conservadora de vida. Unas sendas —entre otras, de las múltiples y cotidianas— diseminadas por el planeta y sus cielos. Se hace camino al andar, al volar, al recorrer los mares y los amores. Por desgracia los odios hacen que ese caminar se convierta en huida, ya sea en solitario o en grupo, agarrando al descuido para sobrevivir las pertenencias que en su ceguera deja la rapiña. Atropellados por el terror de un mundo insolidario y cruel, esta necesidad casi imparable se convierte en una obligación sin límite y hasta que el cuerpo

aguante, mientras que la mente no estalle de desesperación entre esos ojos vueltos hacia el cielo preguntando por respuestas que son silencio, vacío, nada, infinita tristeza.

Tal vez todo empezó cuando alguien encontró un valle fértil regado por un río claro y decidió quedarse allí. Imaginaron que el valle sería un buen lugar para asentarse y echar raíces; el polvo del camino empezó a caerse de la piel, los pies podrían descansar, el grupo cobijarse en refugios duraderos. El espejismo de la seguridad, como un rayo poderoso, partió la mente del hombre, y la codicia de las posesiones, que ya estaba sembrada en el corazón sedentario, se extendió a los caminantes que descubrían lo que otros tenían. “¿Por qué no yo?”, se dijo el visitante, y comenzó la lucha.

Continuamos añorando robots casi humanos que nos devuelvan la esencia que los más cavernícolas intentan ahogar sin descanso desde el comienzo de la Historia. La que empieza con la invención del fuego y la rueda va transformando a una especie trashumante, flexible, adaptable, y la va asentando en comunidades que se vuelven cada vez más complejas, en las que los más fuertes esclavizan o subyugan al resto. Por ejemplo, en Europa se libraron dos guerras mundiales en pleno siglo XX y acoge migrantes africanos, asiáticos, centro o sudamericanos que, impelidos por la necesidad, se arraciman en camas de alquiler cuando no en pasillos. Ahí se estiran por unas horas e intentan recuperar fuerzas para volver al trabajo, si lo tienen, o a la calle para seguir el juego del zigzaguo por esquinas y plazas extrañas, llenas de otros como ellos. Desheredados del

paraíso que creyeron encontrarían aquí, éste se desdibuja de golpe entre salarios de hambre a falta de otra cosa. La oferta es mezquina; la globalización así lo exige. Ni un hueco para asomarse a la posibilidad de una cultura que, si bien desgastada, ha alimentado filosofías y artes diversas durante siglos. La vieja Europa se queja en sus achaques de que los inmigrantes no se integran, pero no les da la oportunidad de que conozcan otra cosa que no sea la supervivencia extrema y el desprecio de la mayoría de los ciudadanos.

Migrar, ¿hacia dónde? Todos los caminos están abiertos; la mayoría de las mentes cerradas. Desde mi balcón veo a un hombre acercarse a una mujer que va a subir a un coche. Ella no parece hacer mucho caso a algo que él murmura con calma al otro lado del vehículo, desde la acera. El hombre es negro, alto, viste un tipo de ropa que no se corresponde con su presencia. Seguro, pienso, en su lugar de origen vestía de otra manera y hablaría otro idioma, el materno. No sé cuál es el que emplea en este momento, supongo que el de aquí; los cristales no me permiten escuchar. Ahora la mujer se aleja en el vehículo. Él cruza de acera, conserva la distancia con otro hombre que se acerca y susurra de nuevo, parece pedir algo. El gesto de su mano es inequívoco y se disuelve en el aire. Los viandantes tienen prisa y no se detienen. Nadie le da nada. Cada quien sigue su camino, esquivando al hombre, balbuciendo alguna frase hecha o eludiéndole sin más. La noche va cayendo sobre la ciudad y se traga al invisible, que tendrá suerte si sobrevive un poco más, una temporada, otro día.

Esta obligación de tener que vivir en lugares desconocidos, ajenos y alejados del corazón cercano y los vecinos de toda la vida, es una desgracia para los desplazados. Incluso algunas personas de los países a los que llegan quieran ayudarles, colaborar e intentar mitigar ese desgarramiento. Si hay suerte conseguirán establecerse, adaptándose lo mejor posible a unas leyes y costumbres que, antes o después, harán estallar su vida migrante en pedazos. Su existencia cotidiana tal vez se verá arrastrada por la de sus hijos, que empezarán a recibir el precio de la (in)diferencia, seguramente en el colegio. Siempre hay algún niño mal informado o de carácter difícil que intentará hacerles la vida imposible por el color de su piel, por su forma de hablar, su religión, por sus costumbres desiguales al relacionarse.

La cuestión es, salvo sea el anglicismo, que estos asuntos en movimiento o quietud son



Lo denominado mundo, sociedad, está compuesto por una rica diversidad de gentes y otras especies, y si no comprendemos que lo que haces a otro te lo haces a ti, el futuro, que es ahora, se nos escapará una y otra vez, como agua entre los dedos.

difíciles de superar, ya que una de las múltiples posibilidades de elección en la mente de los seres conscientes es la capacidad de destrucción —sin duda más fácil que la de creación—, que se lleva todo por delante sin importar las consecuencias que acarrea semejante pensamiento y acción: la eliminación sistemática del hábitat natural, el dolor y sufrimiento de los otros, que finalmente será el de los que lo generan. No por la Ley del Talión, sino por la ley natural de causa y efecto, que no entiende de opresores u oprimidos. La acumulación de poder y riqueza, estilo rey Midas, parece que no cesará hasta que la última brizna de hierba haya sido arrasada. Es una falta de comprensión que sólo se hará innegable al evidenciarse que el dinero, el oro o el petróleo no se comen. Hay un cáncer que va devorando la convivencia y los mínimos restos de humanismo en una Humanidad seducida, a su vez, por ese poder del lado oscuro al que asiste y apoya desde pantallas negras sin proyección alguna, a pesar de que quieran hacernos creer que son interactivas.

Así las cosas. No es que las migraciones sean necesarias, son imprescindibles cuando no hay más que una huida hacia adelante o hacia la muerte que, no olvidemos, nos llegará a todos de un manera u otra en donde nos encontremos. Pero hay que intentarlo, nos decimos tratando de hallar una esperanza. Los peregrinos y los migrantes de los que habla Wiesenthal, en la cita que da inicio a este artículo, no tienen nada que ver con los actuales. Aunque también partieran de una causa imposible de seguir soportando, ya que en ellos, al menos,



Alegoría de la bandera, 2004, óleo sobre lino, 145x190 cm.

había fe en la confianza de poder asentarse en otro territorio adaptándose a las circunstancias del nuevo lugar, y así seguir desarrollando su vida. La diferencia es que ahora los migrantes ya no emigran, huyen; y lo hacen de la locura. Intentan llegar a un lugar donde habite un mínimo de cordura. Pero cuando llegan al refugio, al cobijo, a la posibilidad de sensatez, se encuentran con que la locura ya no tiene fronteras. Aunque los que la siguen imponiendo a sangre y fuego, dentro y fuera, se justifiquen diciendo que sí, que lo importante es la patria, que los de tal han de ser talistas por encima de todo y los de cual, los cualistas, son los enemigos.

Lo denominado mundo, sociedad, está compuesto por una rica diversidad de gentes y otras especies, y si no comprendemos que lo que haces a otro te lo haces a ti, el futuro, que es

ahora, se nos escapará una y otra vez como agua entre los dedos. No sé, resbaladizo terreno el de las relaciones humanas. Dejo esta reflexión final, que para algunos será un espejo, una luz; para los descerebrados un idioma raro, desconocido; y para otros un *koan*, una luz distante, un faro en la lejanía. “Cuando piense en un prisionero que ha sido condenado... imagine que se trata de usted”, dice Patrul Rimpoche en *A Guide to The Words of My Perfect Teacher*. Todo está escrito; nada está escrito.

► JOSÉ ALIAS: La Nava, Sierra de Gredos, 1959. Actor, dibujante, fotógrafo, escritor y poeta. Ha publicado *India —el viaje—*, imaginario fotográfico alrededor de un poema, y *Tres décadas. Tres poemarios*. 33 fotografías, en edición bilingüe en español e inglés.

VIRIDIANA GARCÍA CHOY

LO QUE QUEDA, CRÓNICA DE UNA BÚSQUEDA

[CRÓNICA]

En un par de años he visto con sorpresa que tres personas que conocía han muerto: una compañera de trabajo se accidentó en una motocicleta, uno de mis ex caseros fue asesinado por su propia pareja, y Barb, mi vecina a la que le negué varias veces dinero porque cada semana me pedía para comprar cigarros. Me dolió cuando supe que no había superado una cirugía ambulatoria. Mi más mínimo sentido de vergüenza me hace pensar que si le hubiera seguido dando dinero, al igual que ahora, me seguiría reprochando por haberla ayudado a morir.

Dejé de fumar cuando me fui de mi país. En la ruta que va a los comercios no hay aceras para caminar, pero se han hecho caminos con el andar de las bicicletas y los peatones

que van a trabajar a la zona. La ruta está contaminada de colillas de cigarros. Unos fuman, otros beben, otro más se drogan, otros somos bebedores sociales, y otros más son discretos con sus manías y vicios. Barb, a pesar de los seis meses de frío que pasábamos al año, salía en la mañana a fumar al aire libre. Mientras paseaba a su perro fumaba, en la noche fumaba. Fueron muy pocas las veces que no la vi fumando. En los lugares de trabajo es común ver a las personas dedicar unos cuantos minutos para salir a fumar. Yo dejé de fumar por razones prácticas: me enfermaba de gripe varias veces al año. Eso aquí implica no ir a trabajar dos días, y conseguir un antibiótico potente requiere identificación y tiene un precio alto. Si no tienes seguro médico el gobierno te multa,

y si tienes seguro médico prefieres no ir a una cita por cosas menores. Nunca se sabe si por ello te mandarán una cuenta de unos cuantos cientos de dólares.

Durante la semana trabajo en cuatro lugares distintos. En el verano prefiero los trabajos físicos, ya que me he puesto como meta respirar aire puro en los cuatro escasos meses que es posible, dejar que el sol y el calor entren en todo mi cuerpo; evito aires acondicionados y lugares cerrados; permanezco moviendo el cuerpo para deshacerme de la grasa acumulada del invierno. En enero es necesario subir de peso, comer cada dos o tres horas es lo más útil para evitar el frío en el cuerpo.

En cada trabajo que elijo me rodeo de gente que me agrada, porque la jornada laboral tiene que ser también un lugar para socializar. Hace unos días pasé a ver a una de mis tías a la ciudad, ella trabaja setenta y dos horas a la semana en un restaurante coreano, no declara impuestos, su paga aunque parece un dineral ante los ojos de los que venimos de otro país, es totalmente injusta. Nadie en su sano juicio conociendo las leyes de este país podría trabajar setenta y dos horas a la semana y ganar tan poco.

Desde que tengo una residencia legal (aun siendo casada) he recibido más propuestas de matrimonio que en mis mejores años de soltera. Me ofrecen dinero y antes de conocer la cantidad me niego a tocar el tema. Cada vez que voy a casa llevo encargos. Algunos amigos me piden que lleve a sus hijos a ver a sus familias a sus pueblos, pero ellos no quieren ir, su español es torpe, su mundo es otro y sus familiares

son sólo los fantasmas de sus padres. Aunque sus rostros jóvenes son bastante originarios, ellos ya no pertenecen al otro lado del muro.

No tengo muchas amigas y las pocas que tengo siempre están trabajando. Insisto, obligo mi presencia en sus casas, me autoinvito a comer, me ofrezco a darles *ride*, les vendo cualquier cosa con tal de obligarlas a que me llamen para pagarme. En una ocasión hicimos un viaje de tres horas, tan sólo para ir a comer tacos al pueblo más cercano, donde hay más gente como nosotros. Extrañamos las ciudades de los bordes entre un país y otro, pero lo mejor es alejarse: hay demasiados queriendo trabajo. Es mejor buscar comunidades pequeñas, como en la que vivimos, en la que nadie nos molesta, en donde tenemos trabajo todo el año a pesar del clima.

La gente que habla el mismo idioma que yo, cuando escucha mi acento en inglés reconoce mi origen, los que no, constantemente asumen que soy asiática, parece broma, pero no lo es. Una mujer filipina en una parada de autobús se me acercó para preguntarme si yo también era filipina. Una y otra vez la broma se ha repetido con esa “otra nacionalidad”, hasta que dejó de ser broma para convertirse en un tema que me ha hecho retomar el hilo histórico que todos tenemos como migrantes en el planeta.

Doña Amparo murió en la Ciudad de México, llegó ahí debido a que una de sus hijas necesitaba atención médica. Lo poco que sé es que ella era originaria de un pueblo de la costa oaxaqueña, de donde salió hacia la capital del estado. Nunca conocí su historia. Uno de



Noche de brujas, 2002, óleo sobre lino, 225x225 cm.

mis tíos me dijo que ella hablaba zapoteco y supongo que en algún punto de su transición del pueblo a la ciudad dejó de hablarlo por vergüenza. Poco antes de que muriera le pregunté si hablaba zapoteco, ella buscó la forma de no contestar. Era mi abuela y el único lazo conocido de mi lado paterno.

A inicios del siglo XX, un grupo de chinos llegó al Istmo de Tehuantepec para construir

el ferrocarril. En ese entonces los primeros emigrantes comenzaron el trazo de un puerto y compraron varias tierras en lo que hoy es el centro de Salina Cruz, Oaxaca, entre ellos mi tatarabuelo. Él las heredó a uno de sus hijos nacidos en China, quien volvió a México poco antes de la llegada de Mao al poder. Desde que recuerdo, mi familia siempre ha sentido un orgullo exacerbado por ser de origen chino.

Se habla de construir otro muro, que nosotros lo pagaremos; sin embargo, ese muro ya existe y está construido a base de desigualdad, y no de discursos con lugares comunes.



Lo único que queda de esos orígenes que mi familia se vanagloria son nuestros ojos rasgados y un apellido poco común.

Hace un par de años yo también comencé mi tránsito de un país a otro. Salí de Oaxaca a Estados Unidos. Casi todos los mexicanos que conozco somos del mismo estado; es lamentable por un lado, porque eso habla de las pocas oportunidades de trabajo en nuestro lugar de origen, pero también es reconfortante porque cada vez que los oaxaqueños nos juntamos somos fiesta, comida y comunidad.

Constantemente me hago la misma pregunta, ¿para qué he venido?, especialmente cuando me excedo trabajando en esos cinco o seis trabajos que acepto por temporadas, y que aparentemente no me retribuyen ni espiritual, ni de manera creativa. De vez en cuando reflexiono y llego a la conclusión de que es sólo una desesperación y un ritmo azotado que traigo de muchos extenuantes trabajos

de mi ciudad natal. Así somos los mexicanos. Algunos de mis conocidos trabajan diariamente muchas más horas que yo, mandan puntuales su mesada porque sus hijos están estudiando, porque su familia depende de ellos. “¿Para qué has venido?” Por lo menos ellos saben a qué. Sólo es una pregunta insoportable que musito en voz baja, que no le digo a nadie y que reconozco especialmente cuando vuelvo a casa y veo que las cosas ya no son las mismas, pero todo en esencia sigue igual.

Se dice que la tecnología ha acortado distancias y abaratado la comunicación, pero las ausencias siguen siendo ausencias. El lugar al que pertenecía se ha acostumbrado a mi ausencia, un lugar que en mis sueños me perturba y en el que insisto en permanecer.

Migrar no es cosa nueva, no es el título de este texto, no es un muro que en un par de décadas tendrá que caerse, como todos los muros que se han caído en la Historia, especialmente porque las personas de diferentes culturas tendrán que aprender a convivir y a mezclarse para preservar lo mejor de sí.

Se habla de construir otro muro, que nosotros lo pagaremos; sin embargo, ese muro ya existe y está construido a base de desigualdad, y no de discursos con lugares comunes, sino por el de residencia legal o indocumentada, que decide quién se tiene que ir o quedar. Los que nos quedamos, sea cual sea nuestro estatus migratorio, sostenemos lo que queda de país; buscamos la manera de permanecer sin importar el discurso de odio. Es triste reconocerlo, pero la barbarie está del otro lado y haremos todo lo posible por no regresar.

UNA ENTREVISTA NO HECHA

A Valeria Luiselli le gusta fumar, lo repite una y otra vez en sus ensayos. Lo releo una y otra vez en las entrevistas que se enfocan en su vida personal en las revistas. He pensado en unas cuantas preguntas para ella. Luiselli ha sido una migrante casi toda su vida, y parece recuperar su identidad mexicana al escribir en español sus primeros libros.

Intenté contactarla, ya que vivimos en el mismo estado. Ella en el Harlem y yo en una comunidad recóndita Upstate en Nueva York. Supongo que mi fracaso en contactarla se debió, en parte, a que las redes sociales mexicanas estallaron contra ella por un comentario en su columna del periódico *El País*: “Todas las mujeres brillantes que conozco han tenido que remplazar el libre ejercicio del pensamiento complejo por el aburrido derecho a salir a la calle con caratulas”. Quizá por las críticas recibidas no quiso atenderme.

El 21 de enero de 2017 los medios mencionaron que la Marcha de las Mujeres había superado en número al de la toma de posesión del nuevo presidente el día anterior. Es curioso, pero Luiselli asistió a esa marcha. En su columna no olvida mencionar que la conductora del tren en el que se dirigía usó el altavoz para decirles a las pasajeras lo orgullosa que se sentía de conducir el tren en ese momento. Si hubiera existido la entrevista, le hubiera preguntado sobre ese “aburrido derecho” que suena tan divertido.

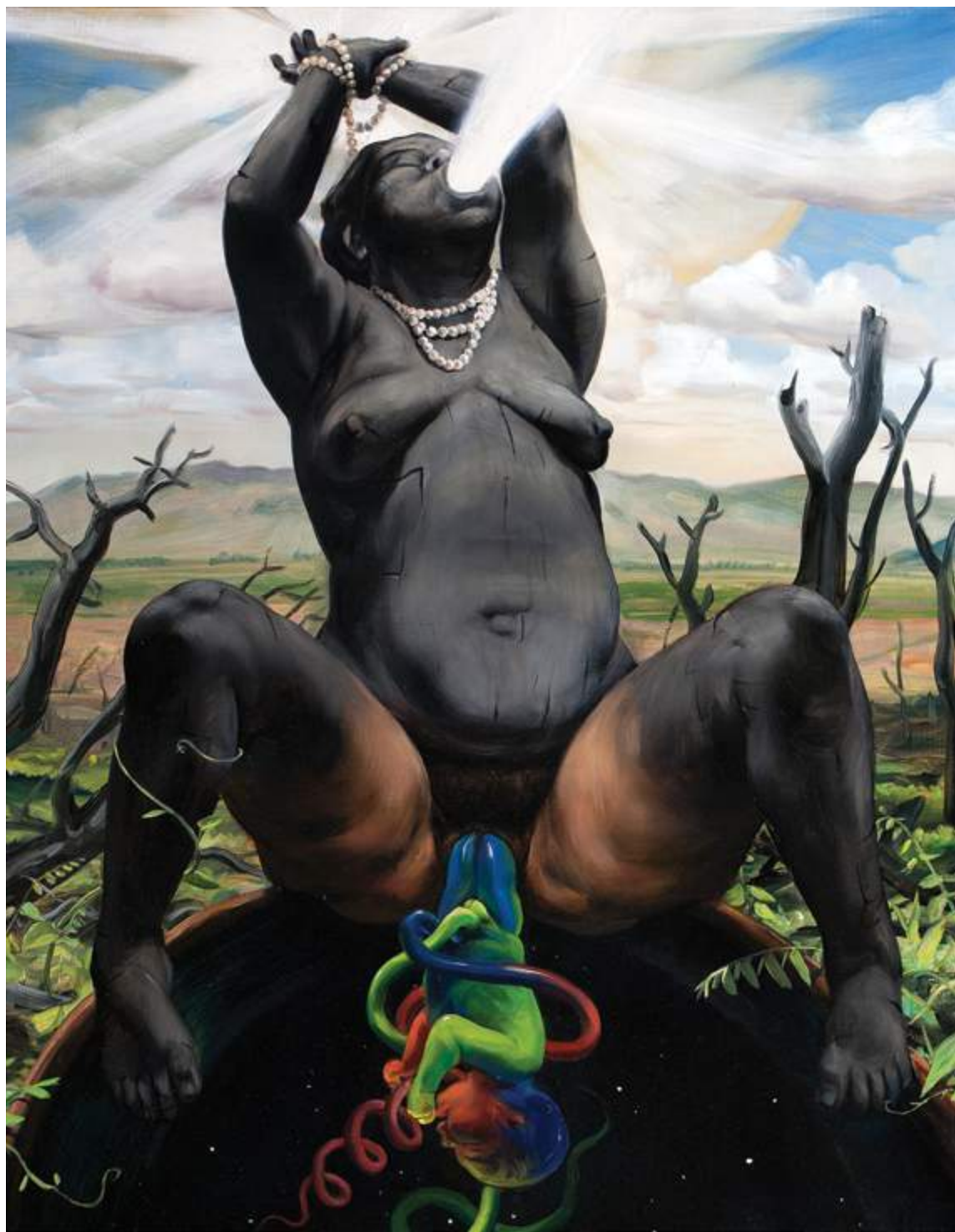
En 2016 Luiselli publicó *Niños perdidos*, y en el libro ocurre algo que yo, como inmigrante,

valoro, y es que el discurso pasa a ser acción. No es sólo un ensayo, ya que se hace poderoso cuando invita a salir de las letras y se transforma en un proyecto concreto. Luiselli, ante una estancia legal incierta en Estados Unidos, se hizo traductora de menores indocumentados en 2014. El resultado lo tenemos en *Niños perdidos*, un libro que en tiempos de Trump y de países azotados por la violencia lo escribe una mujer, madre, fundadora y voluntaria de una organización creada por estudiantes: la TIA.

El tema para mí también es bastante personal y necesario. Yo llegué a una comunidad en el estado de Nueva York en 2014. Mi situación fue incierta por unos meses cuando tramitaba mi estancia legal. El estrés me consumía por no tener un permiso de trabajo. Desde la primera vez que vine como estudiante de intercambio había descubierto que permanecer con un estatus indocumentado de este lado no valía la pena.

Yo insistiría en preguntarle: ¿para qué ha venido a este país? Es una pregunta quizá estúpida, lo sé. Es una respuesta de aliento corto, una incógnita que todos los que migramos nos hacemos, que insiste en recordar un tema que no es nuevo, que no debe ser visto sólo como un viaje siniestro, sino como un paso necesario que cualquier cultura o cualquier comunidad a lo largo del tiempo debe afrontar para evolucionar y trascender.

► VIRIDIANA GARCÍA CHOY: Oaxaca, 1983. Estudió Ciencias de la Comunicación. Es colaboradora de la revista *Avispero* y actualmente reside y estudia en Nueva York.



Filtro de carbón, 2012, óleo sobre madera, 100x80 cm.

GUILLERMO DE LA MORA

MEDITERRACIONES. DIVAGACIONES DE UN ESPECTADOR

[CRÓNICA]

Nací lejos del Mediterráneo. Antes de la veintena me parecía un lugar mítico, habitado por personajes de un pasado complejo y glorioso. Egipcios, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, judíos, árabes y bereberes compartían un mar doméstico en el que se rotaban poderío y decadencia. A manera de compensación por esta lejanía geográfica, decidí explorarlo cartográfica y literariamente, hasta que gracias a una insospechada fortuna pude bañarme en sus aguas, zarpar en sus puertos, atravesar sus lindes con asiduidad y considerarlo un hogar adoptivo.

La primera vez que tuve contacto con el Mediterráneo, como muchos otros mexicanos, fue en Barcelona. Una ciudad de colores ocres y solares, ligeras pendientes peatonales, banqueros tatuados y trabajadores municipales

con expansiones en las orejas. Escuché a árabes, chinos, pakistanís y rumanos hablar en un español de las más heterodoxas calidades, y por vez primera oí el catalán, cuyo vocabulario me pareció una laguna de curiosidades.

Sobre este modesto cuerpo de agua, rodeado de tres continentes, se encuentra el origen de la civilización egipcia, la más antigua de la región. El río Nilo hacía de irrigador de los cultivos de trigo con el espeso limo que dejaba tras su decrecida cíclica. Los habitantes podían planear con cierta regularidad las cosechas, cambiando así sus hábitos de cazadores y recolectores nómadas. Este fenómeno, el de la domesticación del grano de trigo, liberó al hombre mediterráneo de la imprevisibilidad cotidiana, invitándolo así a ser sedentario y crear núcleos urbanos. Como consecuencia

El Mediterráneo no ha sido
un mar de paz, sus aguas
han sido teñidas de rojo cual
vino durante miles de años.



simbólica de aquella obsesiva visión a futuro, sus gobernantes planeaban formar parte de la eternidad erigiendo colosales monumentos funerarios.

Llegando a Atenas lo primero que se me ocurrió fue buscar un libro de Kavafis en una librería de viejo. Eran los tiempos de crisis social, con huelgas multitudinarias y quemas de autos de la policía. Me hice de un buen amigo en la librería, le parecía muy gracioso que un mexicano estuviera buscando las huellas del poeta alejandrino en ese preciso momento.

Un agente dinamizador de la vida mediterránea fueron los fenicios, que gracias al cedro que crecía en sus bosques crearon los mejores barcos mercantes de la antigüedad. Éstos distribuían mercancía proveniente de Persia hacia regiones insospechadamente avanzadas del noroeste africano. Este fenómeno resultó vital para crear contacto entre regiones distantes que gracias al mar tenían una relación.

Venecia me parecía un museo en alquiler. Aquella ciudad tan altanera y abundante en comercio en el Renacimiento, devino un parque de diversiones con un servicio parco y

malhumorado. Los antiguos comerciantes se vuelven rentistas o camareros, profesiones que difícilmente disfrutaban.

Los competidores de estos aventureros mercantes fenicios fueron nada menos que los griegos, quienes, además del comercio, desarrollaron el cultivo de la vid, el olivo, una escritura propia y un extraño interés por el pensamiento abstracto. Esta última característica hizo de este pueblo uno muy importante, pues gracias a su elaboración llegó a desarrollar complejos sistemas de gobierno y escuelas de pensamiento. Tras erigir ciudades-estado de gran importancia, que sólo dejaban de rivalizar entre sí cuando encontraban a un enemigo común (cual historia de familia), generaron un área de influencia, en buena parte en el mar doméstico, desde Turquía hasta el sur de Italia y Francia.

Tánger es un puerto de una impresionante decadencia. Allí se pueden apreciar el apacible encanto de las ciudades que tras un esplendor pasajero vuelven a su antigua naturaleza, y de nuevo esperan pacientemente su turno. Entre los nuevos centros comerciales y el mercado tradicional hay una separación de unos cuantos kilómetros y siglos. Uno puede ser interpelado en la calle con bastante frecuencia, sobre todo si se lleva una maleta a cuestas. El interés por el extranjero oscila entre la curiosidad y la mendicidad, que no siempre es fácil de distinguir.

Los romanos, fuertemente inspirados por los griegos, aunque acompañados de miras imperiales más efectivas, fueron el primer y único unificador total del Mediterráneo. Añadieron a las rutas marítimas comerciales caminos

por tierra, dirigidos hacia Roma. Aunando conquistas militares con hábiles tácticas administrativas y jurídicas los romanos hicieron del mar entre tierras el *Mare Nostrum*, en donde dejaron huellas de su influencia incluso mucho después de la caída del Imperio.

La ciudad de Mequinez es una de las ciudades imperiales marroquíes. En su centro se puede observar un activo mercado cubierto con laberínticos pasillos, en donde hay, además de la mercancía, restos de comida, gatos callejeros y tiendas de antigüedades que siempre parecen vacías. La denominada “nouvelle ville” es la parte colonial de la ciudad. Ahí los recientes comercios americanos se mezclan con la arquitectura urbana de los años 80. Una ciudad polvorienta y provincial, con hermosas fuentes de mosaico y minaretes que acompañaban a noctámbulos y madrugadores en sus llamadas a la plegaria.

De esta cultura grecolatina somos, en tanto latinoamericanos, importantes herederos. Una cultura de climas cálidos, de intensa sociabilidad, de poderosos lazos consanguíneos y una estrecha relación con el pasado. En comparación con las infinitas estepas asiáticas y selectivamente pobladas regiones de América, la región costera mediterránea se encontraba desde la antigüedad involucrada en ininterrumpidos intercambios comerciales, flujos migratorios y enfrentamientos bélicos. No había manera alguna de aislarse de sus numerosos vecinos, lo que ocasionó ser un mar propenso al comercio, al desarrollo de la tecnología, a la filosofía y a la guerra. Tras la caída de Roma, el dominio hegemónico de esta rica región se colapsó,

dividiéndose en dos imperios que pronto contaron con nuevos rivales. El islam aparecería unos siglos después, trayendo consigo un nuevo profeta e imperio.

La ciudad de Marsella es una síntesis del Mediterráneo, con una población proveniente de los más diversos confines del mar y su influencia. Una ciudad popular, como existen muy pocas en la Francia contemporánea; los precios son moderados y la vida social intensa. En un bar uno puede conocer a extraños con enorme facilidad, fenómeno que contrasta con otras urbes francesas.

Comenzada la Revolución industrial de finales del siglo XVIII, el Mediterráneo dejó de ser el centro del desarrollo económico y político mundial. Las rutas de comercio y la importancia de las colonias trasatlánticas y asiáticas hicieron girar el eje de importancia hacia otros confines. España, aunque enriquecida por sus



Venecia me parecía un museo en alquiler. Aquella ciudad tan altanera y abundante en comercio en el Renacimiento, devino un parque de diversiones con un servicio parco y malhumorado.

La Historia: una mujer de intenciones incomprensibles.



colonias americanas, no dejaba de ser atosigada por piratas ingleses y sufrir su poco conveniente sistema administrativo. Los metales preciosos de América se convertían en armas para combatir a turcos y franceses.

Palermo es una ciudad que supura la hibridación mediterránea. Elegante y popular, decadente y vital, provinciana y el centro de un mundo. Su vida callejera asemeja a un mercado y a una obra de teatro, una isla en medio de los siglos. También les gusta el rock, que resuena en las tabernas y en las estrechas calles de la Vucciria. Las mujeres son hermosas, pues combinan cabello normando, miradas árabes y la locuacidad española.

La Europa septentrional, debido a su papel dominante sobre las rutas comerciales oceánicas y a la exploración de sistemas industriales de producción, tomaría de manera incontestable el papel predominante dentro de la vida política y económica mundial. Por primera vez en miles de años el *Mare Nostrum* dejó de ser el mar protagonista. El norte de Europa —los antiguos bárbaros que habitaban bosques oscuros y húmedos— se convertía en el referente civilizatorio gracias a sus fábricas, armadas y sistemas de recolección de impuesto.

Liubliana es una capital modesta, entre eslava y austriaca. Allí uno puede caminar entre calles pulcras y gente amable que con gusto orientarán con parsimonia al turista curioso

o desubicado. Uno puede hacerse alojar en una antigua prisión que funciona ahora como un hostel de diseñador. Europa al parecer es ambas al mismo tiempo.

El Mediterráneo no ha sido un mar de paz, sus aguas han sido teñidas de rojo cual vino durante miles de años. ¿Que no es acaso la primera literatura mediterránea la narración de una guerra? Sin embargo, casos de cohabitación han sido posibles entre diferentes grupos humanos y sus costumbres. Esta cohabitación es una de las aportaciones del mar entre tierras, además de recordarnos lo caprichosa que puede ser la Historia: una mujer de intenciones incomprensibles.

► GUILLERMO DE LA MORA: Guadalajara, 1989. Ensayista y traductor literario. Es Licenciado en Filosofía y cursa una Maestría sobre Diplomacia cultural enfocada en el Mediterráneo (Máster MIM).





**GAS DE
OAXACA**
S.A. DE C.V



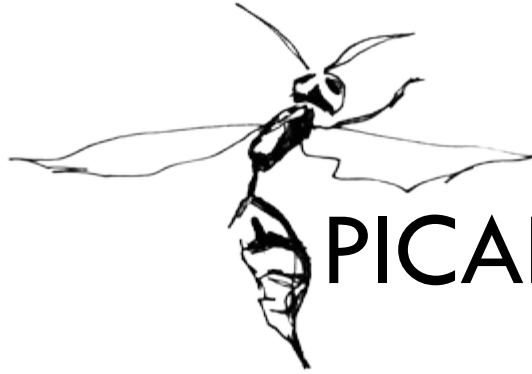
Gas De Oaxaca

Ventas:



501 66 00 Ext. 1

GASDEOAXACA



PICADERO

RESEÑAS



Hermana mayor/Suave patria, 2008, óleo sobre lino, 170x135 cm.

SERGI BELLVER

LA BRAVA AMBICIÓN

[LITERATURA]

La vaga ambición, Antonio Ortuño, Páginas de Espuma, 2017

A parte de su antología *Agua corriente* (2015), el jalisciense Antonio Ortuño (Zapopan, 1976) había publicado ya dos libros de relatos, *El jardín japonés* (2007) y *La señora Rojo* (2010), también en el sello español Páginas de Espuma, y con *La vaga ambición*, su tercer título en ese catálogo, obtuvo en 2017 el V Premio Ribera del Duero. Bregado pues en la distancia del cuento, Ortuño muestra en su nuevo libro una madurez narrativa que apun-tala y refina los rasgos que ya señalábamos en esta misma revista hace tres años: “el ritmo eléctrico de su prosa, un sentido del humor digno del gran Ibargüengoitia [...] y una capacidad innata para convertir lo que en otras manos quedaría en crónica social en material literario de altura”. En perspectiva, dicha madurez abarca también su novelística, de la que cabe destacar en este contexto *Recursos humanos*

(2007), *La fila india* (2013) y, sobre todo, *Méjico* (2015), obra de algún modo conectada con *La vaga ambición*, desde una suerte de homenaje y diálogo con las generaciones inmediatamente anteriores —el exilio español obrero y familiar allí, la memoria de la madre aquí—, hasta los trazos autobiográficos, diluidos sin embargo y en su justa medida en la ficción.

La vaga ambición toma el título de *Los miserables*, de Victor Hugo, y, como la obra magna del francés, se sirve de seis relatos breves —un enorme mandoble o seis navajazos, el resultado es el mismo— para lograr aquello para lo que están hechos el lenguaje y la literatura: no sólo nombrar las cosas, sino decir verdad al rasgar el velo que suele cubrirlas, con el afán de presentarlas en toda su crudeza, pero sin renunciar en esa operación a la belleza. “Un trago de aceite”, la cuchillada inicial de este

empeño, marca la pauta de un libro en el que su autor demuestra haber cuidado el orden de los cuentos, abriendo un constante pero sutil juego de engarces en el texto y su imaginario, rastreable para el lector atento. Dicho código se nos cifra no sólo por la primera aparición, también en un ficticio orden biográfico, de Arturo Murray, a quien veremos crecer, ser derrotado y porfiar a lo largo del libro, sino por mostrar dos de los temas medulares de *La vaga ambición*: el amor a la literatura por encima del oficio y la sublimación de lo real a través de la ficción. En ese primer relato, crónica lateral de la clase trabajadora, el niño escritor traga con su vergüenza ajena y la camioneta de su padre. Así, primero entra dócil al desengaño del mundo adulto, armado de fe en su temprana vocación, a pesar de todo y de todos, para luego intentar huir de la realidad con los materiales que tiene a mano: el San Antonio de este cuento no es la

gran ciudad de Texas, sino un pueblito a orillas del lago de Chalapa, como le descubre otra niña, cómplice: “¿Por eso escribes? ¿Por mentiroso?” (p. 21). Más adelante, en el cuento y en el libro, Arturo Murray conocerá la violencia de ese mundo adulto y su traición a cualquier forma de inocencia, tratanto de resistirse con *la ambición* de ser bueno en algo, aunque sólo sea en la mentira.

En “El caballero de los espejos”, la borqueana premisa de reescribir *El Quijote* nos habla del plagio y del tedio como motores de arranque de la escritura. El primer crítico feroz de Arturo Murray resulta ser alguien cercano, de quien luego se vengará al humillarle como escritor de éxito. Con un humor cervantino —casi incapaz para la ternura, como sí lo era el de Ibargüengoitia—, que en Ortuño no es otra cosa que un prisma agri dulce y descreído, consciente del drama pero capaz de conmover vivamente, el cuento empieza a señalar los odios y rencores de este oficio, no sólo entre sus cofrades, sino también hacia y desde quienes no son gente de letras y las desprecian. Esa radiografía del medio se amplía en “Quinta temporada”, retablo del mundo del guión de series y de una nueva clase media frustrada, además de crónica anunciada de la catástrofe del escritor ante su cotidiana precariedad laboral. El tono confesional del cuento resuena en quien probó y sabe de este oficio —“sin más méritos para estar en él que unos pocos libros bien leídos en la juventud y unas apremiantes necesidades monetarias” (p. 54)—, de sus miserias, de la lisonjería cortesana, los figurones mezquinos,



Antonio Ortuño es el narrador mexicano más singular y universal de su generación. Su literatura muestra de un modo diáfano e incontestable la posibilidad, la necesidad y, también, la brava ambición de seguir narrando.

Dos de los temas medulares
de *La vaga ambición*: el amor
a la literatura por encima del
oficio y la sublimación
de lo real a través
de la ficción.



los militantes de guardia y la farándula grotesca. De todos los espejismos en los que el escritor con algo de talento se pierde cuando ya sólo escribe para gustar.

“Provocación repugnante” es un sagaz homenaje literario a maestros como Bulgákov o Walter Benjamin, y muestra sin complejos la conciencia de mediocridad de cualquier escritor sensato ante todos aquellos inmensos narradores, así como la podredumbre moral de tanto escritor —de tanto Iván— plegado al poder. En “El príncipe con mil enemigos”, regresamos de nuevo a esa disección de la a menudo patética naturaleza del escritor, a través de un humor cada vez más ácido, pero no ya en la estela de Ibarra Güengotia o Cervantes, sino con denominación de origen de las bodegas Ortuño: “San Uberto, si no por otra cosa, tuvo siempre la fama de ser tierra de alacranes prietos, unos bichos renegridos y rebosantes de veneno. Justo como los poetas de la región” (p. 93).

Cierra el libro el relato “La Batalla de Hastings”, un texto que, sin pretender sentar cátedra, puede leerse como un lúcido ensayo

sobre el arte de narrar, pero no con la mugre del hábito académico, sino a camisa partida y navaja en mano: “No vinimos aquí a redactar [...] vinimos a cortar gargantas” (p. 117). Un testimonio lleno de sabiduría y honestidad, capaz de desbaratar los intentos de cualquier pope de la posmodernidad por llevar el ascua de este libro a su sardina teórica, ya caduca, para certificar no sabemos qué muerte de la ficción. Para quien esto escribe, y junto a Yuri Herrera (1970), Antonio Ortuño es el narrador mexicano más singular y universal de su generación. Su literatura muestra de un modo diáfano e incontestable la posibilidad, la necesidad y, también, la brava ambición de seguir narrando. La literatura sucede entre el lector y la página, sólo ahí y en ninguna otra parte, y en las páginas de este libro, en este alegato de la escritura insumisa como un sacerdocio lleno de pecados, en esta emocionante elegía a la madre muerta y en esta búsqueda de sentido a la experiencia, la literatura, como en la obra magna de Victor Hugo, sucede en toda su crudeza y su verdad.

► SERGI BELLVER: Barcelona, 1971. Autor de los libros *Agua dura* (2013) y *Variaciones sobre Budapest* (2017). Ha coordinado varias antologías de relatos y ha trabajado como editor, profesor de narrativa y crítico literario. Sitio web: www.sergibellver.com



Carta a Agnes Egerton por E. Pingret, 2010, óleo sobre tela, 180x140 cm.

JAIME ÁNGELES AQUINO

SIETE ENCRUCIJADAS DE JUNICHIRO TANIZAKI

[LITERATURA]

Siete cuentos japoneses, Junichiro Tanizaki, Atalanta, 2017

Creer que una antología de siete cuentos pueda darnos un panorama completo sobre una obra es un espejismo; sin embargo, la seleccionada muestra sobre el género breve de Junichiro Tanizaki (Tokio, 1886-Yugawara, 1965) que la editorial Atalanta ha puesto en circulación comprende lo que el japonólogo venezolano Ednodio Quintero considera la “primera etapa” del terceto sobre la obra de este autor.

Se dejan fuera de nuestra mesa de lectura los dieciséis tomos de bolsillo de *Junichiro Labyrinth*, publicados en la editorial japonesa Chuo Koron, cuentos y relatos que se inician con la publicación de su primer cuento “El tatuador” en 1910, año en el que se aleja de las ciudades más occidentalizadas y cosmopolitas de Japón, Tokio y Yokohama, para

trasladarse a la tradicional región de Kansai, en las ciudades de Kioto, Osaka y Kobe, principalmente. Este período es importante dentro de la producción del género breve en Tanizaki, ya que, pese a haber continuado escribiendo cuentos hasta su vejez, es en estos años cuando mayor énfasis pone en su creación, y donde se percibe la influencia de sus lecturas occidentales como Edgar Allan Poe y Oscar Wilde (de quien traduce al japonés *El retrato de Dorian Gray*). Quizá el detective Auguste Dupin, del primero, y el dandismo, del segundo, fueron los elementos que amalgamaron la figura del detective privado Ichiro Ando del cuento “En el camino”. Es interesante cómo esa mezcla de intelecto, creatividad, gusto refinado y atuendo exótico le dan al “caballero gordo y cuarentón”, Ando, la perspicacia

del sabueso para develar al sutil asesino de la señora Fudeko Yugawa.

En cierta medida, el cuento “En el camino” utiliza el tema de la figura femenina y las paradojas éticas del asesinato; por el contrario, la temática del cuento “Nostalgia de mi madre” acude a la figura materna ya no como la típica y tradicional mujer japonesa, delicada y pequeña de la urbe, o la abnegada mujer campesina, que denota en su vestimenta la pobreza y en sus movimientos el cansancio de la vida rural, sino como el retrato femenino rodeado del onírico paisaje, marítimo y lunar en las reproducciones populares de los grabados *ukiyo-e*: una joven pulsadora del shamisen con elegante sombrero de paja; bajo sus faldones unos pies sorprendentemente blancos que podían confundirle con una zorra que adopta la apariencia de una mujer y que empapa sus mejillas de lágrimas a la luz de la luna. En este relato, Tanizaki recrea un paisaje nocturno en la playa “como un anticipo de la muerte”, un lugar de ensoñación para nada tenebroso, ahí donde sólo le es permitido a los vivos hablar y convivir con los muertos. Es así la manera en que el autor logra magistralmente evocar a su madre muerta, a través de la tierra onírica donde las madres vuelven a ser jóvenes y hermosas, ahí donde volvemos a ser niños y se nos permite recibir un abrazo fuerte de ellas, y en ese contacto con su pecho percibir “un olor dulce, cálido y flotante” que emana “de sus hermosos senos”.

La seducción de la belleza femenina —constante en la obra del autor de la novela *Naomi* (1926)— y la personalísima tragedia del hombre

que se victimiza ante la mujer hermosa son elementos esenciales de los relatos “Los dos novicios”, “El bufón”, “Los techos rojos” y “Los pies de Fumiko”. Esa obsesión por la figura erótica femenina y el dilema ético son directrices en “Los dos novicios”, par de huérfanos internados en un monasterio budista del monte Hiei, donde no se permite el acceso a mujer alguna, por ende, en plena adolescencia llegan a obstinarse por ella. Senjumaru cede ante la tentación de conocer el mundo y al fantasma llamado mujer, y a pesar de que Rukimaru se resistía a sus pensamientos, finalmente ambos novicios son embarcados por el deseo antes de recibir sus votos monásticos para, de alguna manera, con sus peculiares decisiones, trascender su existencia.

“El bufón” es la caída de un hombre y su restauración como el gran hazmerreír de la comunidad. Sakurai es la remembranza de una vieja tradición del *hokan*: el bufón que fungía como asesor militar dando consejos de guerra a la vez que entretenía a sus señores feudales contando historias cargadas de humor y tocando instrumentos musicales, o presidía las ceremonias de té. También conocidos como *taikomochi* (“portador del tambor”),



El laberinto de Tanizaki
es un antecedente en la
literatura moderna japonesa
pro Occidente.

En su búsqueda por los hábitos de los hombres excéntricos, Tanizaki nos demuestra que si su temática es reiterativa se debe más a la capacidad analítica de indagar en los motivos que llevan a los seres humanos a actuar de tal o cual manera.



estos personajes se fueron relacionando con las geishas en las casas de té, que eran los prostíbulos de cierto prestigio. Sanpei Sakurai llega a convertirse en el bufón que tanto anhelaba después de deshacerse de sus últimos vestigios de amor propio y dignidad humana. Sakurai se sabe presa de su deseo por Umekichi y se lo expresa a su señor Sakakibara. Éste, en contubernio con la geisha, urde un plan para burlarse de Sakurai; sin embargo Sakurai logra darse cuenta y decide llevarles la corriente en la farsa. Finalmente descubre satisfacción sometiéndose a las órdenes crueles y estúpidas de su amada, depurando su humanidad de cualquier sensación de humillación y voluntad.

“Los techos rojos” es un cuento que repite el sometimiento del hombre por la belleza femenina; al mismo tiempo, la mujer se obstina por conseguir al hombre que no cede ante ella. En el personaje de Mayuko, el autor nos deja ver lo caprichosa que puede ser una mujer liberal en el Japón moderno. Amante de Odagiri —un hombre adinerado de cuarenta años que Mayuko denomina como “viejo”— es el que paga todos los lujos del departamento en la nueva zona residencial, los vestidos y joyas.

Mayuko sabe el poder que su belleza y juventud tienen sobre Odagiri, a la vez que es consciente de que sin el dinero de éste le sería difícil mantener su estatus de vida relajada, los servicios de su criada-prima Omiyo y algún que otro amante como Onchi, técnico fotográfico. A pesar de la aparente felicidad que le confiere el dinero de sus amantes, a la par de la fama de sus películas, Mayuko se interesa por un universitario tímido, Teramoto, a quien no logra seducir pese a todos sus encantos e insinuaciones. Con buen tino, Tanizaki plasma la soledad y la necesidad de amor ante la desvalorización propia de esta representación femenina.

En su búsqueda por los hábitos de los hombres excéntricos, Tanizaki nos demuestra que si su temática es reiterativa se debe más a la capacidad analítica de indagar en los motivos que llevan a los seres humanos a actuar de tal o cual manera; como en el caso del viejo y su fetichismo por los pies hasta en su lecho de muerte, materia principal de “Los pies de Fumiko”, relato que más tarde serviría como antecedente para su última novela, *Diario de un viejo loco* (1962). De Tanizaki podríamos decir que, además, de su tendencia al erotismo, se



Otros incidentes de viaje a Yucatán, 2011, óleo sobre lino, 320x480 cm.

mantuvo fiel a otras dos posturas ideológicas e intelectuales: por un lado, su fascinación por las lecturas y el mundo moderno de Occidente, por el otro, su extremismo tradicionalista inspirado en la historia de Japón alimenta su obra narrativa. Al respecto podríamos decir que actúa como un espía al ir y venir de los extremos, en apariencia antagónicos, al estilo de su personaje “El espía alemán”. Sin traicionar a sus lectores, llega a mimetizarse con ambas partes.

Al leer estos siete cuentos y relatos de Tanizaki, probablemente no nos deslumbren sus aportes técnico-narrativos, incluso algunas veces se ve empolvado su engranaje; sin

embargo, nos atrapa la fragmentación de los elementos literarios que utiliza para describir el comportamiento humano. El laberinto de Tanizaki es un antecedente en la literatura moderna japonesa pro Occidente, que de igual forma ha cautivado a narradores posteriores como Yukio Mishima, Kenzaburo Oé y Haruki Murakami, entre otros.

► JAIME ÁNGELES AQUINO: Oaxaca, 1978. Comenzó como crítico de arte y desembocó en narrador y empresario ecológico. Su publicación más reciente es *Daguerrotipos* (Parajes, 2016).

ALEJANDRO GUZMÁN

LA DECISIÓN FINAL

[LITERATURA]

Semper dolens. Historia del suicidio en Occidente,

Ramón Andrés, Acantilado, 2015

¿Por qué se elige la muerte voluntaria? No caben sorpresas, y motivos, los de siempre. No hay teorías nuevas acerca de la idea de la última determinación, nos advierte Ramón Andrés (Pamplona, 1955) al inicio de su extenso ensayo *Semper dolens. Historia del suicidio en Occidente*, pleno de hechos e ideas sobre la existencia y sus paradojas. Otro relato colectivo e individual del dolor; una exploración acerca del impulso de muerte latente en todos, sean funcionarios, obreros, amas de casa, artistas. No importa el lugar ni el momento histórico, “la pena ante un infortunio es siempre la misma, pero lo olvidamos con una facilidad asombrosa e irresponsable”.

El autor asume el riesgo de repetirse y nos recuerda que “el malestar y la *desperatio* son consustanciales al ser humano, y que nada,

acaso todavía menos la razón —o tal vez por ella misma—, puede remediar”. No es un acto antinatural, como normalmente nos hacen creer; vulnera por igual a caracteres neuróticos y a espíritus templados; abarca a todos los estratos sociales; afecta a pilares de la sociedad e incluye miembros del más diverso nivel cultural. Según la OMS, ochocientas mil almas se quitan la vida a nivel mundial al año, una cada cuarenta segundos, de entre los más de veinte millones que no lo consiguen; incide más en los hombres, aunque las mujeres lo intentan en mayor número. En México, el suicidio es la cuarta causa de mortalidad en adultos y la segunda en un rango de edad de diez a diecinueve años. A nivel mundial es la segunda causa de defunción en todo el mundo (de quince a veintinueve años); más

del setenta y ocho por ciento tuvieron lugar en países de ingresos bajos y medianos. Se esperaba reducirlo en un diez por ciento para el año 2020, pero el más reciente reporte señala que habrá uno cada veinte segundos. Las estadísticas, como es usual, ocultan más que lo que muestran.

La existencia puede convertirse en el peor de los males, sea por una enfermedad incurable o una inclinación enfermiza al sufrimiento. Por conflictos familiares o trastornos afectivos, con la idea de sobrevivir en la compasión ajena: la infidelidad de los amigos, la ingratitud de los hijos, la incompreensión del cónyuge, un amor desairado o ausente que aniquila nuestro interior. Una necesidad de consuelo imposible de restañar, un miedo a la aflicción, un ilimitado amor propio o una severa valoración de sí mismo. Puede ser un modo de mostrar la disconformidad con el mundo, sentirse incómodo con el ahora, perder de vista nuestra temporalidad real, incapaces de asimilar nuestra transitoriedad y lo pasajero de nuestro dolor y, con todo, tener la certeza de que el mañana no será mejor. Surge de la curiosidad o fascinación hacia lo desconocido, volverse cadáver como un modo de acceso a una dimensión invisible, disolverse en un inorgánico no-tener-que-sentir-más. O el oprobio derivado del alcoholismo o la toxicomanía. A veces el móvil es el rechazo social: la soledad o la vergüenza, ser blanco de los insultos o la infamia, el palpar un sentimiento de humillación y derrota. También las contingencias que amenazan una difícil subsistencia: deudas inasumibles, la bancarrota producto de la

usura legalizada, así como la ultra exigencia de las actuales condiciones laborales. Incluso por la turbación de haber soñado algo desagradable. Una deslealtad para con los ideales impuestos por el orden, un acto de deserción contra el Estado, ya que un hombre es parte de la comunidad, según argumentó Aristóteles, refutado así por Hume: “si es condenable que uno, al quitarse la vida, prive de un miembro a la sociedad, no lo es menos la injusticia que comete la sociedad para con aquel al que no le es posible seguir en ella”. La muerte libremente deseada, derivada de la injusticia social, al estilo Sócrates, es una reacción fruto de la razón, no de la desesperación, “un acto de afirmación, incluso de amor a la vida, un ejercicio último de realización”.

Los numerosos ejemplos y finos comentarios reunidos en el libro, provenientes de las más diversas fuentes, reflejan los cambios de mentalidad en Occidente hacia esos seres desesperados tocados por la desdicha. Porque la pregunta que nos hace el escritor y músico no perderá vigencia: si es legítimo acusar a alguien de darse muerte cuando una sociedad entera no deja de arrebatarse la vida. Este otro puñado de citas comenta, de alguna manera, la evolución del pensamiento occidental acerca de la idea de la muerte por propia mano:

Si no tenemos miedo de las palabras, y admitimos los hechos, quizá podamos decir, por no encontrar expresión mejor, que Cristo se dio muerte a sí mismo. (Orígenes, el primer gran erudito entre los padres griegos).

La mentira [en la Edad Media] era el modo de subsistir y de hacer posible el mundo, era y sigue siendo la verdad común, atañe a los nobles y los olvidados. [...] Es demasiada la distancia con respecto al modelo a imitar, demasiada la altura a la que se halla la Verdad. Por eso se finge ser feliz, se fingen los intentos de muerte voluntaria, se finge haber vivido, se finge haber muerto. [...] El hombre es de natural mentiroso.

La supresión del dolor es un proyecto “social” que tomó fuerza con la Ilustración, basado en la ilimitada fe en la ciencia y la mejora de las estructuras sociales. [...] El bienestar, la creación de una sociedad autosuficiente y sobrealimentada, la cultura complaciente, el absolutismo de la técnica no son más que situaciones, tendencias o ideas destinadas a

conjurar el dolor físico y moral, y a negar lo que algunos sienten como “vacío”.

A lo largo del XIX [...] no fueron la filosofía ni el derecho los que liberaron a los suicidas de la incriminación y las acusaciones más radicales [...] la medicina fue la encargada, al menos en cierta medida, de justificar la muerte voluntaria bajo pretexto de locura o de cualquier trastorno de la mente.

Desde un punto de vista jurídico, todavía no ha sido superada la confrontación entre el derecho a la vida y el derecho a la libertad de decisión sobre el término de la existencia propia. En lo filosófico, ya ha sido reiteradamente contestada la ética racional del kantismo [Jaspers y Sartre] han argumentado su legitimidad.



Vincent y Paul en América, 2004, óleo sobre lino, 225x300 cm.

[...]en los últimos dos siglos se ha producido “una legitimidad del poder estatal disfrazado de diagnóstico y tratamiento médico. Las ideas de pecado, desorden mental, homicidio de sí mismo, han sido absorbidas por la psiquiatría y, en su opinión [de Thomas Szasz], les ha conferido el rango de enfermedad; ha podido cambiar la nomenclatura de “infractor” por la de “enfermo”. Pero sólo es una cuestión de lenguaje, porque no está en manos de ninguna ciencia condensar en un término lo que es inexplicable, la materia de ese neurótico *pulvis et umbra* horaciano.

En general los artistas y personas de letras, dice el artífice de la *Melancolia* [Burton], no son personas que persigan ascensos —¡hoy cambiaría su opinión a este respecto!—, antes bien resultan torpes a la hora de aprovechar una oportunidad. Difieren del prójimo porque “no son tan provechosos”, de suerte que muchos abandonan y deciden dedicarse a profesiones útiles, la medicina, las leyes y la teología, ya que saben cuán infructífero es el arte y salen de las escuelas habiendo aprendido que aquel que puede contar su dinero conoce lo suficiente de aritmética; el buen geómetra sabe medir una fortuna; el perfecto astrologo es el que calcula su elevación y la caída de los demás; el óptico diestro es aquel que consigue que los rayos del sol brillen sobre él. [...] Masaccio sólo cobraba a sus acreedores cuando no podía comer ni vestir. [...] Mantegna, además de sus honorarios, pedía maíz y leña, y Góngora imploraba harina, pero sobre todo

madera para aliviar las noches. Fra Angelico tenía un sueldo anual de doscientos florines, mientras que un magistrado de la Segnoria florentina cobraba seiscientos. [...] Durero llegó a componer dibujos a cambio de un par de guantes. Andrea Schiavone pasó media vida pintando arcas para los soportales de la gente bien de San Marco. [...] Rembrandt y Vermeer hubieron de ayudarse con la actividad de marchante [...] Velásquez, pese a la protección real, fue un cortesano sometido y no le valió la pintura como sustento, ya que tuvo que acceder al fatigoso cargo de aposentador de palacio [...], el rechazo o declive de una obra artística provoca en su artífice un sentimiento de exclusión que algunos no pueden soportar.

En sitios web¹ alertan de los síntomas que pueden observarse en un posible suicida, por ejemplo, cambios de conducta, necesidad de aislamiento, absentismo laboral o escolar, aumento en el consumo de alcohol y drogas, tendencia a desprenderse de los objetos personales, comentarios irónicos sobre la muerte.

NOTAS

1. afsp.org, Suicidioprevencion.com, nuevos-rumbos.org, suicidologia.com.mx

En México la línea de prevención del suicidio es 01800-4727835.

► ALEJANDRO GUZMÁN: CDMX, 1979. Es huroneador de bibliotecas y pasante en Derecho y C.S por la UABJO. Escribe ensayo y reseña literaria.



Formas continuas

Notas de venta

Folletos

Revistas

Libros

Catálogos

Folders

Sobres especiales

Cajas

Etiquetas

Posters

Recibos

Trípticos

Volantes

Calendarios de:

escritorio, pared y bolsillo

Tarjetas de presentación

Contamos con:

Barniz uv, pegado, suajes, laminado, engrapado, etc.

Tel. 501 99 00

**Insurgentes No. 121 Col. Lomas del Santo,
San Agustín de las Juntas.**



EWGN

EIKER-WILES | GARCÍA | NAVARRO
LANGUAGE SOLUTIONS



+52 (777) 233.99.25

+52 (55) 1805.6062

+52 (967) 135.95.25

www.ewgn.com.mx
manager@ewgn.com.mx



TRADUCCIÓN

ADAPTACIÓN



CORRECCIÓN

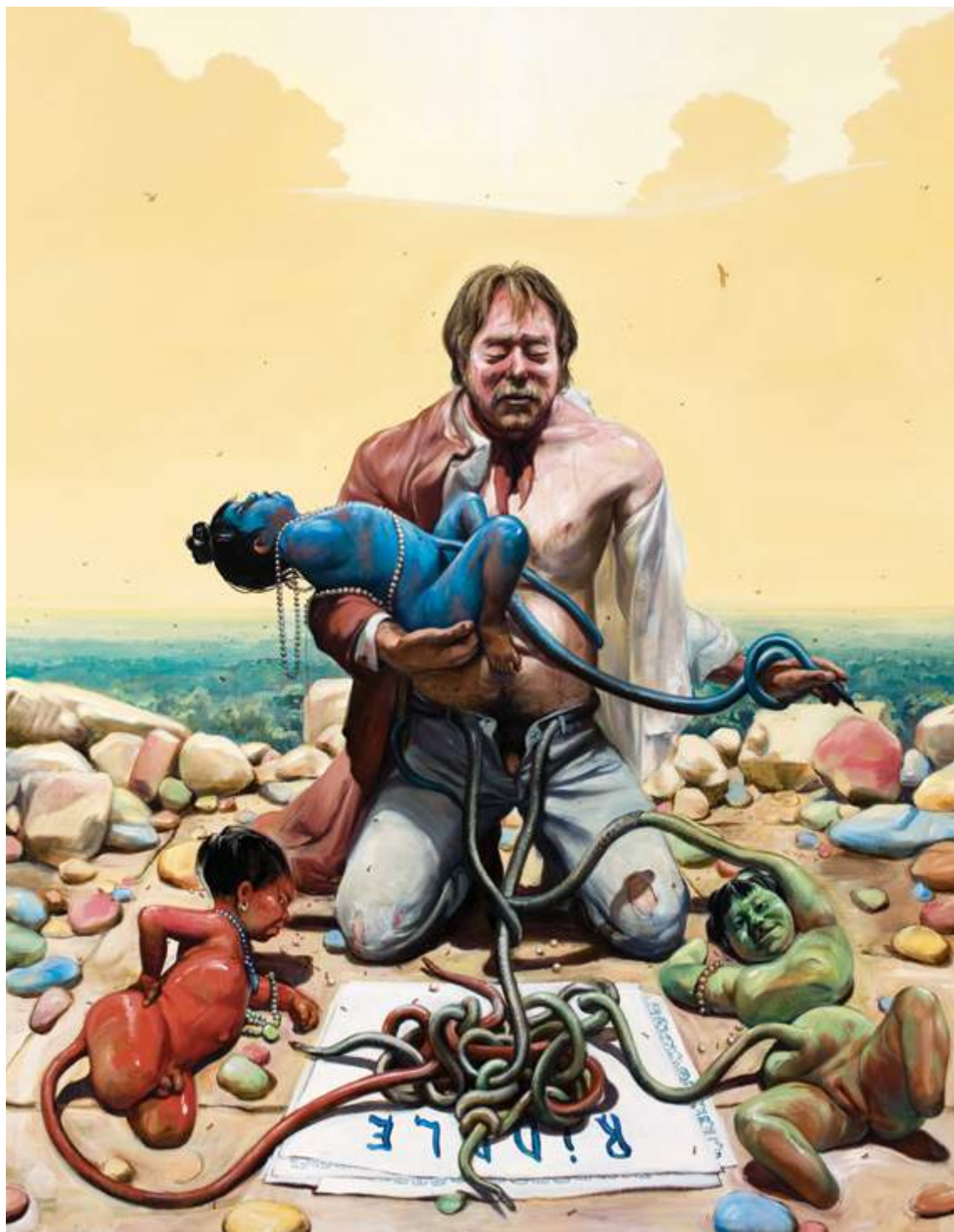
CREACIÓN DE
CONTENIDO





VESPIDAE

CREACIÓN LITERARIA



La insolación de F. Catherwood en Palenque, 2011, óleo sobre tela, 180x140 cm.

GUILLERMO FADANELLI

ZUM GOLDENEN HAHN

[CRÓNICA]

Cuando uno emprende la marcha hacia un lugar lejano y desconocido no está de más desembarazarse de los grandes planes y de las teorías ampulosas acerca del significado de *aventura*; mejor adaptarse y creer en todas las historias que le cuentan los lugareños: cualquier mentira es buena para pasar el rato cuando uno se encuentra de visita en un *pueblo* que no es el suyo (la palabra *pueblo* es un anacronismo, ya no hay pueblos sino *pequeñas ciudades*). La cuestión es: no hay que contradecir a los oriundos o lugareños: una opinión no es una convicción. Ellos tienen razón aunque no la tengan. Por eso es saludable intercambiar mentiras. Los viajeros tienen derecho a deshacerse de la pesada carga que llevan dentro de su cabeza: unas cuantas opiniones ligeras y medio brutas son suficientes

para entablar una conversación. El interés por las historias de otros debe ser fingido, pues tal esfuerzo, el de fingir, es bondadoso y acomedido. Un interés real y verdadero es demasiado para cualquiera: es un interés casi científico. Yo no lo tengo.

El asombro es una constante del ir y venir. Si se tiene paciencia, entonces la banca en la que duerme un holgazán entre el follaje de un parque es más que suficiente para observar y reflexionar cómo es que el mundo transcurre y no transcurre ante los ojos. La parvada de patos no avanza, siempre ha estado en ese mismo sitio cuando se alza la cabeza y los ojos quedan en ella. Al recorrer una ciudad lo que uno hace es ver, imaginar y mover las palabras de un lugar a otro, pero ello no significa que se tenga que imponer al paisaje la

propia monotonía de nuestros prejuicios. Las palabras van y vienen a cada paso. Lo contrario es edificante: elegir un sitio y sentarse a esperar que todos los habitantes de la ciudad desfilen frente a nosotros como los espectros que algún día seremos. Yo soy la vieja de piel azulosa y carne delgada que escupe en un botecito de basura. Y el joven seguro de sí mismo que alardea antes de que le quiebren la mandíbula. Y soy también el perro que mea a escondidas del amo. El movimiento sonoro es sospechoso de intenciones ambiguas y por ello la inmovilidad y el andar fugitivo son sabios cuando se está en una parcela desconocida. ¿Existen las ciudades desconocidas? Claro que no, pero es conveniente que en la cabeza se implante la idea de que existe la *ciudad desconocida*. (Y a ella no hay que entrar ladrando). Una vez implantada esta mentira en la cabeza, las palabras comienzan a moverse; y también la imaginación. En mi caso las cámaras fotográficas no son buena carga porque reclaman ser usadas y, tarde o temprano, uno se vuelve su esclavo: cuando menos lo piensa, el esclavo se descubre tomando imágenes que en vez de ser *guardadas* podrían mejor ser *bien miradas*. Pero la *mirada* ya no se usa: en su lugar los ojos se adaptan a lo que ya es. La lente es una burda mano que toca e interrumpe todo lo que ve. A diferencia de la parvada de aves que al ser observada permanece en su sitio, la cámara expulsa a los patos de los aires y los hace desaparecer de la memoria. Y es verdad que sin memoria hay paz, pero también peligro.

He consumido una risible y agotadora cantidad de horas sentado en un bar o en un café

figando cómo el tiempo finge desvanecerse, o cómo las personas buscan en sus bolsillos un objeto que no encuentran. Es emocionante buscar en el bolsillo lo que probablemente no está. Yo lo hago muy seguido. Buscar lo que no tengo, en el bolsillo del pantalón o la camisa. En la terraza de la taberna Browarmia en Varsovia, o en el café Camelot en el centro de Cracovia, o en las sillas de madera a las afueras del Bateau Ivre, en Oranienstrasse, Berlín. O en donde carajos se me permita entrar. Y puedo ufanarme de nunca haber llamado la atención, ni causado la incomodidad de nadie. No acostumbro joder a la gente. De vez en cuando uno que otro racista me echaba el ojo, pero al comprobar mi abulia se desentendía: hasta para ser víctima me considero mal sujeto. Cuando comienzo a sentir la mano de la ebriedad pago mi cuenta y me escabullo como si hubiera cometido un pecado que es imposible ocultar (cada vez lo hago menos: ahora me quedo más de la cuenta). Si tengo oportunidad de elegir prefiero acudir a lugares donde las meseras no son atractivas, porque soy idealista y no puedo evitar imaginarme un amorio



Y puedo ufanarme de nunca haber llamado la atención, ni causado la incomodidad de nadie. No acostumbro joder a la gente.

con alguna de ellas. Mi idealismo se reduce a imaginarme meseras en la cama: ¿querían más pruebas de mi ausencia de conspiración?

En el Bateau Ivre, de Berlín, prefiero las bancas que se encuentran en la calle, aunque esté helando, y si me engancha un espíritu de juerga avanzo veinte metros más rumbo a mi bar favorito, el Zum Goldenen Hahn. No existe ninguno en el mundo tan cálido y solapante. Las más delicadas y excrementicias manifestaciones humanas se dan en este lugar en donde no se respeta ninguna regla que los viejos habituales del bar no hayan aprobado antes. Es un gueto. La libertad se palpa en el interior de esta vieja taberna donde todos saben mirar con discreción propia de viejos asesinos: se fuma hachís y se bebe mal tequila. Es un gueto de puertas abiertas. Durante el invierno no existe mejor espacio para leer un libro, levantar la vista furtivamente y percatarse de que, nuevamente, ha hecho su aparición otro de esos personajes raros o imposibles que no podrían estar en ninguna otra parte de Alemania. El drogadicto que carga a una bella niña de tres años o el joven medio desnudo que regala cocaína a las mujeres. Y todas aceptan. Es bueno dejar las teorías en el país de origen, no discutir nunca con los lugareños, a no ser que ellos lo exijan, fingir interés y ejercer la única conducta que es apreciable en casi cualquier rincón de la tierra: pasar inadvertido. ¿Es posible pasar inadvertido en el Zum Goldenen Hann? No si está Tony, la mesera, de senos grandes y cabello lacio. Apenas te ve, sonrío y viene con un tequila a brindar por los siguientes tragos. Y



Coatlicue, Lago de México, 2010, óleo sobre macocel, 52x40 cm.

si gustas te muestra sus senos. Yo no he querido. Me basta con los tragos.

“Es Dios el que se ha quedado solo”, responde un viejo a la pregunta de si cree que Dios ha abandonado a los hombres. “Somos nosotros quienes lo hemos abandonado”. Las risas estallan en la taberna alumbrada apenas por unas sucias lámparas de neón. “Si tan sólo limpiaran esas lámparas podrían barrer bien los rincones”, agrega una mujer madura atada a una muesa de piedra, y no ha terminado aún su observación cuando el mesero

distrae con un seco comentario sus palabras. “Si hubiera más luz no podríamos tolerar sus rostros”. Así es: los taberneros prefieren mantener la cantina a media luz y no enterarse de que los monstruos que beben en sus mesas de manera permanente lloran porque intentan, y no pueden, abandonar esa clase de vida. ¿Es cierto que Bataille no quería convertirse en filósofo, sino fundar una religión? Las personas que podrían responder ampliamente a esta pregunta han muerto. García Ponce,



Carnada en la casa del adivino, 2011, óleo sobre lino, 170x135 cm.

Gurrola, Elizondo. Y quienes todavía podrían hacerlo se han rendido. “El ateísmo no es una terapia, sino salud mental recuperada”, arenga un francés desde su silla y su sentencia no gusta a nadie. Alguien pide un oportó tawny dispuesto a escuchar por centésima vez que en las tabernas como ésta no se sirve oportó.

“La verdad es que a mí no se me podía ayudar en la tierra”, escribe en una nota ese hombre que pide coñac aun a sabiendas de que el mesero le traerá un brandy color oscuro y a buen precio. Y añade: “Deben inscribir esta frase en mi tumba cuando llegue la hermosa y liviana muerte”. ¿Pero quién va a hacerlo? ¿Quién es capaz de cumplir cabalmente los deseos que tiene un borracho en una sola noche? No es sabio hacer promesas en las cantinas porque hasta los hombres más honestos tienen que morderse la lengua un día o un año después por incumplir su palabra. Las mujeres, en cambio, tienen la obligación de prometer y nunca cumplir porque si lo hacen, si cumplen sus promesas, nadie las respetará como antes. “Si alguien va a Berlín y pasa cerca del Zum Goldenen Hahn, salúdenme a esa rubia que se hace llamar Tony. Ella sí que sabía servir mesas y hacerte feliz”, dice uno más. A ninguno de estos borrachos puede ayudarlos nadie en la tierra. Deben esperar.

“No es la fuerza del espíritu, sino la del viento la que ha llevado a esos hombres a donde están”, comenta a su camarada un inglés tímido que parece saberlo todo. Su español es tan correcto que los meseros apenas si lo comprenden. “En México nadie te entiende si hablas correctamente”, responde el camarada

Cuando uno emprende la marcha hacia un lugar lejano y desconocido no está de más desembarazarse de los grandes planes y de las teorías ampulosas acerca del significado de aventura.



casi muerto de ebriedad. “Los meseros no son tus amigos, no debes olvidar eso jamás, son espías que envía la muerte para mofarse y burlarse de tus camisas sucias”. Es el viento que ha soplado tan fuerte el que ha causado la reunión de tantas personas en esta taberna de mosaicos óseos y burdas columnas de tres metros. El ebrio inglés tuvo razón: el espíritu no sopla como antes, así que debemos esperar a que sea el viento el que ponga a esa mujer en paz. ¿Cómo se ha atrevido a estar allí sin estar, como una dalia negra o una flor en el desierto? Es cierto que es hermosa, pero esta cualidad es a ojos de los borrachos una absoluta y rotunda majadería. Ellos beben toneles de vino para hacer que las mujeres sean hermosas y de pronto aparece una que lo es en realidad. Ha venido a echarles a perder la noche. ¿Qué hacer ahora? Olvidarse y concentrar su atención en las patas de la mesa, un poco más de coñac y esas patas de palo comenzarán a tornearse, ellas sí que son hermosas, las patas de palo.

“Si van a Berlín no vayan al Romanisches Café porque los viejos escritores no están allí y sus fantasmas siguen orinándose en los pantalones, les ruego que encaminen sus pasos

hacia el Zum Goldenen Hahn y pregunten por Tony, no miento, he estado en ese lugar muchas veces y vaya si Tony los hará más felices que a un merengue”. ¿Quién carajos continúa dándole a la misma cantaleta? Nadie va a ir a Berlín por el momento a no ser que el viento sople todavía más fuerte. ¡Qué cantina tan poco escrupulosa! Se hacen promesas y además se suspira por ellas. De pronto viene la calma, un silencio que nadie aprecia, pero que todos necesitan. “Los meseros no son tus amigos y cuando mueras apenas si contarán una anécdota de ti en el futuro. Y además se equivocarán de persona y hablarán de alguien que no eres tú”. “¿Qué, otra vez con lo mismo?”

Esta crónica abre y forma parte del libro *El billar de los suizos* (Cal y Arena, 2017).

► GUILLERMO FADANELLI: CDMX, 1963. Narrador y ensayista. Entre sus obras destacan *Lodo*, *Educación a los topos*, *Mis mujeres muertas*, *El hombre nacido en Danzig* y *Hotel DF* (novelas); *En busca de un lugar habitable*, *Insolencia, literatura y mundo*, *Elogio de la vagancia* (ensayo). Premio Colima de Literatura 2002. Premio Grijalbo 2012. Fundador de la editorial Moho.



Ofrenda en la casa del adivino, 2011, óleo sobre lino, 170x135 cm.

ELENA G. MONCAYO

BAJO UN CIELO VERDE OLIVO

[CUENTO]

Y que todos se habrán ido cuando me encuentre vagando solo entre los surcos de esta tierra. Ya el hortal acompañará mis huellas con el crujir de los resquicios de legumbres y una que otra fruta olvidada por la lluvia. Del ayer uno se despide cuando la fe viene a cobrarse la vitalidad y lo deja sin voz para enunciar las ideas, lejos del chillido del viento o del mugido del toro más valiente.

Cuando niño, me hice del arado de mi abuelo Painalli. Sin más hombres en la casa y con un padre que dejaba el pulque sólo cuando le llegaba el empacho, no tuve de otra para que mis hermanas tuvieran aunque fuera una fruta para comer, un zarape que las arropara durante el frío y un piso seguro donde dormir. El pueblo nos quedaba lejos, a unas dos horas caminando y a una hora cuando la familia del

rancho de al lado nos prestaba su potro más enjuto. Yo sólo iba para que el dueño del mercado me pagara los costales de maíz; fuera de eso, me la pasaba en mi tierra, mientras las tres mujeres que me encargó mi madre caminaban hasta allá todos los días y tejían petates afuera de la iglesia para venderlos a la gente que venía de la ciudad.

Les caían pocas monedas, sentadas junto a la casa del que llaman El Señor, qué suerte iban a tener. Nunca me tragué tanto cuento religioso mal hecho y mal sonado. Mi abuelo nos enseñó otra cosa, decía que la fuerza viene de los dioses que brotan del suelo, caen del sol, crecen en los árboles y que, en las noches más oscuras, nos miran desde el cielo para cuidar de nosotros. Esas luces que parpadean son ellos vigilándonos mientras nos quedamos dormidos. Por eso

hay que cuidar la tierra donde sembramos y ofrendarlos todos los días, para que estén a gusto y nos sigan cuidando. Pero esas mujeres no entendieron nada. Cuando nuestro padre agarró el vicio, alguien en el pueblo les comentó que la única manera de curarlo era yendo a la iglesia a repetir no sé cuantas palabras, seguidas de marcarse una cruz de la cabeza al pecho. El truco está en que si no le dan al encargado de las misas la mitad de las monedas que ganan a la semana, nada de sus palabrerías sirve. Eso, en vez de quitarme un problema, me trajo otro: un vicio más que mantener. Por eso preferí quedarme todo el día en el campo a ver cómo brotaban las semillas de la siembra. Las hermanas me quisieron mandar una mujer, yo hui lo más rápido. No hace falta compañía cuando se tiene aire fresco después de trabajar y el olor de la tierra recién regada. Cómo me ponía de buenas, me sentía contento. Además, allá en el fondo de la milpa había un tronco caído donde me sentaba a contar los pasos que daba el sol después del mediodía, así hasta que saliera la luna y me prendiera el regreso al rancho.



Al verla danzando sentí
que mi cuerpo se llenaba
de calor que venía de los
huesos, y luego se salía
de mí para esparcirse
hacia las pencas.

Luego la vida viene a sorprender cuando uno más metido está en sus cosas. Después de morirse mi padre, un par de hombres adinerados me vinieron a buscar, estaban llenos de papeles que apenas pude leer con lo poco que me enseñó el abuelo. Después de que me hicieron firmar, dijeron que se retiraban del negocio del pulque y que el magueyal de mi padre me lo regresaban entero. Ni yo, ni mis hermanas, sabíamos que el viejo había dejado algo, a duras penas conocíamos el maguey. Me estuve varias noches recordando las historias de Painalli sobre el pulque, algo se me había grabado bien: es la bebida de los dioses. Aunque si eso fuera cierto, no habría dejado enviado a mi papá; si algo le tenía yo a esa planta, era coraje.

Pronto en el pueblo se rumoraba sobre el magueyal, y a diario me caían propuestas para poner una pulquería. No quería entrarle a ese negocio y menos sabiendo que a mi padre lo dejó enterrado y a nosotros jodidos. Pero las mujeres, que lo único que le heredaron al abuelo fue lo necio, una tarde cuando estaba encostando el maíz me llevaron una muchacha que decía saberlo todo sobre las bondades del maguey. Me agarraron cansado, así menos me iba a negar a la muchacha, enseguida le puse los ojos encima sin podérselos quitar. La llevé a donde estaban los magueyes, nos quedaba a una media hora, era un terreno grande, de unas dos hectáreas.

Llegada la noche, ella dibujó un círculo rodeando al maguey que estaba en medio, luego dio de vueltas alrededor, meneaba los pies de un lado a otro repitiendo el nombre "Mayahuel"



Cita bajo el volcán, 2010, óleo sobre lino, 320x480 cm.

mientras bajaba y subía los ojos hacia la luna, que en ese momento se puso llena y medio roja. Al verla danzando sentí que mi cuerpo se llenaba de calor que venía de los huesos, y luego se salía de mí para esparcirse hacia las pencas. Algo me hizo esa muchacha, porque desde entonces, a mis treinta años, me dediqué de lleno al pulque. Nunca probé ni una gota de la bebida sagrada. A las hermanas las hice cargo de la pulquería, la pusimos en el pueblo, y a Aquetzalli la hice mi esposa. Los dos nos encargábamos de todo el proceso. Atrás de la

casa construí un tinacal de buen tamaño, donde cabían tres hileras de tinas. Entró dinero suficiente para hacernos de un camioncito y poder llevar los barriles al negocio.

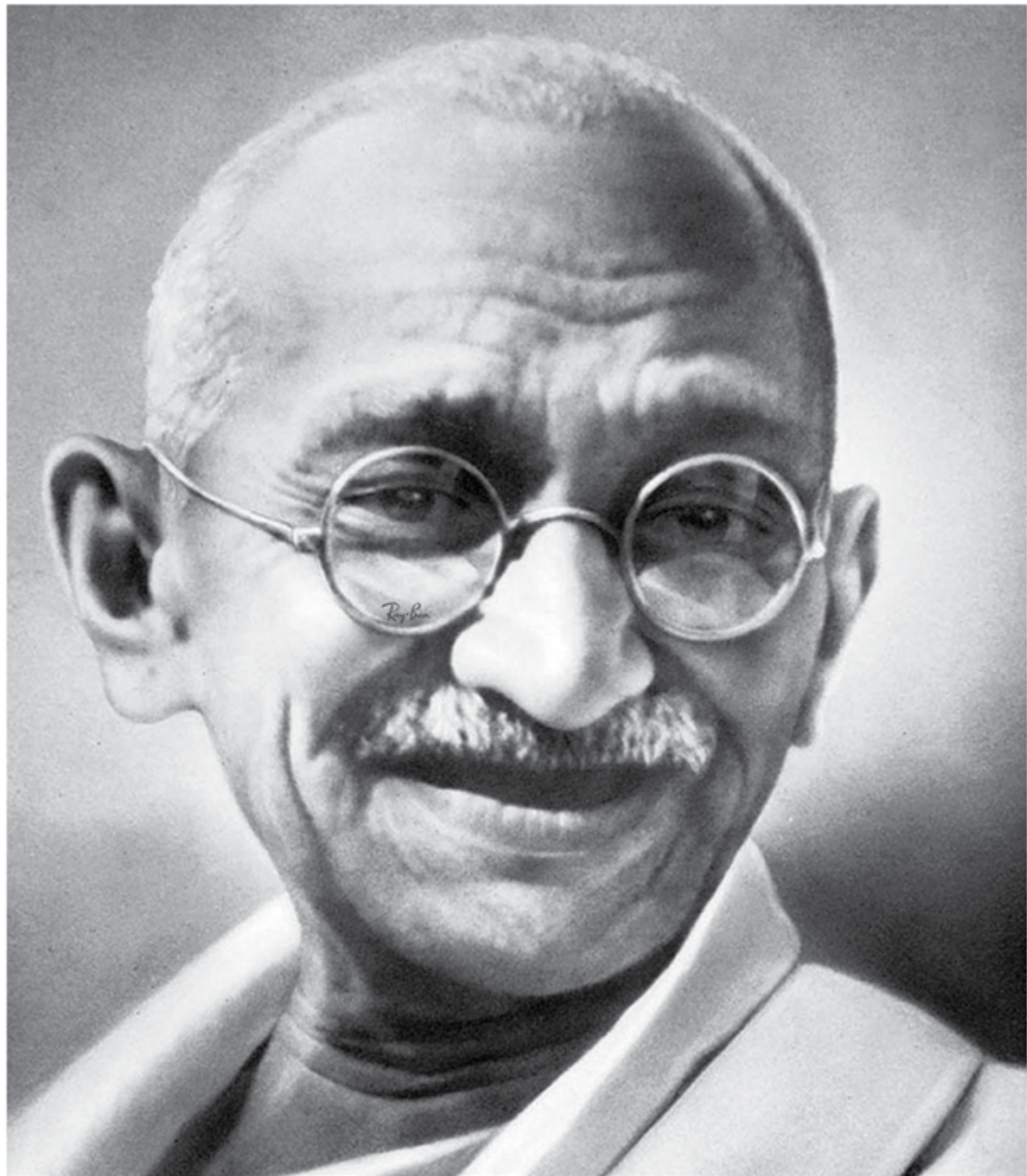
El abuelo acertó, los dioses sí protegían a los que trabajábamos la tierra y les ofrendábamos con vida. Las noches, cuando la luna menguaba, íbamos por aguamiel. Aquetzalli tenía cuidado con la linterna, nadie podía vernos hurtar la sangre de la planta sagrada. La luna era celosa, la venerábamos lo necesario pa' que no sospechara de nosotros. Pero hubo una

noche que a mi mujer le dio un fuerte dolor en el vientre, y la tuve que dejar descansando e irme solo al tinacal. Había que tener los barriales listos para bajar al pueblo a primera hora del día siguiente. Al momento de cargar se me resbaló una barrica; cuando tocó el piso se abrió por la mitad regando el pulque por todos lados. Vi a una mujer salir de la mancha del pulque, traía el cuerpo pintado de azul, no pude definir su cara porque su aroma me atacó, no me dio tiempo de reaccionar, me entró directo a la cabeza nublándome todo. Lo único que alcancé a enfocar fue el brillo de la luna llena cayéndome encima. Como si saliera del barril roto, alcancé a escuchar la voz del abuelo diciendo algo sobre el néctar y los dioses. Todo se hizo negro; luego recobré la conciencia y tenía una barrica empinada hacia mi boca. Bebí hasta que el sol salió a echarme sus rayos en la cara.

Cuando iba de regreso, el mismo sol se fue apagando, la luna se le puso enfrente y lo cubrió. Miré hacia arriba, como queriendo averiguar qué pasaba en el cielo, pero la poca luz que se escapaba de una inmensa sombra me cuarteó los ojos. Todo deslumbrado caí al piso. Al fin pude entrar a la casa, eran como las tres de la tarde, pero la noche seguía en el cielo y Aquetzalli no estaba en ningún lado. Los dioses vinieron por ella cuando probé su bebida sagrada. La oscuridad me llegó de castigo. Los dioses me jugaron chueco, mandaron a Mayahuel y sus demonios para dejarme sin luz en una tierra que me avienta raíces para enterrarme vivo. Las hermanas me trajeron a Aquetzalli, las hermanas también vienen del cielo oscuro; la diosa me las mandó para

que todas me quitaran la fuerza poco a poco. Yo, que tanto caso le hice a Painalli, ahora lo maldigo. Esos dioses qué saben de nosotros. Vienen a vigilarnos para que al primer descuido nos roben el alma y con ella puedan ser más fuertes. Esos dioses dueños de la noche, que quieren oscurecer todo para quitarme la vida sin que me dé cuenta. Los maldije hasta que la luna se acabó de comer lo poco que restaba de sol. No quedó ni un rayo delgadito pa' calentarme. El cielo rugía con truenos que cimbraban la tierra, después cayó una de esas lluvias que arrastran lo que encuentra a su paso. El techo de mi casa, el tinacal, todo se lo llevó un río que nació con la tormenta. Así estuve varios días, mojado, sin luz para alumbrarme ni para guardar calor. Después de un tiempo, la lluvia se fue y llegó este clima donde no pasa nada, ni el aire. Desde entonces sólo me hago viejo, me lleno de arrugas bajo un cielo verde olivo donde no hay ni sol ni luna que se asomen. Los dioses me dejaron solo, ya me amenazaban con la historia de que todos se habrán ido cuando me encuentre vagando solo entre los surcos de esta tierra. Y yo que tanto caso le hice a Painalli.

► ELENA G. MONCAYO: CDMX, 1987. Licenciada en Ciencias de la comunicación. Estudió el diplomado en Creación Literaria de la Escuela Mexicana de Escritores. Ha sido publicada en diversas revistas nacionales e internacionales. Publicó *La sequía* (Cuadrivio, 2017).



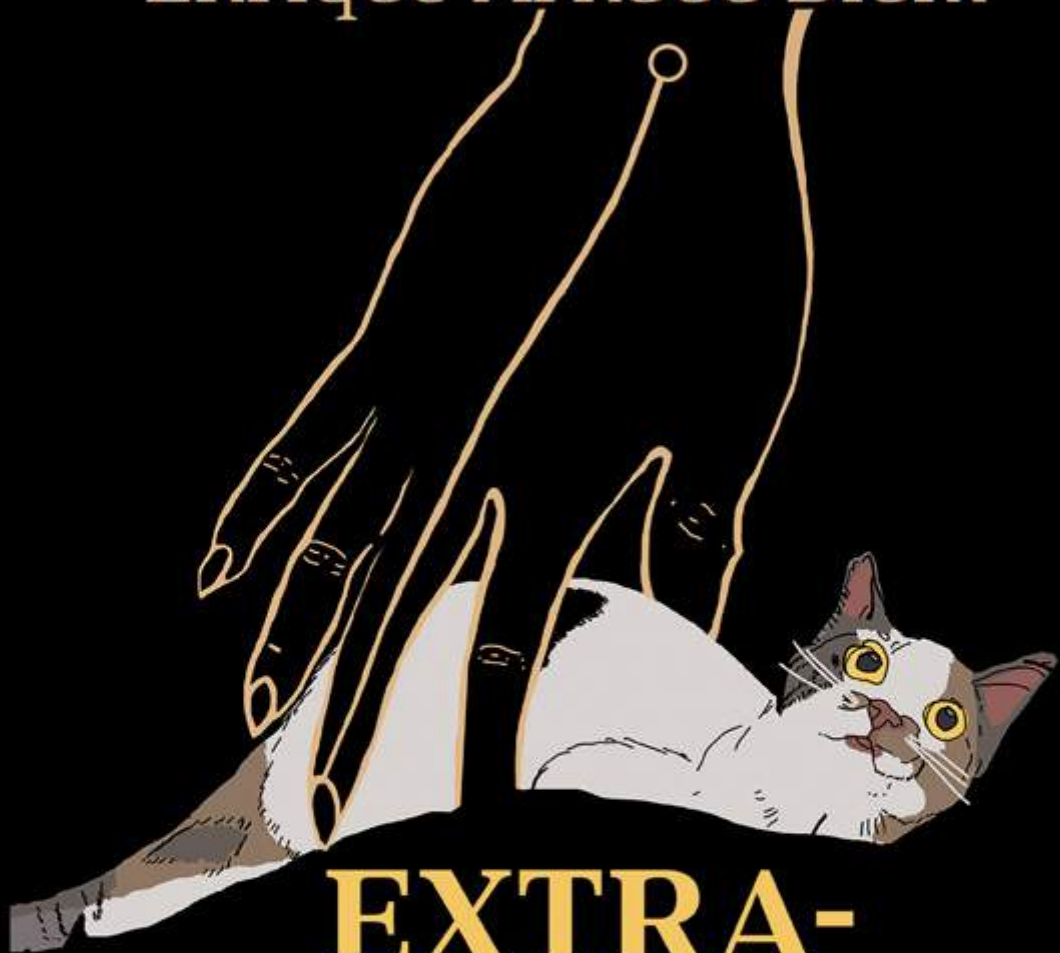
OPTICAS[®]
AMERICA

www.opticasamerica.com.mx

M. Gandhi
Mahatma Gandhi



Enrique Arnaud Blum



EXTRA- VAGANTES



ADQUIÉRELO FIRMADO Y NUMERADO EN:
kichink.com/stores/editorialavispero

DESCÁRGALO GRATIS EN:
avispero.com.mx/editorial-avispero/extra-vagantes



ZUMBIDO

ACERCA DEL ILUSTRADOR



Sueño premonitorio de John L. Stephens, 2011, óleo sobre lino, 180x140 cm.

ANGEL MORALES

VOLVERNOS ÁGUILAS EN TIERRA DE SERPIENTES, SOBRE DANIEL LEZAMA

[ARTE]

En esta época posmoderna siempre es grato encontrar a un artista enfocado en la pintura. Es el caso de Daniel Lezama (CDMX, 1968) que estudió Artes Visuales en la Academia de San Carlos de la UNAM. Ha sido becario del Fonca y Conaculta en varias ocasiones. En el año 2000 ganó la Bienal de Pintura Rufino Tamayo. Ha realizado más de veinte exposiciones individuales y ha participado en más de sesenta colectivas en México y el extranjero. Su obra forma parte de colecciones públicas y privadas en todo el mundo.

En sus cuadros de gran formato, Lezama le da un tratamiento clásico a lo actual. Muerte y nacimiento se presentan con un fuerte contenido metafórico. Lezama es un creador de mitos y como escenario aparece la madre tierra, la naturaleza mutilada. Él mismo se define como “naturalista”. Tierra y cuerpos pertenecen al

mismo territorio. Familias cristalizadas junto con su sentido de pertenencia. Lezama exalta la identidad del mexicano a través de la figuración para criticarla.

Él mismo se descarta, acertadamente, como neomexicanista, pues no parece mostrar algún interés en replantear la creación de un arte nacionalista. La exploración de su individualidad lo ha llevado al cuestionamiento sobre la nacionalidad. La búsqueda de una identidad mexicana y personal es algo aún en construcción. Esto quizá se explica porque Lezama es hijo de un matrimonio mexicano-estadounidense. Y durante su infancia vivió en Estados Unidos.

No es el único en crisis. Ya bien señala Heriberto Yépez que la conciencia del mexicano fue un parto prematuro. Que nació de dos que no se amaban. De haberlo hecho, habría nacido un ser diferente.



La madre pródiga, 2008, óleo sobre lino, 240x640 cm.

En la psicología del mexicano se señala que para la edad que tiene México ha crecido muy poco. Que el yo del mexicano se ha estancado, se resiste a crecer. Para mantenerse así ha utilizado mecanismos como la negación y el rechazo. Sólo se identifica con símbolos prehispánicos o con los que comparten alguna tradición, y rechaza las influencias malas, las impuras, las extranjeras.

El yo es una fijación de identificaciones. Por ello Lezama usa símbolos mitológicos o contemporáneos, pero no se queda ahí, los ocupa para crear un nuevo diálogo, una meta-realidad. Entonces aparecen las críticas, por la manera en cómo utiliza o profana elementos sagrados. El espectador no está listo y no sabe confrontarlo.

Además de su poder de narrador, de crear situaciones dramáticas, reales u oníricas, logra captar el momento exacto de una escena teatral.

Al fondo, un paisaje híbrido entre lo real y lo sobrenatural. Tan cruda es la realidad que lo mejor es fusionarla con el sueño. Pero incluso ahí aparece el cielo y el infierno al mismo tiempo.

La figura femenina es templo y patria. Es tan fuerte la figura materna que abraza a una nacionalidad aún en la infancia. En México la madre suple la ausencia del padre de manera excesiva. Y el matriarcado y la tierra se fusionan para definir y dar un sentido de pertenencia. La premisa sociocultural número uno en México es esta: la madre es el ser más querido. Y Lezama presenta su figura de manera monumental.

En los cuadros vale resaltar la sabia expresión del claroscuro, el uso dramático de la luz. Suelen ser escenarios abiertos, con un diseño estable de pirámide o cruz. Personajes *bien plantados mas danzantes*, parecen tener su propio brillo, que a veces se extiende para resaltar el



contorno. Y no son cuerpos atléticos, su desnudez es moral y psicológica. Los personajes se caracterizan, en gran medida, por su alto contenido introspectivo. La mayoría cierra los ojos, no los esconden del espectador, están viviendo su propia lucha. Eso está enfatizado con sombras en sus rostros: apacibles, pero intensos; fuertes, pero sumisos.

Lo espiritual nos hace profundos, religiosos, metafísicos, pero también es una desventaja ya que nos hace perder el piso. La fantasía inconsciente sólo es promovida por el rodeo del yo, apunta Lacan, y lo que se busca es devolver al sujeto el sentido de unidad de su yo.

El mexicano sostiene que el hombre prehispánico es más su origen que el español. Y para eso suele mostrar gente del campo. Identificamos lo rural con lo mexicano. Sólo que los personajes de Lezama nunca trabajan. Es más una manera de abordar el misticismo.

Hay una crisis constante, que bien se exalta con elementos como la levedad del aire, la firmeza de la tierra y el acompañamiento del fuego.

Para la reconstrucción del yo hay que comenzar por destruir ciertas partes de nosotros. La crítica y el cuestionamiento es una buena manera de comenzar. Pero la mayoría no lo hace o lo rechaza por el temor a entrar en crisis. Hay que ser valiente y un artista como Lezama no duda en arrastrar al espectador hacia ese lugar. Nos reta a ser águilas y a tomar a la serpiente por la cabeza, a mirarla de frente y a los ojos.

► **ÁNGEL MORALES:** Oaxaca, 1988. Psicólogo y periodista. Director de la revista *Lapsus*. Tiene un libro publicado, *El último que muera apague la tele*.

Perla Muñoz
DESQUICIOS



ADQUIÉRELO FIRMADO Y NUMERADO EN:
kichink.com/stores/editorialavispero

DESCÁRGALO GRATIS EN:
avispero.com.mx/editorial-avispero/desquicios

UN ESPACIO
PARA EJERCER
LA REFLEXIÓN
LIBRE Y CRÍTICA



SÁBADOS
DE 12:00
A 2:00 PM

M. BRAVO 116,
CENTRO, OAXACA, OAX.

COLECTIVO



AVISPERO



